La Máquina De Matar
Jack Vance

(Serie de Los Príncipes Demonio)

escaneado por diaspar

De «Cómo comercian los planetas», por Ignace Wodlecki, en *Cosmópolis*, septiembre de 1509:

«Uno de los problemas que preocupan más a las sociedades comerciales es la abundancia o escasez de dinero, letras de cambio o pagarés falsificados, por mencionar sólo algunas de las artimañas empleadas para aumentar el valor de los cheques en blanco. En el Oikumene no existe ninguna dificultad para procurarse máquinas que duplican y reproducen con absoluta exactitud, la única forma de impedir la depreciación crónica de nuestra moneda consiste en adoptar severas y meticulosas precauciones. Estas precauciones son tres: primero, la única moneda de cambio es la Unidad de Curso Legal o UCL. Los bancos autorizados para emitir billetes, si bien con distintas denominaciones, son el Banco de Sol, el Banco de Rígel y el Banco de Vega. Segundo, cada billete está dotado de una "garantía de autenticidad". Tercero, los tres bancos han puesto al alcance de todo el mundo el llamado detector de fraudes. Se trata de un dispositivo de bolsillo que, al pasar un billete falso por una ranura, emite un zumbido de alarma. Todo intento de desactivar el detector de fraudes es infructuoso, como saben hasta los niños pequeños: en cuanto la caja sufre algún daño se autodestruye automáticamente.

»Se ha especulado mucho sobre la "garantía de autenticidad". Es posible que se introduzca una configuración molecular especial en ciertas zonas clave, lo que dé lugar a una reactancia de naturaleza desconocida: ¿carga eléctrica?, ¿permeabilidad magnética?, ¿fotoabsorción o reflectancia?, ¿variación isotópica?, ¿descarga radiactiva? ¿la combinación de todas o algunas de estas cualidades? Sólo lo sabe un número muy reducido de personas; y no lo dirán. »

La primera vez que Gersen se tropezó con Kokor Hekkus tenía nueve años. Acurrucado tras una vieja gabarra fue testigo de la matanza, el pillaje y la esclavitud. Ocurrió durante la histórica Masacre del Monte Agradable, notable por la cooperación sin precedentes de cinco Príncipes Demonio. Kirth Gersen y su abuelo sobrevivieron; cinco nombres llegaron a serle tan familiares a Gersen como el suyo: Attel Malagate. Viole Falushe, Lens Larque, Howard Alan Treesong y Kokor Hekkus. Cada uno de estos individuos se distinguía por alguna cualidad

específica. Malagate era insensato e implacable, Viole Falushe adoraba los refinamientos sibaríticos, Lens Larque era un megalómano y Howard Alan Treesong un ser caótico. Kokor Hekkus, por su parte, era el más voluble, fantasioso e inaccesible, el más osado e ingenioso. Apenas había testigos que pudieran proporcionar datos sobre él: todos coincidían en que era afable, incansable, impredecible y afectado por brotes de lo que parecería una extrema locura, de no ser por su manifiesto autocontrol. Discrepaban en cuanto a su apariencia. En cualquier caso., tenía reputación de ser inmortal.

El segundo encuentro de Gersen con Kokor Hekkus tuvo lugar en el curso de una misión rutinaria en Más Allá, y no pareció, en principio, de singular trascendencia. A principios de abril de 1525, Ben Zaum, un oficial de la PCI,* organizó una entrevista clandestina con Gersen y le propuso una misión «comadreja», o sea, una investigación de la PCI en Más Allá. Los asuntos de Gersen estaban en un punto muerto; se sentía inquieto y aburrido, por lo que accedió finalmente a escuchar la proposición.

El trabajo, tal como lo describió Zaum, no podía ser más sencillo. Se había encargado a la PCI que localizara a cierto fugitivo. «Llamémosle señor Hoskins», dijo Zaum. Tan urgente era la requisitoria que un mínimo de treinta operadores fueron enviados a diferentes sectores de Más Allá. La tarea de Gersen consistiría en inspeccionar las localidades deshabitadas de determinado planeta. «Llamémosle Mundo Malo», dijo Zaum con una mueca de complicidad. Gersen debería localizar al señor Hoskins, o bien probar, sin la menor sombra de duda. que jamás había pisado la superficie de Mundo Malo.

Gersen meditó un momento. Zaum, al que entusiasmaban los misterios, parecía haberse superado con creces en esta ocasión. Gersen empezó a desmenuzar pacientemente la parte visible del iceberg, con la esperanza de sacar a flote nuevas perspectivas.

-¿Por qué sólo treinta comadrejas? Un buen trabajo exigiría un millar.

La astuta expresión de Zaum le daba el aspecto de un búho rubio y achaparrado.

-Hemos conseguido reducir el área de búsqueda. Aún diría más.

*PCI, Policía Coordinada Interplanetaria. Teóricamente es una organización privada que asesora al sistema policial del Oikumene, especializada en consultas, con un archivo central de información y laboratorio de criminología. En la práctica. funciona como una agencia supragubernamental que. a veces. actúa según la lo, o según sus propios códigos.

Mundo Malo es uno de los emplazamientos más verosímiles... por eso quiero que asuma esta responsabilidad. No quisiera exagerar la importancia del asunto.

Gersen decidió que no le gustaba el trabajo. Zaum estaba dispuesto (o acaso recibía órdenes) a mantener la mayor de las reservas. Aprovechó la sorda irritación de Gersen para confundirle y reducir su eficacia... lo que significaba que no regresaría de Más Allá. Gersen se preguntaba cómo rechazar el trabajo sin ofender a Ben Zaum ni perder el contacto con la PCI.

-¿Qué ocurrirá si encuentro al señor Hoskins?

-Tiene cuatro opciones, que le presentaré según un orden decreciente de prioridades. Llevarle vivo a Alphanor. Llevarle muerto a Alphanor. Administrarle una de las horribles drogas de sarkoy. Matarle en el acto.

-No soy un asesino.

- ¡Esto es mucho mas que un simple asesinato! Esto es... demonios, no estoy autorizado a darle más detalles. ¡Pero le aseguro que es muy urgente!

-No lo pongo en duda -dijo Gersen-. Sin embargo, no voy a... De hecho, no puedo matar sin saber la razón. Contrate a otro.

En circunstancias normales, Zaum habría dado por concluida la entrevista, pero insistió. Le dio a entender a Gersen que incluso los comadrejas más experimentados tendrían problemas para lograr el éxito, y que tenía sus servicios en un alto concepto.

-Si el obstáculo es el dinero, creo que podremos llegar a un acuerdo...

-Rechazo su oferta.

Zaum simuló que se golpeaba la frente con los puños.

- Gersen.... es usted uno de los pocos hombres en quien confío ciegamente. Es una delicada operación de asesinato... si, por supuesto, el señor Hoskins visita Mundo Malo, lo que parece bastante creible. También le diré algo más: Kokor Hekkus está involucrado. Si él y el señor Hoskins llegan a contactar...

Levantó las manos en el aire.

Gersen mantuvo su actitud desinteresada, pero ahora todo había cambiado.

-¿El señor Hoskins es un criminal?

La tersa frente de Zaum se arrugó, expresando desconcierto.

-No puedo entrar en detalles.

-En ese caso, ¿cómo piensa que voy a identificarlo?

-Le conseguiré fotografías y sus características físicas; esto debería bastar. El trabajo es muy sencillo. Encuentre al hombre: mátelo, dróguelo o tráigale de regreso a Alphanor.

-Muy bien. -Gersen se encogió de hombros-. Pero, puesto que soy indispensable, exijo más dinero.

-Para concluir -siguió Zaum después de un par de gruñidos-: ¿Cuándo puede partir?

-Mañana.

-¿Aún conserva su nave?

-Sí, en el caso de que llame nave al modelo Nueve-B.

-Le permitirá hacer el viaje de ¡da y vuelta, y no es en absoluto llamativa. ¿Dónde atracó?

- En el espaciopuerto de Avente, área C, rada Diez.

Zaum garrapateó una nota.

-Diríjase a su nave mañana y despegue. Habrá provisiones y estará cargada de combustible. El monitor le conducirá a Mundo Malo. En su *Agenda Estelar* encontrará un expediente con toda la información sobre el señor Hoskins. Sólo necesita sus efectos personales... armas y todo eso.

- ¿Cuánto tiempo debo investigar en Mundo Malo?

-Ojalá pudiera decírselo -suspiró Zaum-. Ojalá supiera lo que va a ocurrir... Si no da con él antes de un mes, es probable que sea demasiado tarde. Si conociéramos con exactitud sus movimientos, sus motivaciones...

-Por lo tanto, deduzco que no es un criminal famoso.

-No. Su vida ha sido larga y provechosa. En cierto momento, un tal Seuman Otwal, de quien sospechamos que es agente de Kokor Hekkus, le abordó. El señor Hoskins, a juzgar por el testimonio de su esposa, se vino abajo.

-¿Extorsión? ¿Chantaje?

-En tales circunstancias... imposible.

Gersen no pudo sonsacarle más información.

Al día siguiente, Gersen llegó al espaciopuerto de Avente un poco antes del mediodía. Encontró lo que Zaum le había prometido. Subió a su ascética nave y hojeó la *Agenda Estelar.* Un sobre de papel manila contenía algunas fotografías y una descripción gráfica. El señor Hoskins, con sombrero y la piel tostada, aparecía vestido con trajes diferentes. Tenía el aspecto de un hombre ya maduro, de cuerpo grande y fondón, ojos afables, boca ancha provista de fuertes dientes y una pequeña nariz de ave rapaz. El señor Hoskins era un terráqueo, según se desprendía de sus vestidos y del color de la piel, similares, pero diferentes en algunos detalles, de los habitantes de Alphanor. Gersen dejó a un lado el expediente; se resistía a emprender viaje a la Tierra, donde probablemente podría identificar al señor Hoskins. Este desvío implicaría una pérdida excesiva de tiempo... sin contar con que entraría a formar parte de la lista negra de la PCI. Hizo una ultima inspección de la nave y llamó a la torre de control para iniciar eldespegue.

Media hora después, Alphanor no era más que un globo brillante alejándose por la popa. Gersen conectó el monitor y observó cómo la proa de la nave se deslizaba en el cielo, hasta desviarse unos sesenta grados de la línea imaginaria que unía Rígel con Sol.

El acelerador Jarnell tomó el control de la nave o, para decirlo con más exactitud, creó las condiciones para que un pequeño empuje causara una traslación casi instantánea.

Pasó el tiempo. Algunos fotones se introducían casualmente en la nave a través de las láminas Jarnell, a fin de permitir la visión del universo externo: centenares, millares de estrellas que centelleaban como chispas en el viento. Gersen efectuó una cuidadosa medición de la trayectoria tomando como coordenadas Sol, Canopus y Rígel. Al poco rato la nave cruzó la frontera entre el Oikumene y Más Allá: la ley, el orden y la civilización dejaban de existir formalmente. Un cálculo sobre la dirección de la ruta le permitió identificar Mundo Malo: Carina LO-461 IV en la *Agenda Estelar,* El Final de Bissom en la terminología de Más Allá. Hacía setecientos años que Henry Bissom había muerto; el mundo, o al menos la región que circundaba a Skouse, la principal ciudad, era ahora el coto de caza de la familia Windie. Mundo Malo no era un nombre inapropiado, pensó Gersen; de hecho, si ponía el pie en Skouse sin una buena razón (y debía reconocer que no tenía ninguna) sería detenido en el acto por la patrulla local Anticomadrejas.* Le interrogarían enérgicamente y, en el mejor de los casos, le darían diez minutos para abandonar el planeta. Si sospechaban que era un comadreja le matarían. Gersen maldijo a Ben Zaum y a su retorcida discreción. Si hubiera sabido su verdadero destino habría tomado otra clase de precauciones.

Una estrella amarilloverdosa de escasa luminosidad colgaba frente a los ventanales, creciendo paulatinamente en brillo y tamaño. El acelerador se apagó. El éter que constreñía la nave siseó y vibró en todos los átomos del vehículo y del propio Gersen: un sonido que hacía rechinar los dientes y que, tal vez, ni siquiera era real.

La vieja 9-B inició el descenso. No muy lejos giraba El Final de Bissom... Mundo Malo. Era un planeta diminuto, de casquetes helados, con un cinturón de montañas suaves en el ecuador, que parecía soldar ambos hemisferios. Fajas de agua, que a los cincuenta grados de latitud se convertían en pantanos y junglas, recorrían de norte a sur la superficie. Ciénagas y marismas se extendían hasta el límite de los hielos.

La ciudad de Skouse ocupaba una meseta barrida por los vientos. Presentaba el aspecto de un irregular conjunto de sombríos edificios de piedra. Gersen contuvo su asombro. ¿Por qué el señor Hoskins querría venir al Final de Bissom? Existían refugios mucho más agradables. Brinktown era casi alegre... Pero estaba dando demasiadas cosas por hechas: el señor Hoskins jamás se acercaría al Final de Bissom, y toda la misión parecía condenada al fracaso. Zaum había exagerado de forma evidente.

Gersen examinó el planeta en el macroscopio y no halló nada de interés. Las montañas ecuatoriales eran polvorientas y estériles, los océa-

* La única organización interplanetaria de Más Allá, encargada de identificar y destruir a los agentes infiltrados de la PCI.

nos grises y moteados por las sombras de nubes bajas y ligeras. Volvió su atención a Skouse, una ciudad que no tendría más de tres o cuatro mil habitantes. En las cercanías se abría un campo de hierba chamuscada, bordeado por cobertizos y depósitos: el espaciopuerto, evidentemente. No había lujosas mansiones o castillos a la vista, y Gersen recordó que los windles vivían en

cavernas de las montañas que dominaban la ciudad. Las señales de civilización se extinguían a cien millas de distancia, tanto al este como al oeste, y dejaban paso al desierto. Otra ciudad se levantaba junto a un muelle en la orilla del Océano Norte, muy cerca de una planta procesadora de metal, según dedujo Gersen de los montones de chatarra y los vastos edificios. El planeta no mostraba otros signos de presencia humana.

Si no podía visitar Skouse abiertamente, lo haría de forma clandestina. Eligió un barranco solitario, esperó hasta que las sombras del atardecer cubrieron el área y aterrizó rápidamente.

Tardó una hora en adaptarse a la atmósfera, y luego se adentró en la noche. El aire era frío. Tenía un olor característico, como sucede en casi todos los planetas; en este caso, un amargo tufo químico mezclado con algo que recordaba a una especia picante; aparentemente, uno procedía del suelo y el otro de la vegetación nativa. Obturaba las fosas nasales.

Gersen recogió algunos instrumentos de los comadrejas, bajó la plataforma volante y se dirigió hacia el oeste.

La primera noche, Gersen exploró Skouse. Las calles estaban sin pavimentar, descuidadas; había una comisaría, varios almacenes, un garaje, tres iglesias, dos templos y un tranvía que llevaba al océano. Localizó la posada: una estructura cuadrada de tres pisos construida en piedra, paneles de fibra y madera. Skouse era una ciudad adusta que traslucía aburrimiento, pereza e ignorancia. Gersen llegó a la conclusión de que la gente guardaba las apariencias.

Concentró su atención en la posada, donde el señor Hoskins residiría, en el caso de que estuviera allí. No pudo encontrar una ventana por la que mirar. Las paredes de piedra se resistían a su micrófono camuflado. Tampoco se atrevía a hablar con ninguno de los peatones que andaba por las calles tortuosas de Skouse.

La segunda noche no tuvo mejor éxito. Sin embargo, descubrió frente a la posada una estructura vacía. En tiempos debió de ser un almacén de maquinaria o una planta de fabricación, pero ahora era pasto del polvo y de pequeños insectos blancos, cobardes como monos minúsculos. Gersen se guareció en ella y pasó todo el interminable día amarilloverdoso vigilando la posada. La vida de la ciudad discurría ante sus ojos: hombres de semblante severo y estólidas mujeres, ataviados con chaquetas oscuras, pantalones holgados de color pardo o marrón y sombreros negros de ala doblada hacia dentro, se dirigían a sus respectivos trabajos. Hablaban un dialecto bronco y monocorde que Gersen intentaba imitar desesperadamente; así fracasó un plan consistente en conseguir ropas a la moda de los nativos y entrar en la posada. Al caer la tarde, unos forasteros llegaron a la ciudad: astronautas, según se desprendía de su atuendo, que acababan de tomar tierra en su nave. Gersen combatió la somnolencia con unas píldoras estimulantes. Tan pronto como el sol se puso -un crepúsculo del color del barro- dejó su escondite y atravesó las calles oscuras en dirección al espaciopuerto. En efecto, un gran carguero, de cuya bodega desembarcaban fardos y cajones, estaba estacionado allí. Mientras Gersen observaba las evoluciones de los

operarios, tres miembros de la tripulación salieron de la nave, cruzaron la zona iluminada por los focos, enseñaron sus pases al guardia de la puerta y se dirigieron a la ciudad.

Gersen se les unió. Les dio las buenas tardes, le contestaron con educación, y preguntó el nombre de la nave.

-*Ivan Garfang,* procedente de Chalcedon.

- ¿Chalcedon, en la Tierra?

-Exacto.

-¿Qué clase de ciudad es Skouse? -preguntó el más joven-. ¿Hay algún sitio para divertirse?

-Ninguno -replicó Gersen-. Hay una posada, y poco más. Es una ciudad aburrida y tengo ganas de marcharme. ¿Llevan pasajeros?

-Sí, tenemos uno a bordo y espacio para cuatro más. Cinco, si el señor Hosey desembarcara, tal como creo que hará. En cuanto al propósito que le trae por aquí...

El joven meneó la cabeza en señal de ignorancia.

Así de sencillo, pensó Gersen. ¿Quién podía ser el señor Hosey, sino el señor Hoskins? Y ahora, ¿cómo encajaba Kokor Hekkus en el rompecabezas? Acompañó a los tres astronautas hasta la posada y entró con ellos, como un compañero más, a fin de no levantar sospechas.

Gersen cimentó la amistad invitando a una ronda de bebidas. Sólo había cerveza, floja y amarga. y un arrack blanco y picante.

El interior de la posada era acogedor, con el típico mostrador y el fuego que crepitaba en el hogar. Una camarera, vestida con una blusa ancha de color rojo y zapatillas de paja, servía las mesas. El más joven de los astronautas, llamado Carlo, le hizo algunas proposiciones, que ella recibió con aparente desconcierto.

-Déjala en paz -aconsejó el mayor, Bude- No está bien de la azotea.

Se golpeó la frente significativamente.

-Tanto camino recorrido desde que salimos de Más Allá -gruñó Carlo-, y la primera mujer que vemos está medio loca.

-Déjala para el señor Hosey -sugirió Halvy, el tercer astronauta-. Si desembarca tendrá mucho tiempo para aburrirse.

-¿Es algún científico? -preguntó Gersen- ¿O periodista? Les gusta visitar de vez en cuando lugares extraños.

-Ni el demonio sabe quién es -dijo Carlo-. No ha dicho más de dos palabras en todo el viaje.

La conversación cambió de rumbo. A Gersen le habría gustado hablar más del señor Hosey, pero no se atrevió a insistir; Más Allá casi siempre solía implicar siniestros augurios.

Entraron algunos parroquianos y se sentaron frente al fuego. Bebían sus pintas de cerveza de un trago y hablaban con sus voces monocordes. Gersen preguntó al hombre que se encargaba de la barra si había sitio para dormir.

-Hace tanto tiempo que no tenemos huéspedes que las camas están apolilladas. Es mejor que vuelva a su nave.

Gersen contempló a Carlo, Bude y Halvy. No demostraban tener el menor interés en marcharse. Se dirigió de nuevo a su interlocutor.

-¿Podría enviar un recadero a la nave con un mensaje?

-Hay un chico en la parte de atrás que tal vez le hiciera el favor.

-Se lo diré.

El chico se presentó en el acto: un joven carente de expresión, el hijo del encargado de la barra. Gersen le dio una generosa propina y le hizo repetir tres veces el mensaje:

-Vengo a buscar al señor Hosey para que se presente en la posada inmediatamente.

-Correcto. Ahora date prisa, quizá obtengas más dinero. Recuerda que sólo debes darle el recado al señor Hosey.

El chico se marchó. Gersen esperó un momento, se deslizó fuera de la posada y siguió al muchacho hasta el espaciopuerto desde una prudente distancia.

El guardia del espaciopuerto conocía al chico. Después de intercambiar una o dos palabras le permitió acceder al campo. Gersen se aproximó cuanto pudo y se escondió a la sombra de un alto arbusto. Observó y esperó.

Transcurrieron algunos minutos. El chico salió de la nave... solo. Gersen emitió un gruñido de decepción. Cuando el chico llegó a la carretera, Gersen le abordó. El muchacho dio un respingo y retrocedió, asustado.

- Vuelve aquí -dijo Gersen-. ¿Viste al señor Hosey?

-Sí, señor, le vi.

Gersen encendió la linterna y le enseñó una foto del señor Hoskins.

-¿Es este caballero?

-Sí, señor, el mismo -asintió el chico.

-¿Qué dijo?

-Me preguntó si conocía a Billy Windle -respondió el chico apartando la mirada.

-Billy Windle, ¿eh?

-Sí, señor. Y desde luego que no le conozco. Billy Windie es un roehuesos. Me dijo que si usted era Billy Windle subiera a la nave. Yo le contesté que no, que era un cosmonauta. Y entonces dijo que no trataría con nadie mas que con el propio Billy Windie en persona.

-Ya veo. ¿Qué es un roehuesos?

- Así les llamamos aquí. Quizá en su mundo tengan otro nombre. Son seres que absorben la vida de otros y luego se van a vivir a Thamber.

- ¿Billy Windle vive en Thamber?

-Es un mundo real, no piense lo contrario. Lo sé, porque los roehuesos viven allí.

-Al igual que los dragones, las hadas, los ogros y los trasgos -sonrió Gersen.

-No me cree -se dolió el chico.

-Vuelve con el señor Hosley. -Gersen sacó más dinero-. Dile que Billy Windle le espera en la carretera y tráemelo aquí.

Los ojos del chico se abrieron de incredulidad.

- ¿Es usted Billy Windle?

-No importa quién sea. Ve y dale al señor Hosey mi mensaje.

El chico regresó a la nave. Cinco minutos después bajaba la rampa en compañía del señor Hosey... que era, definitivamente, el señor Hoskins. Juntos cruzaron la pista.

Un disco volante iluminado con luces rojas y azules descendió flotando de la oscuridad y tomó tierra. Se trataba de un suntuoso vehículo volador. embellecido con los complementos más sofisticados: faros de colores, planchas doradas y motivos vegetales verdes y dorados dotados de movimiento. Lo pilotaba un hombre delgado, de piernas largas y espalda musculosa, vestido con tanta suntuosidad como su aparato. Llevaba la cara teñida de negro y marrón; sus facciones eran regulares, esbeltas y juveniles. Un apretado turbante de tela blanca y un par de graciosos aros colgados de la oreja derecha completaban su atuendo. Estaba lleno de una nerviosa vitalidad. Al saltar a tierra pareció rebotar.

El chico y el señor Hoskins se habían detenido. El recién llegado cruzó la pista con celeridad. Habló unas palabras con el señor Hoskins, que expresó su sorpresa y apuntó con un gesto interrogativo a la carretera. «Debe de ser Billy Windle», pensó Gersen, apretando los dientes de frustración. Billy Windle inspeccionó con una mirada la carretera y formuló una pregunta al señor Hoskins, que asintió a regañadientes y palpo su cartera pero, con el mismo movimiento, sacó un arma con la que apuntó a Billy Windle de forma nerviosa y truculenta, como para recalcar que no confiaba en nadie. Billy Windler se limitó a reír.

¿Dónde encajaba Kokor Hekkus en el esquema? ¿Era Billy Windle uno de sus agentes? Sólo había una manera sencilla y directa de comprobarlo. El guardia de la puerta contemplaba el enfrentamiento con fascinada atención. No oyó acercarse a Gersen, ni sintió nada cuando aquél le dejo inconsciente de un golpe. Gersen se apropió de la gorra y la chaqueta del guardia y se encaminó con displicencia hacia Billy Windle y el señor Hoskins. Estaban enfrascados en un intercambio; cada uno sostenía un sobre. Billy Windle, al advertir que Gersen se aproximaba, le hizo señas de que se alejara, pero Gersen continuó andando con aire obsequioso.

-Vuelva a su puesto, guardia -le espetó Billy Windle-. No interrumpa nuestros asuntos.

Había algo amenazador en el porte de su cabeza.

-Perdóneme, señor -dijo Gersen.

Dio un salto adelante y descargó su proyector sobre el vistoso sombrero de Billy Windle. Mientras Billy Windle se desplomaba, Gersen retorció el brazo del señor Hoskins, que soltó su arma.

El señor Hoskins lanzó un grito de dolor mezclado con asombro. Gersen arrebató el sobre de las manos de Billy Windle y luego trató de hacer lo mismo con el del señor Hoskins. Éste empezó a retroceder, pero al ver que Gersen levantaba el proyector se quedó inmóvil.

Gersen le empujó hacia el vehículo aéreo de Billy Windle.

-Rápido, suba a bordo si no quiere que le haga daño.

El señor Hoskins sentía las piernas como si fueran de goma. Trastabilleó y trotó ridículamente hacia el vehículo. Mientras subía intentó ocultar el sobre dentro de su camisa. Gersen alargó la mano y se lo quitó. El sobre se rompió. Hubo una breve lucha y Gersen consiguió la mitad del sobre; la otra había ido a parar bajo el coche. Billy Windle se esforzaba por ponerse en pie. Gersen no tenía tiempo que perder. Los mandos del coche aéreo eran convencionales. Tiró con fuerza de la palanca principal. Billy Windle gritó algo que Gersen no pudo oír y, al tiempo que el coche aéreo se elevaba, apuntó su proyector y disparó. El rayo rozó la oreja de Gersen y atravesó en diagonal la cabeza del señor Hoskins. Gersen disparó a su vez, pero a causa de la distancia sólo provocó una nube de polvillo.

Sobrevoló Skouse, se desvió hacia el oeste y aterrizó junto a su nave. Condujo el cadáver del señor Hoskins a bordo, abandonó el llamativo coche aéreo y dirigió la 9-B al espacio. Conectó el acelerador y se consideró a salvo: ningún ingenio humano conocido podría interceptarle. Misión cumplida, como un buen obrero, sin esfuerzos excesivos: el señor Hoskins muerto y de camino hacia Alphanor, siguiendo al pie de la letra las instrucciones. Gersen debería estar satisfecho, pero no era así. No había averiguado nada, no había obtenido ningún éxito, excepto cumplir la insignificante tarea que le había llevado al Final de Bissom. Kokor Hekkus estaba involucrado en el caso; con el señor Hoskins muerto, Gersen nunca sabría cómo o por qué.

El cadáver constituía un problema. Gersen lo encerró en el trastero bajo llave.

Sacó el sobre que le había quitado a Billy Windle y lo abrió. En su interior encontró una hoja de papel rosa escrita con tinta púrpura. El encabezamiento decía: «Cómo convertirse en un roehuesos». Gersen alzó las cejas: ¿un chiste? Algo le hacía pensar que no. Leyó las instrucciones sin poder evitar que un escalofrío de horror recorriera su nuca. Eran ominosas:

«Envejecer es el resultado del agotamiento de los licores juveniles: es una conclusión obvia. El roehuesos deseará reaprovisionarse de estos valiosísimos elixires acudiendo a la fuente más evidente: personas jóvenes. El proceso es

costoso hasta el momento en que se tiene acceso a un número suficiente de estos individuos, y en este caso el roehuesos procede de la siguiente forma:

»El roehuesos debe procurarse ciertas glándulas y órganos de los cuerpos de niños vivos, preparar extractos y derivar de ellos un nódulo ceroso.»

Gersen apartó la carta y estudió el fragmento que había arrebatado al señor Hoskins. Decía:

«... rizos, o mejor dicho, bandas de densidad. En apariencia se producen al azar, si bien en la práctica son tan casuales como imperceptibles. El espaciamiento crítico está en función de la raíz cuadrada de los once primeros números primos. La aparición de seis o más de tales rizos en cualquiera de las situaciones antes mencionadas dará validez ... »

Gersen consideró que la referencia era incomprensible, pero muy intrigante: ¿cuál era la información que poseía el señor Hoskins, lo suficientemente valiosa como para ser intercambiada por el secreto de la eterna juventud?

Examinó de nuevo las horripilantes instrucciones para convertirse en un roehuesos y se preguntó si serían plausibles. Luego destruyó ambos fragmentos de papel.

Desde el espaciopuerto de Avente llamó a Ben Zaum por videófono.

-Estoy de vuelta.

Zaum enarcó las cejas.

-¿Tan pronto?

-No había motivos para retrasar más la partida.

Zaum y Gersen se encontraron media hora después en el vestíbulo contiguo a la sala de espera del espaciopuerto.

-¿Dónde está el señor Hoskins?

Zaum puso un delicado énfasis en la última palabra y dedicó a Gersen una mirada interrogativa.

-Le hará falta un coche fúnebre. Hace bastante tiempo que está muerto... desde antes que yo abandonara Mundo Malo, según las indicaciones que usted me dio.

-¿El ... ? ¿Cuáles fueron las circunstancias?

-Hoskins y un tipo llamado Billy Windle habían cerrado un trato, pero no consiguieron llegar a un acuerdo. Windle pareció muy disgustado y mató a Hoskins. Me las arreglé para recuperar el cadáver.

-¿Cambiaron algunos papeles de manos? -Zaum observaba a Gersen con suspicacia-. En otras palabras, ¿le sonsacó Windle alguna información a Hoskins?

-No.

- ¿Está seguro?

-Absolutamente.

Zaum aún dudaba.

- ¿Eso es todo lo que me trae?

-¿No es bastante? Ya tiene al señor Hoskins, que es lo que quería.

Zaum se pellizcó los labios y miró a Gersen de reojo.

-¿Encontró algún documento en el cuerpo?

-No, pero quiero hacerle una pregunta.

-Muy bien. Si puedo, le responderé -suspiró Zaum.

-Usted mencionó a Kokor Hekkus. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Zaum reflexionó unos instantes mientras se rascaba la barbilla.

-Kokor Hekkus es un hombre con muchas identidades. Una de ellas, si nuestras informaciones no son falsas, es la de Billy Windle.

-Me lo temía... Perdí mi oportunidad. Quizá no vuelva a repetirse nunca. ¿Sabe usted lo que es un roehuesos?

- ¿Un qué?

-Un roehuesos. Una especie de criatura inmortal que vive en Thamber.

-No sé lo que es un roehuesos, y todo lo que sé acerca de Thamber es «pon rumbo a la vieja Estrella del Perro hasta rebasar su margen extremo, enfrente la muerte brilla con el resplandor de Thamber»...

como dice la canción.

-Se olvidó un verso después de «vieja Estrella del Perro»: «un punto al norte de Achernar».

-No importa, jamás pude hallar el País de Oz. -Suspiró lúgubremente-. Sospecho que no me lo ha contado todo, pero...

-Pero ¿qué?

-Sea discreto.

- Oh, sí, lo seré.

-Y asegúrese de no tropezar otra vez con Kokor Hekkus si ha malogrado alguno de sus planes. Nunca agradece un favor ni olvida una afrenta.

2

De la Introducción a Los *Príncipes Demonio,* de Caril Carphen (Elucidarian Press, New Wexford, Aloysius, Vega):

«Es lícito cuestionarse cómo, entre tantos ladrones, secuestradores, piratas, traficantes de esclavos y asesinos dentro y fuera de la Estaca, se pueden aislar cinco individuos e identificarlos como los "Príncipes Demonio". El autor, si bien establece un cierto grado de arbitrariedad, es incapaz de definir en buena

conciencia los criterios que los Cinco arraigan en su mente como archicriminales y señores del mal.

»Primero: los Príncipes Demonio se caracterizan por su grandiosidad. Basta considerar la forma en que Kokor Hekkus ganó su sobrenombre "La Máquina de Matar", la "plantación" que llevó a cabo Attel Malagate en el planeta Grabhorne (una civilización a su medida), el asombroso monumento que se erigió Lens Larque o el Palacio del Amor de Viole Falushe. Desde luego, no son obras de hombres normales ni el resultado de vicios normales (aunque se dice que Viole Falushe es físicamente insignificante y que algunas proezas de Kokor Hekkus conllevan la horrible y curiosa cualidad de los experimentos de un niño con un insecto).

»Segundo: estos hombres son genios constructivos motivados, no por malicia, perversidad, avaricia o misantropía, sino por propósitos íntimamente violentos, la mayoría misteriosos y oscuros. ¿Por qué Howard Alan Treesong resplandece en el caos? ¿Cuáles son los objetivos del inescrutable Attel Malagate, o del fascinante y extravagante Kokor Hekkus?

»Tercero: cada uno de los Príncipes Demonio es un misterio; todos insisten en el anonimato y en ocultar el rostro. Hasta para sus más íntimos colaboradores son unos desconocidos; carecen de amigos y rechazan el amor (podemos desechar sin el menor reparo las autoindulgencias del sibarítico Viole Falushe).

»Cuarto: como complemento de lo antes descrito, todos poseen una cualidad, que podríamos describir en términos de absoluto orgullo, la absoluta autosuficiencia. Cada uno de los cinco considera su relación con el resto de la humanidad como una confrontación entre iguales.

» Quinto: a modo de resumen citaré el histórico cónclave en la Taberna de Smade, en el año 1500 (que será discutido en el Capítulo Primero), cuando los cinco se reunieron por primera vez como iguales., tal vez a regañadientes, y definieron sus diversas áreas de interés. ¡Ipsi dixeunt!»

Así fue el segundo encuentro de Gersen con Kokor Hekkus. El resultado fue un período de depresión, durante el que Gersen pasó largas mañanas y atardeceres en la Esplanada de Avente, contemplando el Océano Taumatúrgico. Durante una temporada le dio vueltas a la idea de regresar al Final de Bissom... pero el proyecto se le antojaba imprudente y sin sentido: Kokor Hekkus no permanecería durante mucho tiempo en el Final de Bissom. Gersen estaba obligado a intentar un nuevo contacto.

Era una resolución más fácil de formular que de llevar a la práctica. Espeluznantes anécdotas sobre Kokor Hekkus circulaban a docenas, pero escaseaba la información fidedigna. Las referencias a Thamber eran frecuentes, aunque Gersen no les daba demasiada importancia; apenas superaban las fantasías de un niño dotado de gran imaginación.

Pasó el tiempo... una semana, dos semanas. Los periódicos señalaron a Kokor Hekkus como autor del secuestro de un comerciante de Copus, Pi Casiopeia VIII.

La noticia intrigó a Gersen: los Príncipes Demonio raramente secuestraban a alguien por dinero.

Dos semanas después tuvo lugar otro secuestro, esta vez en las Montañas Hakluz de Orpo, Pi Casopeia VII. La víctima era un almacenero de esporas agrias. Los periódicos apuntaron de nuevo a Kokor Hekkus como presunto responsable; sólo la posible participación del Príncipe Demonio en estos crímenes vulgares los convertía en noticia.

El tercer encuentro de Gersen con Kokor Hekkus fue consecuencia directa, si bien en forma tortuosa, de estos secuestros; y los secuestros tenían su origen en el éxito de Gersen en Skouse.

La casualidad aceleró la cadena de acontecimientos. Una mañana, Gersen se sentó en un banco situado en mitad de la Esplanada. Un hombre de edad avanzada, con la piel teñida de azul pálido, chaqueta negra y pantalones beige, que acentuaban su elegancia de clase media, tomó asiento en el otro extremo del banco. Algunos minutos más tarde soltó un taco, apartó el periódico y miró a Gersen con la indignación en los ojos ante estos tiempos sin ley.

- ¡Otro secuestro, otra persona inocente obligada a un vil intercambio! ¿Por qué no se pone remedio a estos crímenes? ¿Qué hace la policía? Dar consejos a la gente para que tomen precauciones. ¡Qué condición tan deplorable!

Gersen se mostró totalmente de acuerdo, pero dijo que no se le ocurría solución más efectiva al problema que declarar ¡legal la propiedad privada de naves espaciales.

-¿Y por qué no? -preguntó el anciano-. Yo no tengo nave, ni siento la necesidad de comprar una. En el mejor de los casos, no son más que instrumentos de frivolidad y ostentación; en el peor, facilitan la realización de los delitos, secuestros en especial. Mire -dio un golpecito al periódico-, diez secuestros, todos facilitados por naves espaciales.

-¿Diez? -preguntó Gersen sorprendido-. ¿Tantos?

-Diez en las dos últimas semanas, todos de personas respetables y acaudaladas. Los rescates van a parar a Más Allá, para enriquecer a esos bribones; ¡dinero disipado en el espacio que perdemos todos nosotros!

Prosiguió su discurso indicando que los valores morales se habían deteriorado desde los días de su juventud, que el respeto hacia la ley y el orden había alcanzado su punto más bajo, que sólo los criminales ineptos y desafortunados pagaban por sus actos. Para ejemplificar sus convicciones citó a un hombre que había visto el día anterior, un hombre al que reconoció como cómplice del notorio Kokor Hekkus, quien con casi absoluta seguridad era el responsable de al menos uno de los secuestros.

Gersen expresó consternación y sorpresa. ¿Sabía el viejo lo que decía?

- Sí, sin la menor duda. Nunca olvido una cara aunque hayan transcurrido dieciocho años, como en este caso.

El interés de Gersen empezó a disminuir. El viejo seguía hablando sin prestarle atención. Seguro, pensó Gersen, o casi seguro que el hombre no era un enviado de Kokor Hekkus para tenderle una trampa.

-... en Pontefract, Aloysius, donde serví como Escriba Mayor de la Inquisición. Apareció ante la Guldunería y, según creo recordar, desplegó una actitud altamente insolente, considerando la gravedad de los cargos.

-¿Y cuáles eran? -preguntó Gersen.

-Desfalco con intento de sobornar a los investigadores, posesión ¡legal de antigüedades e injurias. Su arrogancia estaba completamente justificada, puesto que se libró del castigo, salvo una amonestación. Era evidente que Kokor Hekkus había intimidado al jurado.

-¿Y usted vio a este hombre ayer?

-Sin duda. Se cruzo conmigo en la Vía Slideway y se dirigió al norte, hacia Sailmaker Beach. ¡Si me tropiezo con este empedernido delincuente por pura casualidad, imagínese cuántos andan sueltos!

-Una grave situación -declaró Gersen-. Ese hombre debería estar bajo vigilancia. ¿Recuerda su nombre?

-No, pero ¿qué ganaría con ello? Le aseguro que no es el que usaba entonces, ni el que usa ahora.

-¿Tiene algún rasgo característico?

El hombre frunció el ceño.

-Ninguno que sea notable. Nariz y orejas grandes, ojos redondos y juntos. No es tan viejo como yo. Sin embargo, he oído decir que la gente del planeta Fomalhaut tarda en crecer debido a la naturaleza de sus alimentos, que cuajan la bilis.

- Ah, era un sandusko.

- Hizo su declaración con un estilo extraordinario, que sólo podría describir como vanagloria.

- Posee usted una memoria singular -rió Gersen cortésmente-.

¿Cree usted que ese sandusko vive en Sailmaker Beach?

- ¿Por qué no? Es un lugar donde esa gente poco ortodoxa tiende a reunirse.

- Es cierto.

Tras unos breves comentarios más, Gersen se puso en pie y se despidió.

La Vía Slideway iba en dirección norte, paralela a la Esplanada, giraba después a través del túnel LoSasso y desembocaba en la plaza Marish de Sailmaker Beach, Gersen conocía bastante bien la zona; desde la plaza, y mirando hacia Melnoy Heights, casi podía ver la casa en la que había residido tiempo atrás Hildemar Dasce. Los pensamientos de Geresen se tiñeron por un momento de melancolía… En seguida volvió a concentrarse en los asuntos que llevaba entre manos: seguir

la pista de un sandusko sin nombre. Era un problema ciertamente diferente al de localizar al Bello Dasce, de rostro inolvidable.

Unas estructuras amuralladas de escasa altura, construidas en hormigón y de colores blanco, lavanda, azul pálido y rosa, rodeaban la plaza. Brillaban a la luz de Rígel como si fueran incandescentes y emitían todas las tonalidades del color, si bien, en contraste, puertas y ventanas mostraban el más intenso y profundo de los negros. Bajo una de las arcadas de la plaza se alineaban una serie de tiendas y comercios dedicados principalmente a los turistas. Sailmaker Beach, con sus enclaves ocupados por otras razas, cada uno con sus típicas tiendas y restaurantes, no tenía parangón con el resto de Oikumene, salvo uno o dos distritos de la Tierra. Gersen compró en un quiosco la *Guía de Sailmaker Beach.* No mencionaba el barrio sandusko. Volvió al quiosco. La propietaria era una mujer de corta estatura, gorda, casi en forma de globo, con la piel teñida de un verde pizarroso: quizás una kronkiole.

- ¿Dónde está el barrio de los sanduskos? - preguntó Gersen.

- No conozco a muchos. Encontrará unos cuantos al pie de la calle Ard. En seguida lo notará porque el viento arrastra el olor de sus comidas al mar.

- ¿Dónde está su mercado?

- Más que comida venden basura. ¿Es usted un sandusko? No, ya veo que no. Vaya a la calle Ard. Tuerza por allí… ¿ve a esos dos tipos con capas negras que paracen sepultureros? Un poco más allá empieza la calle Ard. Apriétese la nariz.

Gersen devolvió la *Guía de Sailmaker Beach,* cruzó la plaza, rebasó a los dos hombres de piel pálida cubiertos con largas capas negras y entró en la calle Ard: una callejuela más que una calle, inclinada en suave pendiente hacia el mar. La primera manzana albergaba salones de té y casas de juego que desprendían un agradable aroma a incienso. Seguía un deprimente trecho infestado de niños de ojos muy negros, con aros en las orejas, camisas verdes que sólo les llegaban al ombligo, y poco más. De pronto, Gersen comprendió el consejo que le había dado la mujer gorda del quiosco. El aire de la calle Ard transportaba un profundo hedor agridulce que distendía las ventanas de la nariz. Había llegado al punto en que la calle se abría en una especie de patio junto al dique marítimo. Gersen hizo una mueca y se dirigió hacia la tienda de la que parecía emanar el olor. Contuvo el eliento, bajó la cabeza y entró. Había cubos de madera a derecha e izquierda que contenían pastas, líquidos y sustancias sólidas sumergidas; frente a él colgaban ristras de objetos verdeazulados del tamaño de un puño. Al fondo, tras un mostrador en el que se apilaban lacias salchichas rosáceas, estaba un muchacho de unos veinte años con cara de payaso, ataviado con un ajado delantal negro y marrón, y un pañuelo en la cabeza de terciopelo negro. Se apoyaba en el mostrador sin la menor muestra de energía o vitalidad, y contempló a Gersen con la mayor de las indiferencias.

-¿Es usted un sandusko?? - preguntó Gersen.

-¿Y qué si lo soy? -El tono de la respuesta implicaba muchos y complejos sentimientos: abyecta tristeza, malicia caprichosa y humildad insolente-. ¿Desea comer?

Gersen sacudío la cabeza.

- No soy de su religión.

- !Ah, bueno¡ ¿Sabe algo de Sandusk, por lo tanto?

- Sólo por referncias.

- No debe hacer caso de esas habladurías - sonrió el joven-, que nos relegan a la condición de fanáticos religiosos, más propensos a consumir comida inmunda que a flagelarnos. Son del todo incorrectas. Acérquese. ¿Es usted un hombre de gusto?

- Sólo a veces -reflexionó en voz alta Gersen.

El joven se acercó a uno de los cubos y sacó una bola de passta marrón reluciente.

- !Pruébelo¡ Juzgue por usted mismo. Utilice su boca antes que su nariz.

Gersen se encogió de hombros con expresión fatalista y probó. El interior de su boca hormigueó, y después se dilató. Su lengua se retrotajo.

- ¿Y bien? -preguntó el joven.

- Lo único que puedo decir - balbuceó Gersen- es que sabe peor de lo que huele.

- Ésa es la opinión general - suspiró el muchacho.

- Gersen se secó los labios con el dorso de la mano.

- ¿Conoce a todos los sanduskos de la vecindad?

- Sí

- Busco a un hombre alto. algo bizco, que ha perdido un dedo y que lleva el pelo colgando sobre su espalda como la cola de un cometa.

El joven sonrió plácidamente.

- ¿Su nombre?

-No lo sé.

-Podría ser Powel Darling. Ha regresado a Sandusk.

-Lo sé. Bien, no importa. El dinero se ingresara en la tesorería provincial.

-Lástima. ¿A qué dinero se refiere?

-Una herencia que legó una excéntrica anciana a dos sanduskos que le hicieron un favor. El otro se halla en paradero desconocido, según me han dicho.

- ¿Quién es el otro?

-Me dijeron que abandonó Alphanor hace un mes.

-¿De veras? -El joven rumió unos instantes-. ¿Quién podría ser?

- Tampoco sé su nombre. Un hombre de edad madura, con grandes orejas, enorme nariz y ojos muy juntos.

-La descripción corresponde a Dolver Cound. Pero aún anda por aquí.

-¡Caramba! ¿Está seguro?

-Desde luego. Vaya al dique y llame a la segunda puerta a la izquierda.

-Gracias.

-Existe la costumbre de pagar las golosinas consumidas en las tiendas.

Gersen depositó una moneda sobre el mostrador y se fue. El aire en la plazoleta de Ard parecía casi fresco.

El dique corría perpendicular a la calle Ard: a seis metros bajo el nivel del mar, transparente y tornasolado como un zafiro acariciado por los rayos de Rígel, calmo en toda su extensión. Gersen giró a la izquierda y se detuvo frente a la segunda puerta: la entrada a una casa de fachada estrecha, construida con el habitual hormigón grumoso.

Gersen llamó a la puerta. Unos pasos vacilantes se oyeron en el interior. La puerta se abrió lentamente. Dolver Cound se asomó: un hombre más viejo y pesado de lo que Gersen esperaba, de cara rubicunda y labios cianóticos.

-¿Sí?

-Con su permiso, voy a entrar.

Gersen se adelantó, sin hacer caso de la débil protesta de Cound, que acabó por cederle el paso. Gersen echó un rápido vistazo a la habitación. Estaban solos. Los muebles se veían deslustrados. Una raída alfombra púrpura y roja cubría el suelo. Sobre la cocina humeaba la comida de Dolver Cound. La nariz de Gersen se estremeció involuntariamente.

Cound recobró la compostura, hinchó el pecho y adelantó la barbilla.

-¿Qué significa esta intrusión? ¿Qué o a quién busca?

Gersen le obsequió con una mirada de desprecio.

-Dolver Cound... Durante dieciocho años ha eludido el castigo por sus crímenes.

-¿Qué significa esto?

Gersen exhibió una placa de identificación, similar a la enseña de la PCI, con su fotografía bajo una estrella transparente de siete puntas. La apoyó contra su frente y la estrella destelló. Dolver Cound la contempló fascinado, con la boca abierta.

-Soy miembro del Brazo Ejecutivo de la Nueva Administración de Pontefract, Aloysius, Vega Tres. Hace dieciocho años se enfrentó a un juicio amañado ante la Guldunería. Ahora le arresto. Debe volver para una nueva vista.

-¡No tiene jurisdicción ni autoridad! -Cound se puso a gritar con voz aguda-. ¡Además, yo no soy el hombre que busca!

- ¿No? ¿A quién debo detener? ¿A Kokor Hekkus?

Cound apretó sus labios purpúreos y desvió la vista hacia la puerta.

- Váyase. No vuelva jamás. No quiero saber nada de usted.

- ¿Qué me dice de Kokor Hekkus?

- ¡No pronuncie su nombre ante mí!

-Uno de los dos debe pagar las culpas. De momento, él está fuera de mi alcance. Usted vendrá. Le doy diez minutos para hacer el equipaje.

-¡Es ridículo! ¡Absurdo! ¡Puros disparates!

Gersen sacó el proyector y apuntó a Cound con fría determinación.

- !Por favor! - suplicó Cound -. Reflexionemos un momento y veremos en qué se ha equivocado. ¡Siéntese! ¡Es nuestra costumbre! ¿Quiere beber algo?

-¿Algún brebaje sandusko? No, gracias.

-Puedo ofrecerle algo menos desagradable: arrack de la Provincia del Mar.

-Muy bien -aceptó Gersen.

Cound cogió de un estante una botella, una bandeja, un par de vasos y sirvió las bebidas. Gersen bostezó y fingió que se distraía en otra cosa. Con mucha lentitud, Cound depositó la bandeja y tomó uno de los vasos. Gersen cogió el otro y escudriñó el transparente líquido, buscando el enturbiamiento que delataría la presencia de otro líquido o granos de polvos no disueltos. Cound le observaba con disimulo. Dando la sospecha por garantizada, pensó Gersen, esperaría un cambio de vasos.

-¡Salud! -dijo Cound al tiempo que levantaba el vaso.

Gersen le miró con detenimiento. Cound posó su vaso intacto.

-¿No le apetece beber? - Gersen mezcló la bebida de ambos vasos y devolvió el suyo a Cound-. Beba primero.

-Nunca antes que un invitado. Me sentiría avergonzado.

-No puedo beber antes que mi anfitrión. Pero no importa; beberemos juntos durante nuestro viaje a Pontefract. Puesto que no quiere hacer las maletas, ya podemos marcharnos.

El rostro de Cound se contrajo de furia.

-No iré a ninguna parte con usted. No puede obligarme. Soy un anciano afligido por diversas enfermedades. ¿Acaso ignora lo que es la piedad?

- O usted o Kokor Hekkus: éstas son mis instrucciones.

- ¡No pronuncie ese nombre!

Cound miró de nuevo hacia la puerta con un gemido de agonía.

-Dígame lo que sabe de él.

-Nunca.

-Vámonos, pues. Dígale adiós a Rígel. A partir de ahora, su sol será Vega.

- ¡Yo no sé nada! ¿Es que no atiende a razones?

-Dígame lo que sepa de Kokor Hekkus. Le queremos antes que a usted.

Cound exhaló un profundo suspiro y cerró los ojos.

-Así sea. Si le digo todo lo que sé, ¿tendré que volver a Aloysius9.

-No]e prometo nada.

-Es muy poco lo que sé... -Durante dos horas explicó la naturaleza casual de su relación con Kokor Hekkus-. Fui acusado falsamente; ¡hasta el jurado de la Guldunería se dio cuenta!

-Todos los supervivientes del jurado se hallan bajo arresto domiciliario. Nuestra venganza es lenta, pero implacable. ¡Vamos, diga la verdad! ¡No estoy nada satisfecho!

Cound se derrumbó en una silla y declaró que estaba dispuesto a hablar. Sin embargo, afirmó que necesitaba procurarse ciertas notas y memorándums. Buscó unos papeles en un cajón, pero sacó un arma. Gersen, con el proyector siempre preparado, la hizo volar de su mano. Cound se volvió lentamente, los ojos húmedos y abiertos de par en par. Movió el brazo entumecido, se tambaleó hasta la silla y habló sin ambages. De hecho, fue tan prolijo que su discurso rezumaba constante información, como si sus inhibiciones se hubieran disuelto por completo. Sí, dieciocho años atrás había ayudado a Kokor Hekkus en ciertas operaciones efectuadas en Aloysius y otros lugares. Kokor Hekkus estaba ansioso de obtener ciertas antigüedades. En Aloysius habían asaltado el castillo Creary, la abadía de Bodelsey y el museo Houl. En el curso de la última operación, Cound había sido detenido por los Hijos de la Justicia, pero Kokor Hekkus había llegado a ciertos compromisos y el jurado de la Guldunería liberó a Cound con una simple amonestación. Su asociación con Kokor Hekkus se hizo menos activa desde entonces, hasta disolverse diez años después.

Gersen exigió más detalles. Cound agitó desesperado las manos.

-¿Cuál es su apariencia? Es un hombre como cualquier otro, sin características especiales. Estatura media, buen físico, edad incierta. Su voz es suave, aunque al encolerizarse parece como si hablara desde un mundo lejano a través de un tubo. Es un hombre extraño: educado cuando le caes bien, pero casi siempre indiferente. Le fascinan los objetos bellos, las antigüedades, las maquinarias complicadas. ¿Conoce el origen de su nombre?

-Nunca he oído esa historia.

-Significa «Máquina de Matar» en el idioma de un mundo secreto mucho más lejano que Más Allá. Este mundo fue colonizado en tiempos muy remotos y olvidado posteriormente hasta que Kokor Hekkus lo volvió a descubrir. Para castigar a los habitantes de una ciudad enemiga construyó un gigantesco verdugo de metal que partía en dos los cuerpos con un hacha. El chillido que emitía el ogro

metálico al golpear era tan espantoso como el hacha. Y a partir de entonces, Kokor Hekkus adquirió ese sobrenombre... Es todo cuanto sé.

-Es una pena que no me pueda ayudar a localizarle, ya que él o usted deberán responder ante las autoridades de Pontefract.

-Se lo he contado todo -murmuró Cound sentándose de nuevo, al límite de sus fuerzas-. ¿De qué servirá vengarse en mí? ¿Se recuperarán las antigüedades?

-Hay que cumplir con la justicia. Hasta que no me entregue a Kokor Hekkus deberá pagar por sus crímenes.

-¿Cómo puedo encontrar a Kokor Hekkus? -preguntó Cound con la más quejumbrosa de las voces-. Incluso pronunciar su nombre me aterra.

-¿Quiénes son sus cómplices?

-No lo sé. Han pasado muchos años desde la última vez que le vi. En aquellos tiempos...

Cound se calló.

- ¿Y bien?

-Quizá no tenga ningún interés para las autoridades de Pontefract.

Cound se lamió los labios azulados.

-Yo me encargo de juzgar eso.

-No se lo puedo decir.

-¿Por qué no?

Cound hizo un gesto breve y desesperado.

-No quiero morir de una manera horrible.

- ¿Y qué cree que le espera en Pontefract?

- ¡No! No hablaré más.

-Durante la última hora ha sido capaz de vencer estas aprehensiones, sin embargo.

-Todo lo que dije es de conocimiento público -dijo Cound con ingenuidad.

Gersen se levantó y sonrió.

-Vámonos.

Cound siguió inmóvil. Al cabo de unos instantes habló con un hilo de voz:

-Conocí a tres hombres que trabajaban para Kokor Hekkus. Eran Ermin Strank, Rob Castilligan y un tipo al que llamaban Hombaro. Strank era nativo de un planeta del Grupo que no conozco. Castilligan provenía de Bonifacio de Vega. No sé nada acerca de Hombaro.

-¿Les ha visto recientemente?

-Desde luego que no.

-Jiene alguna fotografía?

Cound admitió que no guardaba ninguna y continuó sentado, observando con rencor los movimientos de Gersen, que escudriñaba los lugares obvios en los que Cound habría podido esconder pruebas incriminatorias. Pasados unos instantes, Cound dijo con despecho:

-Si supiera algo de los sanduskos, no esperaría encontrar fotografías. Miramos hacia el futuro, no al pasado.

Gersen desistió de su búsqueda. Cound espiaba sus evoluciones sin dejar de pensar.

-¿Puedo preguntar cuál es su rango?

-Agente especial.

-Usted no es de Aloysius. ¿De dónde proviene?

-Eso no le importa.

-Si va por ahí haciendo preguntas sobre Kokor Hekkus, él terminará enterándose.

-Dígaselo usted mismo, si así lo desea.

Cound profirió una carcajada parecida a un ladrido.

-De ningún modo, amigo mío. No lo haría aunque pudiera. No quiero tener más tratos con el terror.

-Ahora cogeré todo su dinero -dijo Gersen pensativamente- y arrojaré su inmunda comida al mar.

-¿Qué?

El rostro de Cound adquirió otra vez una expresión lastimosa.

-Es usted una auténtica mierda; no vale la pena ni castigarle -dijo Gersen camino de la puerta-. Me voy. Considérese afortunado.

Abandonó la casa, subió por la calle Ard hasta la plaza Marish y se dirigió hacia Avente. El resultado de su trabajo no le satisfacía en absoluto. Tal vez con astucia o crueldad habría podido extraer más información de Dolver Cound. A fin de cuentas, ¿qué había averiguado?:

a) Kokor Hekkus debía su nombre a los habitantes de un planeta secreto.

b) Diez años atrás, tres hombres llamados Ermin Strank, Hombaro y Rob Castilligan habían servido a las órdenes de Kokor Hekkus.

c) A Kokor Hekkus le fascinaban las maquinarias complicadas; amaba la belleza; apreciaba las antigüedades.

Gersen se hospedaba en uno de los pisos más altos del hotel Credenze. Al día siguiente de su entrevista con Dolver Cound, se levantó antes de que Rígel iluminara las colinas Catiline, se tiñó la piel de un discreto tono oscuro a la última moda, se vistió con ropas de color verde oscuro y dejó el hotel por una de las

puertas de servicio. Entró en el metro, tomó las precauciones necesarias para no ser atacado ni seguido y se dirigió a la estación de Cort Tower. Subió en ascensor hasta el vestíbulo y allí tomó una pequeña cápsula individual. Cuando la puerta se cerró, una voz preguntó su nombre y su destino. Gersen proporcionó la información y añadió su código de la PCI. Sin más preguntas, la cabina le condujo treinta plantas más arriba y le depositó en el despacho de Ben Zaum. Era una suite de dos habitaciones situada junto a la pared transparente de la torre que daba al oeste, y desde la que se veía una espléndida panorámica de la ciudad y parte de la costa hasta Remo. Otra de las paredes albergaba una serie de paneles con toda clase de trofeos, objetos extraños, armas y globos terráqueos. A juzgar por su despacho, Zaum ocupaba un puesto importante en la jerarquía de la PCI, aunque Gersen ignoraba su ubicación exacta: el título «Comandante, División Umbría» podía significar mucho o nada.

Zauni acogió a Gersen con cautelosa cordialidad.

-Viene a buscar trabajo, si no me equivoco. ¿En qué gasta su dinero? ¿Mujeres? Hace apenas un mes le pagamos quince mil UCL...

-No necesito dinero. Para ser sincero, quiero información.

-¿Gratis? ¿O nos la quiere encargar?

-¿Cuánto vale la información sobre Kokor Hekkus?

Los ojos azules de Zaum se estrecharon de manera imperceptible.

-¿Para usted o para nosotros?

-Para ambos.

-Siempre está en la lista negra... -reflexionó Zaum-. Oficialmente no sabemos si está vivo o muerto, a menos que alguien nos contrate para averiguarlo.

Gersen agradeció las evasivas con una sonrisa educada.

-Ayer supe el origen de su nombre.

-Ya conozco la historia -asintió Zaum con brusquedad-. Más bien horripilante. Por cierto, para evitar que se aburra -abrió el cajon de su escritorio-, los comadrejas engañaron a un tipo en la Estaca y le enviaron a Kokor Hekkus. Fue devuelto en unas condiciones que no me atrevo a describir. Kokor Hekkus añadió un mensaje -Zaum leyó una hoja de papel-: «Un comadreja perpetró un acto imperdonable en Skouse. La criatura que tienen ustedes es afortunada en comparación con el comadreja de Skouse. Si es un hombre amargado, déjenle venir a Más Allá y anunciar su presencia. Juro que los veinte próximos comadrejas que capture serán puestos en libertad al instante».

-Está irritado -comentó Gersen con una débil sonrisa.

-Extremadamente irritado, extremadamente rencoroso. -Zaum titubeó un momento-. Me pregunto... ¿y si cumpliera su promesa?

-¿Sugiere que me entregue a Kokor Hekkus? -preguntó Gersen arqueando las cejas.

-No precisamente, no exactamente... Bien, piénselo así: la vida de un hombre por la de veinte, y los comadrejas son difíciles de contratar... -Sólo los ineptos son descubiertos -sentenció Gersen-. Su organización es responsable de sus fracasos... Pero su sugerencia tiene un cierto mérito. ¿Por qué no se identifica usted como el hombre que planeó la operación, y le ofrece canjearnos a nosotros dos por cincuenta hombres?

Zaum se estremeció de pies a cabeza.

-No puede hablar en serio. ¿Cuál es su interés en Kokor Hekkus?

-El de un ciudadano lleno de altruismo.

Zaum jugueteó con varios fragmentos de bronce que había sobre su mesa.

-Yo soy otro. ¿Cuál es su información?

No iba a ganar nada mintiendo, pues Zaum se daría cuenta.

-Ayer oí tres nombres... unos individuos que habían trabajado para Kokor Hekkus hace diez años. Puede que estén o no en sus archivos.

- ¿Cuáles son los nombres?

-Ermin Strank, Rob Castilligan, Hombaro.

-¿Raza? ¿Mundo? ¿Nacionalidad?

-No lo sé.

Zaum bostezó, se estiró. miró Avente a través de la pared-cristal. Era un día soleado, aunque ventoso; a lo lejos, sobre el Océano Taumatúrgico, rodaban grandes masas de cúmulos. Después de unos instantes de plácida reflexión, Zaum volvió a su escritorio.

- No tengo nada mejor que hacer en este momento.

Tocó algunos salientes de la consola que había junto al escritorio. La pared opuesta vibró con un millón de destellos de luz blanca, y luego se iluminó con la siguiente inscripción:

ERMIN STRANK

ítem 1 de 5 entradas

con un conjunto codificado de características físicas debajo. A la izquierda apareció una fotografía con una lista de pseudónimos; a la derecha, un resumen de la vida y actividades de Ermin Strank (ítem l). Nativo de Quantique, sexto planeta de Alphard el Solitario, especialista en introducir drogas de contrabando en las Islas Wakwana, Ermin Strank (ítem 1) nunca había salido de su planeta natal.

-El falso Strank -dijo Gersen.

Ermin Strank (ítem 2) apareció. Sobreimpuesto en pálidas letras rosadas se leía: «Muerto», y la fecha «10 de marzo de 1515».

Ermin Strank (Item 3) tenía su residencia muy lejos de] Oikurnene, en Vadilov, único planeta de Sabik, o Eta Ophiuchi. Comerciaba con bienes robados. Como Ermin Strank (ítem 1) nunca había viajado fuera de su mundo nativo, salvo dos años en Durban, Tierra, donde trabajó en unos almacenes, aparentemente sin vulnerar la ley.

Ermin Strank (ítem 4) era un hombre bajo, delgado, de cabeza abultada, mediana edad, pelo rojo y aire truculento, encarcelado en Killarney., cárcel-sátelite del sistema de Vega donde había pasado los últimos seis anos.

-Éste es nuestro hombre.

Zaum asintió enérgicamente.

-¿Dice usted que era colaborador de Kokor Flekkus?

-Eso creo.

Zaum volvió a manipular los mandos de la consola. Al informe sobre Ermin Strank (ítem 4) se le añadió la frase: «Presumible cómplice de Kokor Hekkus».

-¿Algo más sobre Strank? -interrogó Zaum.

-Me parece que no.

Una sucesión de Hombaros apareció a continuación en la pantalla. El más adecuado de todos se había volatilizado ocho años antes y se le daba por muerto.

Los archivos contenían ocho Rob Castilligan. El Rob Castilligan que había asaltado el castillo de Creary, la abadía de Bodelsey y el museo Houl, entre otros, era sin duda el Item 2. Una reciente anotación en su expediente llamó la atención de Gersen: hacía cinco días que había sido arrestado como cómplice en un secuestro en la provincia de Garreu, Scitia, a mitad de camino de Alphanor.

-Un tipo versátil, este Castilligan -señaló Zaum- ¿Le interesa ese secuetro, Gersen?

Gersen asintió. Zaum pidió más datos a la pantalla. Los dos hijos de Duschane Audmar, miembro del Grado 94 del Instituto, famoso por su riqueza, habían sido raptados. Fueron a navegar en un lago con su tutor. Un planeador había descendido sobre las aguas hasta posarse junto a la barca. Los niños fueron izados y el tutor escapó sumergiéndose bajo las aguas. Fue requerido por la policía, que actuó con gran eficacia. Rob Castilligan fue detenido casi en el acto, pero otros dos hombres se escaparon con los niños. El padre, Duschane Audmar , se había mantenido al margen, sin interesarse en el asunto. Los niños serían conducidos probablemente a Intercambio, donde serían recuperados tras la «rescisión» de sus «cuotas» (para utilizar el argot especial de Intercambio).

El interés de Zaum se había despertado por completo.

- ¿Está usted al servicio de Audmar ?

- ¿Un miembro del Instituto? - Gersen sacudió la cabeza-. Debería conocerme mejor.

-Sólo es un Grado Noventa y cuatro. Aún debe ascender algunos grados más antes de alcanzar la divinidad.

-Si fuera un Sesenta o un Setenta, quizá. Noventa y cuatro es muy alto.

Zaum captó las evasivas de Gersen y volvió a la conversación anterior.

-¿Así que no está interesado en este secuestro?

-Sí que lo estoy, pero es la primera vez que oigo hablar de él.

-La pregunta me vino a la mente sin querer...

Zaum frunció los labios.

Estaba especulando, según creyó entender Gersen, sobre la posible participación de Kokor Hekkus en el delito. Volvió a los mandos de la consola.

-Vamos a ver lo que nos dice Castilligan.

Transcurrieron unos cinco minutos mientras Zaum hablaba con varios miembros del departamento de policía de la provincia de Garreu, y otros dos antes de que Castilligan fuera sacado de su celda y emplazado frente a la pantalla. Era un hombre apuesto, atildado, con un rostro de facciones regulares y hermoso pelo negro peinado hacia atrás. Su piel estaba desteñida: era de un blanco marmóreo. Se comportaba con elegancia, casi con cordialidad, como si fuera un invitado de honor y no el prisionero del penal de Garreau. Zaum se presentó, y Gersen se mantuvo alejado del campo visual de las cámaras. Castilligan parecía divertido por las atenciones que recibía.

-Zaum de los Ipsys. Y, todo por alguien tan insignificante como yo -hablaba con el ritmo acompasado de Bonifacio-. Bien, pues, ¿qué puedo hacer por usted, aparte de desvelar los secretos de mi vida?

- Con eso será suficiente -dijo Zaum secamente-. ¿Cómo le cogieron?

- Una estupidez. Tenía que haberme marchado a Alphanor con los otros, pero elegí quedarme. Me aburre Más Allá. Soy un hombre que sabe apreciar los refinamientos.

- Se le tratará con gran refinamiento.

Castilligan meneó la cabeza con un pesar frío e impersonal.

-Sí, es una pena. Podría solicitar la modificación, pero me gusta como soy, vicios incluidos. Sería un modificado muy fastidioso.

-Es su opción, por supuesto -dijo Zaum-. De todas maneras, no es tan malo si le gusta vivir al aire libre.

-No -respondió Castilligan con determinación-. Lo he pensado muchas veces, y lo encuentro parecido a la muerte. El querido y jovial Rob Castilligan desaparece y con él toda la *joie de vivre,* toda la luz del mundo; entonces entra en escena el honrado y aburrido Robert Meachum Castilligan, soso como el agua, incapaz de robar un trozo de carne para su abuela hambrienta. Con suerte volveré del satélite dentro de unos cinco años, tal vez menos.

-Evidentemente, piensa cooperar con las autoridades...

-Lo menos que pueda, y espero conseguir una medalla de oro.

-¿Quiénes fueron sus cómplices en el secuestro de Audmar?

-Por favor, señor. No esperará que un hombre hable mal de sus colegas. ¿No ha oído hablar del honor entre ladrones?

-No hable de honor -respondió Zaum-. Usted no es mejor que cualquiera de nosotros.

-De hecho -admitió Castilligan-, ya he desnudado mi alma ante la policía.

-¿Los nombres de sus cómplices?

- August Wey, Pyger Symzy.

-¿No participó Kokor Hekkus directamente?

Los labios de Castilligan se tensaron de repente en las comisuras.

-Pero... ¿por qué menciona ese nombre? Estamos hablando de cosas reales.

-Creo que mencionó antes ciertas condecoraciones a cambio de su declaración.

- ¡Por supuesto que lo hice! Pero no guirnaldas para mi tumba.

-Supongamos que con su colaboración le echamos el guante a Kokor Hekkus -insinuó Zaum-. ¿Se imagina la deslumbrante condecoración de oro? Sería elegido Director Honorario de la PCI.

Castilligan parpadeó y se mordió pensativamente la lengua.

-¿Hay algún cargo contra Kokor Hekkus?

-Aunque no los hubiera, le cogeríamos para venderle al mejor postor y ganar una fortuna. Hay cincuenta y cinco planetas que quieren la piel de Kokor Hekkus.

Castilligan enseñó sus blancos dientes en una súbita y radiante sonrisa.

-Bien, a decir verdad, no tengo nada que ocultar, pues nada de lo que sé podría ofender a Kokor Hekkus. Es tal como ya sabe, y no puedo cambiar su imagen.

-¿Dónde está ahora?

-En Más Allá, creo.

-¿Trabajó con usted en el secuestro de Audraar?

-No, aunque podría haber adoptado otro nombre. En serio, nunca he visto a Kokor Hekkus en persona. Siempre ha sido «Rob, haz esto» o «Rob, haz lo otro» por los medios más intrincados. Un tipo muy reservado, el tal Kokor Hekkus.

-En los viejos tiempos, saqueó museos y cosas por el estilo. ¿Por qué?

-Porque me pagaban por hacerlo. Quería antigüedades, y sólo confiaba en el valeroso Rob para realizar sus planes. Hace mucho, desde luego. En mi juventud, como quien dice.

-¿Qué hay sobre todos esos secuestros? ¿En cuántos ha participado?

Castilligan compuso una delicada expresión.

-No me atrevo a decirlo. Podría perjudicar mi declaración.

-Muy bien. ¿De cuántos ha oído hablar?

-En los últimos tiempos, unos catorce. Y cuando digo en los últimos tiempos, quiero decir en el curso de este mes.

- ¡Catorce!

-Sí, una empresa que funciona a pleno rendimiento. -Castilligan exhibió su alegre sonrisa-. Me he preguntado por qué y para qué, pero... -se encogió de hombros-... ¿quién soy yo para leer en la mente de Kokor Hekkus? No cabe duda de que, como cualquier persona, necesita dinero.

Zaum echó una mirada de reojo a Gersen y desconectó el sistema auditivo.

- ¿Qué más sabe sobre Kokor Hekkus? -preguntó Gersen.

Zauni planteó la pregunta. El rostro del prisionero expresó terror.

-Va demasiado rápido y abusa de mi salud. Suponga que le digo algo que no le guste a Kokor Hekkus (y tenga por seguro que no es así, pero supongámoslo por un instante). ¿Piensa que Su Ferocidad se sentiría halagado conmigo? Averiguaría el lado oscuro de mi alma, desataría sobre mí todas las angustias, terrores y enfermedades que más me asustan. Un hombre debe velar por su piel; si él no lo hace, ¿quién lo hará?

-No hace falta decir que nada de lo que nos cuente acerca de Kokor Hekkus será comunicado al interesado -dijo Zaum suavemente.

- ¡Bah! Eso es lo que usted dice. En este momento hay un hombre sentado a su lado; vi como le miraba. Nadie le asegura que no es el propio Kokor Hekkus quien comparte su despacho.

-No lo dirá en serio.

-No. -El tono de Castilligan cambió de nuevo-. Kokor Hekkus está en Más Allá, según creo, gastándose las enormes sumas que ha ganado en los últimos meses.

-¿Cómo las gasta? ¿En qué?

-No lo sé. Kokor Hekkus es viejo... algunos dicen que tiene trescientos años, otros, cuatrocientos... pero conserva la energía de un joven. No le falta entusiasmo al hombre.

-Si no está usted relacionado con Kokor Hekkus, ¿cómo sabe todo esto?

- Le he oído hablar. Le he oído hacer planes. Le he oído maldecir. Es cambiante, voluble, esquivo como una doncella ardiente. Es absolutamente generoso, absolutamente cruel... en ambos casos porque no escucha otra opinión que la suya. Es un enemigo terrible, pero no un mal amo. Hablo así de él porque no me puede hacer ningún daño, sino más bien ayudarme. Pero jamás osaría ofenderle. Inventa nuevos y especiales terrores con este único propósito. Y si le sirviera bien, ordenaría construirme un castillo y me nombraría barón Castilligan.

- ¿Y dónde llevaría a cabo esta romántica fantasía? -se mofó Zaum.

-En Más Allá.

-En Más Allá -gruñó Zaum-. Siempre Más Allá. Algún día barreremos la Estaca y pondremos fin a Más Allá.

- Nunca lo lograrán. Más Allá siempre existirá.

-No importa. ¿Qué más sabe de Kokor Hekkus?

-Sé que continuará secuestrando hijos e hijas de otros hombres ricos. En pocas palabras: necesita una inmensa suma de dinero y la necesita cuanto antes.

3

Del capítulo 1, «El marco astrofísico», de Los *pueblos del Grupo,* de Streck y Chernitz:

«Es Rígel, esa magnífica estrella entre las estrellas, la que ha permitido al Grupo su existencia, gracias a su prodigiosa luminosidad y a su espaciosa Zona de Habitabilidad. ¡Es imposible no maravillarse ante la absoluta grandeza del sistema! ¡Piensen en ello! ¡Veintiséis saludables planetas girando en órbitas de un millar de años alrededor del blanco sol deslumbrante, a un radio medio de veinte mil millones de kilómetros, por no mencionar los seis planetas, a menudo olvidados, del incandescente Cinturón Interior, y Blue Companion, distante un cuarto de año luz!

»Pero las auténticas circunstancias que hacen del Grupo lo que es, proporcionan uno de los más tentadores misterios de la galaxia. La mayor parte de los expertos en la materia consideran Rígel un mundo joven, de una edad que oscila entre unos pocos millones y un billón de años. ¿Cómo explicar, pues, el Grupo, que a la llegada de sir Julian Hove ya desarrollaba veintiséis complejos biológicos maduros? Tomando como referencia la escala temporal de la evolución terrestre, el Grupo tiene varios billones de años de vida... asumiendo que dicha vida sea autóctona.

»¿Es ésta una aseveración digna de crédito? Si bien la flora y la fauna de cada planeta son marcadamente diferentes, se da al mismo tiempo una serie de sugestivas similitudes... casi como si la vida del Grupo, hace mucho, mucho tiempo, hubiera tenido un origen común.

»Hay tantas teorías como teóricos. El decano de los modernos cosmólogos, A. N. der Poulson, ha propuesto ingeniosamente una situación en la que Rígel, Blue Companion y planetas condensados de un gas ya rico en hidrocarburo hayan dado principio a la vida, por así decirlo. Otros, aficionados a las más extravagantes fantasías, han especulado sobre la posibilidad de que los planetas del Grupo hayan sido transportados hasta allí y puestos en sus órbitas óptimas por alguna raza ya extinguida, que poseía inmensos conocimientos científicos. La regularidad y distancia de las órbitas, el casi uniforme tamaño de los planetas del Grupo, en contraposición a las disparidades de los Mundos Interiores, concedieron cierta plausibilidad a especulaciones de este tipo. ¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién? ¿Los hexadeltas? ¿Quién esculpió el Acantilado del Monumento en Xi

Puppis X? ¿Quién abandonó el incomprensible mecanismo hallado en la Gruta Misteriosa de la Luna? Enigmas fascinantes que aún esperan respuesta ... »

Xaviar Skolcamp, Miembro Super Centenario del Instituto, discute las actitudes del Instituto con un periodista en tono discursivo:

«La humanidad es vieja, la civilización es nueva: el entramado de la malla nunca es delicado: ... y así es como debe ser. Un hombre nunca debe entrar en un edificio de piedra o de metal, en una nave espacial o en un submarino sin experimentar algo de asombro; nunca debe evitar un acto de pasión sin una pequeña sensación de resistencia... Los miembros del Instituto recibimos una intensa preparación histórica; conocemos los hombres del pasado, y hemos proyectado docenas de posibles variaciones futuras que, sin excepción, son repulsivas. El hombre, tal como existe ahora, con todos sus defectos y vicios, un millar de compromisos gloriosamente irracionales entre dos mil absolutos estériles... es óptimo. O así nos parece a nosotros, que somos hombres. »

Granjero conducido a la comisaría de policía después de perpetrar un ataque en la persona de Bose Coggindell, Miembro del Instituto, Grado 54, autojustificándose:

«Estos tipos lo tienen fácil. Se apoltronan en sus sillones y dicen: "Sufre, te encantará. Elige el camino Más duro. Súdalo". Les habría gustado que amarrara mi esposa a un arado, al viejo estilo. De modo que le enseñé lo que pienso de lo que él llama "imparcialidad".

»Veredicto (después de multar al granjero con 75 UCL):

»Una actitud imparcial ante los problemas ajenos no es ilegal.»

De los siete continentes de Alphanor, Escitia era el mayor, el más densamente poblado y, en opinión de los habitantes de Umbría, Lusitania y Licia, el más bucólico. La provincia de Garreu, enclavada entre el Océano

Místico y las Montañas Morgan, era la región más aislada de Escitia.

Gersen llegó a Taube, un somnoliento pueblo barrido por el sol a orillas de la bahía de Jermin, en el vuelo quincenal procedente de la capital de la provincia, Marquari. Encontró un solo vehículo para alquilar: un viejo deslizador de ruidosos cojinetes, proclive a volcar en las bajadas. Gersen preguntó unas direcciones, montó en el coche y tomó la carretera del interior. Subió una pronunciada cuesta, el paisaje brillantemente iluminado por la luz resplandeciente de Rígel.

La ruta serpenteaba entre viñedos, huertos de nudosos árboles frutales, cultivos de coles verdeazuladas y alcachofas, matorrales de hayas nativas. A ambos lados se levantaban granjas, equipadas con placas que absorbían la energía de Rígel. La carretera le llevó hasta una pequeña loma; Gersen bajó para echar un vistazo a los cojinetes. Al sur se extendía el océano, y el terreno se elevaba a partir de la bahía, un tapiz pardo, rosa y blanco que era Taube. Todos los colores del paisaje refulgían, brillaban y bailaban a la luz como pintura todavía fresca. La carretera fue descendiendo hasta que Gersen divisó la villa de Duschane Audmar , Miembro del Grado Noventa y cuatro del Instituto. Se trataba de una estructura extravagante de

piedra y madera blanqueada al sol, a la que daban sombra dos enormes robles y un gingko nativo.

Gersen recorrió el sendero que llevaba a la puerta y llamó con una pesada aldaba de bronce en forma de pata de león. Tras una larga espera se abrió la puerta, y en el umbral apareció una hermosa joven vestida con una blusa campesina.

-He venido para hablar con Duschane Audmar -dijo Gersen.

La mujer le inspeccionó pensativamente.

- ¿Puedo preguntar sobre qué?

-Lo discutiré personalmente con lord Audmar .

-No creo que le reciba. Han ocurrido algunas desgracias familiares y Duschane Audmar no desea ver a nadie.

-Mi visita está relacionada con esas desgracias.

El rostro de la mujer se iluminó de esperanza.

-¿Los niños? ¿Han vuelto? ¡Dígamelo, por favor!

-Lo siento, pero... no, por lo que yo sé. - Gersen sacó una agenda de su bolsillo, arrancó una hoja y escribió: «Kirth Gersen, Grado 11, para negociar con Kokor Hekkus» -. Déle esto.

La mujer leyó la nota y se fue sin pronunciar palabra.

Volvió en seguida y le invitó a pasar. Gersen la siguió a lo largo de un oscuro pasillo hasta una sala abovedada de blancas y desnudas paredes de yeso. Allí se sentaba Audmar , frente a un bloc de papel blanco, una pluma de ganso y un tintero de tinta morada. En el papel no había nada escrito, salvo una línea con la letra afiligranada característica de los miembros más distinguidos del Instituto. Audmar era un hombre no muy alto, cuadrado y musculoso, de facciones bien proporcionadas: nariz pequena y recta, ojos negros que brillaban como el aceite, boca delgada y un hoyuelo en la barbilla. Dedicó un breve saludo a Gersen, apartó el papel, la pluma y el tintero.

-¿Dónde adquirió el Once?

-En Arnsterdam, la Tierra.

-Su preceptor debió de ser Carmand.

-No, fue von Bleek, el predecesor de Carmand.

-Hum. Era usted muy joven. ¿Por qué no perseveró? Después del Once no es muy difícil llegar al Veinticinco.

-No podía supeditar mis metas personales a las del Instituto.

- ¿Y cuáles eran esas metas?

Gersen se encogió de hombros.

-No son muy complicadas, lo bastante primitivas como para satisfacer a un Centenario, aunque centrípetas. *

Las cejas de Audmar dibujaron unos arcos escépticos, pero abandonó el tema.

- ¿Por qué desea usted negociar con Kokor Hekkus?

-Es un asunto en el que ambos estamos interesados.

-Un hombre muy interesante, por cierto -asintió Audmar .

-La semana pasada raptó a sus hijos.

Audmar permaneció sentado en silencio durante medio minuto. Era obvio que no conocía la identidad del secuestrador.

- ¿En qué se basa para formular esta afirmación?

-Ha sido admitida por el hombre que fue capturado, Rob Castilligan, actualmente en prisión.

-¿Actúa usted a nivel oficial?

-No.

- Continúe.

-Presumiblemente, usted desea que sus hijos le sean devueltos sanos y salvos.

Audmar sonrió levemente.

-Una presunción.

-¿Ha recibido instrucciones para conseguir su rescate? -preguntó Gersen ignorando la ambigüedad de su interlocutor.

-En efecto. El mensaje llegó anteayer.

-¿Va a pagar?

La voz de Audmar era suave y tranquila.

-No.

Gersen no esperaba otra cosa. Centenarios y Casicentenarios estaban obligados a mantenerse impasibles ante cualquier presión externa. Si Duschane Audmar pagaba el rescate de sus hijos, admitiría su docilidad, dejaría inermes al Instituto y a él mismo ante la persuasión exterior. Era una política bien conocida; Gersen se preguntó por enésima vez por qué habían importunado a Duschane Audmar . ¿Habría revelado en alguna ocasión anterior cierta debilidad? ¿Habrían elegido al azar los secuestradores?

-¿Sabía usted que Kokor Hekkus estaba involucrado? -preguntó Gersen.

-No.

-Ahora que lo sabe, ¿tomará medidas contra él?

Audmar esbozó un gesto petulante, como dando por sentado que emplear la violencia sería tan repudiable como pagar el rescate.

-Para ser completamente sincero -dijo Gersen-, tengo razones

* Centrípeto: que tiende hacia la centralización o la codificación; por extensión. que tiende hacia una exigente oficiosidad jerga del Instituto).

para considerar a Kokor Hekkus mi enemigo. Yo no me reprimo como usted; puedo expresar mis sentimientos.

Un pálido brillo de algo cercano a la envidia relampagueó en los ojos de Audmar , pero se limitó a inclinar la cabeza con corrección.

-He venido para conseguir información -siguió Gersen-, y, espero, toda clase de cooperación que me pueda proporcionar.

-Será muy poca o ninguna.

-Aun así, es usted un ser humano y debe amar a sus hijos. Estoy seguro de que no desea que los vendan como esclavos, la perspectiva más probable.

Audmar dibujó una temblorosa y amarga sonrisa.

-Soy un ser humano, Kirth Gersen, probablemente más salvaje y primitivo en mi humanidad que usted mismo. Pero también soy un Noventa y cuatro, poseo una tremenda fortaleza y he de ser precavido a la hora de emplearla. Por tanto...

Hizo un gesto que insinuaba un complejo conjunto de ideas.

-¿Éxtasis? -probó Gersen.

Audmar se abstuvo de responder a la pulla.

- En lo que concierne a Kokor Hekkus, no sé nada... o al menos no más de lo que sabe todo el mundo.

-Por lo general, parece el más activo de los Príncipes Demonio. Siembra el dolor a su paso.

-Es una criatura vi¡.

- ¿Sabe por qué Kokor Hekkus raptó a sus hijos?

-Presumo que para obtener dinero.

- ¿Cuánto pide de rescate?

-Cien millones de UCL.

Gersen se quedó sin habla. Audmar sonrió forzadamente.

-Mis pequeños Daro y Wix valen eso y mucho más.

-¿Podría pagar esa suma?

-Si quisiera, sí. El dinero no es problema.

Audmar jugueteó con el bloc y la pluma de ganso. Gersen sintió que su paciencia se agotaba.

-En el último mes -informó-, Kokor Hekkus ha raptado, como mínimo, a veinte personas, tal vez más. Éste fue el último cálculo de la PCI antes de que abandonara Avente. Las víctimas son todas personas de gran riqueza y poder.

-Kokor Hekkus se está volviendo imprudente -comentó con indiferencia Audmar .

-Exactamente. ¿Cuáles son sus propósitos? ¿Por qué, de repente, necesita sumas tan enormes de dinero?

El interés de Audmar había aumentado. Luego, al intuir por donde iban los tiros, fulminó a Gersen con una aguda mirada.

-Parece que Kokor Hekkus tenga en mente algún ambicioso proyecto -siguió Gersen---No creo que piense en retirarse.

-No, después de doscientos ochenta y dos años.

Gersen pensó que Audmare sabía más sobre Kokor Hekkus de lo que estaba dispuesto a admitir.

-Parece que los gastos de Kokor Hekkus ascienden a dos mil millones de UCL... si partimos de la premisa que todos los rescates están a la altura del que le pide a usted. ¿Por qué necesita el dinero? ¿Está construyendo una flota de naves de guerra? ¿Está reconstruyendo un planeta? ¿Va a fundar una Universidad?

-¿Cree que tiene un amplio y posiblemente catastrófico objetivo en ciernes?

-¿Por qué, sino, necesita de repente tanto dinero?

Audmar frunció el ceño y agitó la cabeza con impaciencia.

-Sería una pena decepcionar a Kokor Hekkus. Pero desde mi punto de vista, que es el de la política del Instituto...

Su voz enmudeció.

-¿Están en Intercambio?

- sí.

-Quizá no esté familiarizado con los procedimientos de Intercambio. Primero se calcula el tiempo de viaje, al que se añaden quince días más; durante este período sólo lo que se llama la parte directamente interesada puede rescindir el contrato. Una vez transcurrido este tiempo, cualquiera que lo desee puede hacerlo. Si yo tuviera cien millones de UCL, por ejemplo, podría hacerlo.

-¿Por qué desearía hacerlo? -preguntó Audmar después de estudiarle durante un momento.

-Quiero saber por qué Kokor Hekkus necesita tanto dinero. Quiero saber muchas cosas sobre Kokor Hekkus.

-Sus motivos, por lo que deduzco, no se limitan a una curiosidad desapasionada.

-Mis motivos no vienen al caso. Lo que puedo hacer es lo siguiente: en caso de recibir cien millones de UCL, más los gastos, me dirigiría a Intercambio y, en mi

calidad de agente independiente, me haría cargo de la custodia de sus hijos. Por cierto, ¿qué edades tienen?

-Daro tiene nueve y Wix siete.

-Entretanto, intentaría descubrir los motivos de Kokor Hekkus, sus objetivos y su paradero actual.

-¿Y después?

-Recabaría toda la información posible, le devolvería sus hijos y, si usted estuviera interesado, le comunicaría el resultado de mis pesquisas.

El rostro de Audmar no reflejaba la menor emoción.

-¿Dónde se aloja actualmente?

-En el hotel Credenze, de Avente.

-Muy bien. - Audmar se puso en pie -. Usted es un Once. Sabe lo que debe hacerse. Averigüe por qué Kokor Hekkus necesita tanto dinero. Es un hombre ingenioso e imaginativo.... una constante fuente de sorpresas. E Instituto le considera un individuo notable y se halla interesado en ciertos subproductos de su perverso comportamiento. No puedo decirle nada más.

Gersen abandonó la sala sin más ceremonias. En el tranquilo vestíbulo encontró a la mujer que le había dejado entrar. En sus ojos temblaba una pregunta.

-¿Es usted la madre de los niños? -interrogó Gersen.

-¿Están... están bien?

-Creo que sí. ¿Me dará algunas fotografías?

La mujer buscó en una estantería. El niño sonreía, la niña estaba seria.

- ¿Qué les ocurrirá? -preguntó ella en un susurro.

Gersen comprendió de repente que le estaba tomando por un representante de los secuestradores. ¿Cómo podía negar la implícita acusación?

-Sé muy poco del asunto -respondió con torpeza- Es decir, no estoy personalmente involucrado. Pero espero que de alguna manera...

Sólo podía decir cosas sin sentido o la pura verdad.

-Conozco las reglas, sé que debemos comportarnos con objetividad... Pero es tan _injusto... Si pudiera hacer algo.. .

-No quiero engañarla con falsas esperanzas, pero es posible que sus hijos sean rescatados.

-Le estaré muy agradecida -respondió simplemente la mujer.

Gersen salió de la casa fría y oscura a la radiante luminosidad del jardín. El silencio envolvía la tarde; el rugido del motor, cuando puso en marcha el viejo vehículo, pareció intolerablemente estrepitoso. Gersen se sintió aliviado al dejar la

mansión de Duschane Audraar a sus espaldas. A pesar de su magnífica apariencia, a pesar de su atractivo diseño, reinaban en ella el silencio, las emociones férreamente reprimidas, el dolor y la cólera soportados en el más impenetrable de los secretos. «Por eso nunca llegué al Doce», pensó Gersen.

Tres días más tarde, Gersen recibió un paquete en el hotel Credenze. Lo abrió y encontró dieciocho fajos de billetes todavía frescos del Banco de Rígel, que totalizaban la suma de ciento un millones de UCL. Gersen los examinó con su detector de fraudes: todos eran auténticos.

Gersen pagó inmediatamente la cuenta del hotel y tomó el metro hasta el espaciopuerto, donde le aguardaba su vieja y baqueteada 9-B. Una hora más tarde había dejado Rígel y estaba en el espacio.

4

De *La esencia moral de la civilización,* de Calvin V. Calvert:

«En cierto sentido, la expansión del hombre a lo largo y ancho de la galaxia debe ser considerada como una regresión de la civilización. En la Tierra, después de muchos miles de años de esfuerzos, se ha llegado a un consenso sobre lo que es el bien y lo que es el mal. Cuando el hombre abandonó la Tierra, también dejó detrás suyo este consenso. ..»

De *Instituciones humanas,* de Prade (Libro de texto de los grados décimo y undécimo):

«Intercambio es otra de las extrañas acomodaciones necesarias para el funcionamiento de lo que designamos con el término "mecanismo total". Es un hecho que el secuestro para obtener un rescate es un crimen común, debido a lo fácil que resulta escaparse en una nave espacial. En

el pasado, el sistema de pagar rescate no funcionaba a menudo, a causa de los odios y sospechas que se generaba inevitablemente, de modo que muchos niños y niñas jamás regresaban a sus hogares. De ahí la necesidad de Intercambio, ubicado en Sasani, un planeta cercano a Más Allá,

que funciona como un mediador entre el secuestrador y los que pagan el rescate. Intercambio garantiza la buena fe de la transacción. El secuestrador recibe su dinero, menos el tanto por ciento de Intercambio; la víctima es devuelta sana y salva a su hogar... Intercambio es oficialmente denunciada, pero tolerada en la práctica, pues su ausencia empeoraría notablemente las condiciones. A veces, ciertos grupos discuten la viabilidad de encargar a la PCI un asalto en toda regla a Intercambio; pero nunca se ha llegado a nada en concreto. »

Intercambio era un grupo de edificios en la base de un montículo rocoso en el Da'ar-Rizm, un desierto del planeta Sasani, Aquila GB 1201; IV, para utilizar la nomenclatura geocéntrica propiciada por la *Agenda Estelar.* En algún momento del lejano pasado, una raza inteligente ha-

bía poblado al menos dos de los continentes del norte de Sasani, pues era ahí donde se habían hallado los restos de monumentales castillos y fortalezas.

Las naves privadas tenían prohibido sobrevolar el Da'ar-Rizm, y una serie de sistemas antiaéreos reforzaba la estructura. Las personas que utilizaban los servicios de Intercambio aterrizaban en Nichae, a orillas del poco profundo Mar Calopsid, tomaban un avión hacia Sul Ar-: sam -apenas una estación en el desierto - y luego pasaban a un traqueteante vehículo de superficie, que les conducía a Intercambio, a unos treinta kilómetros.

Cuando Gersen llegó a Sul Arsam, una fría llovizna humedecía las arenas del desierto. Mientras caminaba desde la pista de aterrizaje a la estación aparecieron vívidas extensiones de líquenes. A mitad de camino, un diminuto e insignificante objeto se aplastó contra su mejilla y comenzo inmediatamente a rasgarle la piel. Gersen maldijo, le dio una palmada y se lo arrancó. Advirtió que a los demás pasajeros les sucedía lo mismo, y también percibió una sonrisita burlona en el rostro del empleado de la estación, que llevaba una especie de repeledor de insectos ultrasónico.

Gersen esperó en la estación con otros cinco pasajeros. Se trataba de un largo cobertizo de paredes acristaladas. La llovizna se convirtió en un breve y fuerte aguacero, luego paró y en un instante salió el sol, que iluminó el desierto y levantó nubecillas de vapor. Los líquenes desprendieron pequeños grupos de esporas rosadas.

Apareció un autobús, un tosco y pesado armatoste sobre cuatro ruedas. Aparcó, tal vez a propósito, a unos sesenta metros de la estación; Gersen y los otros cinco se precipitaron a bordo, agitando las manos para alejar los insectos.

Durante media hora el autobús avanzó a trompicones entre las dunas. A lo lejos se entreveía Intercambio: un ruinoso montón de piedra arenisca roja rodeado de bajas estructuras de hormigón. Un bosquecillo de delgados árboles amarillos, marrones y rojos cubría la cumbre de la colina, donde se alzaban tres o cuatro casas.

El autobús traqueteó hasta un recinto y se detuvo. Los pasajeros se apearon y siguieron una línea de flechas amarillas hasta la recepcion. Un diminuto y cetrino empleado de pelo blanco, cuidadosamente ceñido por un casquete gris, se sentaba tras un mostrador, anotando las entradas en un libro. En la parte delantera del casquete llevaba el emblema de Intercambio: dos manos entrelazadas. Mandó sentarse al grupo y continuó trabajando. Cerró por fin el libro con un golpe seco, levantó la vista y señaló con el dedo:

-Usted, señor. Si se acerca, le atenderé.

El individuo seleccionado era un melancólico hombre de pelo negro, vestido con la típica chaqueta negra ajustada y los pantalones bombachos blancos de Bernal. El empleado le entregó un formulario. '

-¿,Su nombre?

- Olguin, Rango Noventa y dos, Expediente seis.

-¿A quién desea rescatar?

- Sett, Rango Cuarenta y cuatro, Expediente siete.

-¿Cuáles son los honorarios?

-Doce mil quinientos UCL.

- ¿Es usted un agente, un principal o un neutral?

-Un agente.

-Muy bien. Entregue la fianza, por favor.

El empleado contó el dinero con gran minuciosidad, lo pasó por la ranura del detector de fraudes y quedó convencido de su autenticidad. Redactó un recibo y pidió un contrarrecibo, a lo que el de Bernal se negó hasta que el individuo rescatado fuera traído a su presencia. El empleado volvió a sentarse ante este alarde de rebeldía y miró al bernalense fijamente.

-Usted no lo ha comprendido, señor. La consigna de Intercambio es la integridad. El hecho de que yo le permita entregarme su dinero es garantía suficiente de que el huésped por el que ha pagado está muy cerca, y en buenas condiciones. Sus vacilaciones y sospechas no hacen otra cosa que manchar nuestra reputación, pero también arrojan barro sobre el brillo de su calidad.

El bernalense se encogió de hombros, nada impresionado por la perorata del empleado. Sin embargo, firmó el contrarrecibo. El empleado asintió con sequedad, apretó un botón y un conserje uniformado con una chaqueta roja condujo al de Bernal a una sala de espera.

El empleado sacudió la cabeza de forma despreciativa y señaló al azar a otro de los visitantes, un hombre rechoncho y de aspecto malhumorado con la piel teñida de color marrón oscuro, ataviado con el más o menos habitual traje de los hombres del espacio, como el de Gersen, que no permitía adivinar el lugar de origen.

El empleado no se dejó impresionar por su apariencia truculenta.

- ¿Su nombre?

-No es asunto suyo.

-¿Ah, no? -El empleado se reclinó en su silla-. ¿Qué significa esto? Le he preguntado su nombre, señor.

-Llámeme señor *Inconnu.*

-Esta organización opera sin astucias ni subterfugios, y aprecia una actitud similar por parte de nuestros socios. Muy bien, pues, señor *Inconnu.* -El empleado se puso a escribir con un ademan pomposo-. ¿Cuál es el huésped cuyos honorarios va a satisfacer?

- ¡Vengo a pagar el rescate de un prisionero! -rugió el hombre-. ¡Aquí tiene su maldito botín! ¡Devuélvame a mi sobrino!

El empleado frunció los labios en un gesto de desaprobación.

-Cancelaré este asunto, puesto que ésta es nuestra política. ¿Quién es su sobrino?

- Cader, lord Satterbus. Tráigale aquí y tenga cuidado.

El empleado, con los ojos entrecerrados, llamó a un conserje.

-Lord Satterbus, suite catorce, para este caballero, por favor. -Ejecutó otro movimiento teatral, como si quisiera dispersar un mal olor, y señaló-: Usted, señor.

El tercer hombre era flaco y tímido. Llevaba la piel teñida de un verde brillante, la chaqueta recamada y las polainas arrugadas según la moda del momento en Montañas Salvajes, Imagen, uno de los planetas del Grupo. Quería realizar el trato de forma confidencial, pues se inclinó sobre el empleado y le habló entre susurros, un amaneramiento que el empleado no podía aceptar. Retrocedió y exclamó:

-Si no alza la voz, señor, me resultará muy difícil oírle.

La timidez del hombre no duró mucho.

- ¡No hay razón para que este vergonzoso asunto sea tratado en público! ¡Deberían disponer de cabinas para aquellos que aún tenemos algo de sensibilidad!

- Verá, señor -declaró el empleado-, usted se equivoca con nosotros. No debe pretender que aquí se entra a hurtadillas como si fuera un burdel. Nuestro servicio es de lo más respetable. Actuamos como una institución sin mácula, completamente imparcial, representando a todos los intereses, con responsabilidad y probidad. De modo que, señor, puede exponer abiertamente su asunto.

El hombre se ruborizó y el tono de su piel cambió al gris.

-En ese caso, ya que se muestra usted tan abierto y sincero, dígame esto: ¿a quién pertenece esta empresa? ¿Quién se lleva los beneficios?

-Este tema carece de relevancia para nuestro negocio presente.

-Como también mi nombre y mi dirección. ¡Vamos, hable en voz alta ahora, usted que se las da de sincero!

-Es ampliamente conocido que esto es una corporación, regentada y administrada por varios grupos.

-¡Bah!

El hombre pagó por fin el dinero y fue conducido a otro lugar. Gersen fue el siguiente. Dijo su nombre y se identificó como neutral, en otras palabras, un capitalista independiente que había decidido «rescindir los honorarios» -el término parecía un eufemismo especial de Intercambio - de un huésped que había rebasado los quince días estipulados para el rescate, tal vez en orden a pedir un rescate mayor y obtener un provecho.

-Éstas son nuestras «existencias» actuales.

El conserje entregó a Gersen una hoja con una lista de unos doce nombres y sus correspondientes honorarios. Gersen echó un vistazo a la lista. Hacia el final leyó:

Audmar , Daro; 9, varón

Wix; 7, hembra

Rescisión: 100.000.000 UCL

Más abajo encontró:

Cromarty, Bella; 15, hembra

Rescisión: 100.000.000 UCL

y luego:

Darbassin, Oleg; 4, varón

Rescisión: 100.000.000 UCL

y después:

Eperje-Tokay, Alusz Iphigenia; 20, hembra

Rescisión: 10.000.000.000 UCL

Gersen leyó las cifras y parpadeó. ¿Un error tipográfico? ¿Diez mil millones de UCL? ¡Un rescate sin precedentes, una suma imposible! Cien millones ya eran inusuales, aunque en la lista, comprobó, había siete u ocho huéspedes con rescates fijados en 100.000.000 UCL. Una enorme suma de dinero, pero sólo la centésima parte de diez mil millones. Algo muy extraño estaba pasando. ¿Quién podía pagar diez mil millones de UCL? Sobrepasaba el presupuesto de la mayoría de los planetas. Gersen siguió examinando la lista. Después de los ocho huéspedes valorados en 100.000.000 de UCL, sólo había uno más que no sobrepasara el techo de los cien millones:

Patch, Myron: 56, varón

Rescisión: 427.685 UCL

El empleado, que había atendido a otro cliente mientras Gersen consultaba la lista, volvió.

- ¿Alguna de nuestras «existencias» satisface sus necesidades?

-Deseo hacer una inspección personal, naturalmente, pero, sólo por curiosidad, ¿es correcta la cifra de diez mil millones de UCL, o se trata de un error de imprenta?

-Es correcta, señor. En Intercambio no cometemos equivocaciones.

- Si me permite la pregunta, ¿quién avala a esta joven? ¿En nombre de quién actúan ustedes?

- Como ya sabrá, señor, salvo autorización específica, debemos reservarnos esta información.

-Ya veo. Bien, en cuanto a los Audmar , Cromarty, Darbassin, Floy, Helariope y los demás valorados en cien millones, ¿quién les avala?

- No estamos autorizados a facilitar esta información.

-Muy bien. Echaré una ojeada.

-Una cosa más, señor. En cuanto al artículo Eperje-Tokay, no se permite ni el más mínimo placer de curiosear. Antes de inspeccionar esa «existencia» deberá depositar una fianza de diez mil UCL, a descontar de] monto total de la rescisión.

-No me interesa hasta ese punto.

-Como quiera.

El empleado llamó a un conserje, quien condujo a Gersen desde la sala de recepción hasta un pasillo que desembocaba en un patio. El conserje se detuvo allí.

- ¿Qué artículos en particular desea inspeccionar?

Gersen examinó al hombre. A juzgar por su acento uniforme era de la Tierra, o quizá de alguno de los mundos de Más Allá. De la misma edad que Gersen, o incluso más joven, algo encorvado de espaldas, su rostro de marcadas facciones tenía un tono amarillo pálido. Una gorra con el emblema de Intercambio reposaba sobre una lujurienta mata de cabello amarillo rizado, que le cubría las orejas y recogía en una cola de caballo.

-Como sabe, soy un neutral -dijo Gersen con voz pensativa.

-Sí, señor.

-Tengo unos cuantos UCL para invertir en lo que más me convenga. Estoy seguro de que sabe a qué me refiero.

El conserje no lo sabía, pero asintió prudentemente.

-Usted me puede ayudar muchísimo -prosiguió Gersen-. Estoy seguro de que sabe bastante más sobre los artículos de lo que cuenta a los clientes habituales. Si me indica el camino más provechoso, será una simple cuestión de justicia que comparta mi buena suerte con usted.

El conserje estaba claramente intrigado por el curso de los pensamientos de Gersen.

- Todo esto me parece muy sensato... siempre que las reglas de la compañía sean respetadas. Son estrictas, y también el castigo por infringirlas.

-No se trata de nada ilegal. - Gersen extrajo doscientos UCL en billetes-. Habrá más en función de la información que me proporcione.

-Podría hablar durante horas; han ocurrido muchos sucesos extraños en Intercambio. Pero vayamos por partes. Si no le entiendo mal, desea inspeccionar cada uno de los huéspedes que están disponibles actualmente...

-Correcto.

-Muy bien. En esa dirección están los cubículos de clase E, para huéspedes cuyos amigos y seres queridos no pueden rescatarlos, y que ahora, para ser francos, esperan ser vendidos como esclavos. Los alojamientos llegan hasta los llamados Jardines Imperiales, en lo alto de la colina. Los huéspedes deben permanecer en sus aposentos durante las horas de inspección matutinas, pero se les permite elegir algún tipo de diversión después de comer, y la tarde es el período social.

Algunos de nuestros huéspedes encuentran la experiencia relajante y se sienten agradecidos a sus avaladores.

Guiado por el ahora locuaz conserje, Gersen examinó los miserables especímenes de los cubículos de clase E. y luego los de las clases D y C. Ante cada cubículo colgaba un cartel con los datos del inquilino, nombre, estatus y precio de venta. El conserje, llamado Armand Koshiel, le indicó varios saldos, posiblemente objetos de arriesgadas especulaciones y provechosos negocios.

-... totalmente increíble. Fíjese en ése, el hijo mayor de Tywald Fitzbittick, el más rico dueño de las minas de Bonifacio. ¿Qué son cuarenta mil UCL para él? Podría pagar cien mil sin pestañear. Si yo tuviera esa cantidad, lo compraría. ¡Con absoluta certeza!

- ¿Por qué no ha pagado Tywald Fitzbittick los cuarenta mil?

-Es un hombre muy ocupado - Koshiel meneó la cabeza con perplejidad-; quizá la marcha de los negocios le ha distraído. Pero antes o después, recuerde mis palabras, vendrá y el dinero manará como agua.

-Es muy probable.

Koshiel le mostró otros huéspedes en circunstancias similares, y no ocultó su asombro ante la actitud distante y evasiva de Gersen.

-Le advierto que demasiadas reflexiones pueden ocasionar un contratiempo. Por ejemplo, allí, en ese mismo cubículo, se hospedaba una hermosa joven. Su padre tardaba en cumplir las condiciones. El avalador rebajó los honorarios a nueve mil UCL, y ayer un comprador neutral, yo diría que un sardanipolitano, saldó el rescate. Y, por increíble que parezca, nada más firmados los papeles llegó el padre, que sufrió una gran decepción cuando el comprador se declaró completamente satisfecho. A continuación se produjo una escena muy desagradable.

Gersen estuvo de acuerdo en que la falta de resolución podía crear graves inconvenientes.

-En mi opinión -declaró Koshiel-, la Conferencia del Oikumene debería aportar una suma lo bastante amplia como para satisfacer todos los gastos del rescate. ¿Por qué no? La mayoría de los huéspedes residen en el Oikumene. Tal acuerdo haría más sencillo todo el proceso y evitaría disgustos y pérdidas inútiles.

Gersen sugirió que esa medida redundaría en un aumento de los secuestros, y Koshiel admitió la posibilidad.

-Por otra parte, algunos aspectos de la situación actual me intrigan.

-¿De veras?

-¿Conoce la Compañía de Seguros Transgaláctica? Tienen delegaciones en casi todas las grandes ciudades.

-He oído nombrarla.

-Se especializan en seguros de secuestro; de hecho, me parece que controlan el sesenta o el setenta por ciento de ese mercado, ya que sus tarifas son las más bajas. ¿Por qué son bajas sus tarifas? Porque sus clientes raramente son secuestrados, mientras que los clientes de sus competidores suelen terminar en Intercambio. He especulado a menudo con la idea de que, o bien Transgaláctica pertenece a Intercambio, o Intercambio pertenece a Transgaláctica. Un pensamiento indiscreto, quizá, pero ahí está.

-Indiscreto, quizá, pero interesante... ¿Y por qué no? Ambas empresas encajan a la perfección.

-Justo lo que pienso yo... Sí, ocurren muchas cosas raras en Intercambio.

Llegaron al apartamento de clase B que alojaba a Daro y Wix Audmar.

-He aquí una encantadora parejita -dijo Armand Koshiel-. El rescate, por supuesto, es muy elevado: tal vez valgan veinte, o incluso treinta mil, según los gustos. El plazo de rescate ha caducado, por tanto están «a la venta», pero nadie en su sano juicio pagaría unos honorarios tan elevados.

Gersen observó a los dos niños a través de una ventana. Daro leía, Wix saltaba con un trozo de cuerda. Se parecían mucho; esbeltos, cabello negro, los ojos luminosos de su padre.

Gersen se volvió.

-Qué raro. ¿Quién se arriesga a fijar honorarios tan altos? He visto a otros huéspedes con rescates similares. ¿Qué ocurre aquí?

Koshiel se lamió los labios, parpadeó y miró furtivamente por encima del hombro.

-No debería airear esta información, toda vez que se refiere a la identidad de un avalador, pero estoy seguro de que a este avalador en particular no le importa: es el famoso Kokor Hekkus.

-¿Qué? ¿Kokor Hekkus, la Máquina de Matar? -fingió sorprenderse Gersen.

-El mismo. Siempre nos ha proporcionado bastantes clientes, pero en este momento parece que controla todo el mercado. En los últimos dos meses ha traído veintiséis artículos a Intercambio, todos, salvo uno, valorados en cien millones de UCL. Y en casi todos los casos ha cobrado. Esos niños están avalados por Kokor Hekkus.

-Pero ¿por qué? -se maravilló Gersen-. ¿Tiene algún importante proyecto en mente?

-Desde luego que sí. Sí, sí, desde luego. «Sobre eso hay mucho que decir», como dijo el obispo a la bailarina. -Koshiel sonrió de manera enigmática y miró cautelosamente a su alrededor-. Usted sabrá algunas cosas de Kokor Hekkus...

-¿Y quién no?

-... una de sus características es la devoción por el ideal estético. Parece que Kokor Hekkus se ha enamorado locamente de una joven que, se lo aseguro, es la más encantadora visión del universo. ¡Es inigualable!

-¿Cómo lo sabe?

-Paciencia. Esta joven, lejos de mostrar el mismo afecto por Kokor Hekkus, encuentra insufrible y nauseabundo el solo hecho de pensar en él. ¿Adónde puede huir? ¿Cómo puede ocultarse? La galaxia es demasiado pequeña. Kokor Hekkus es inasequible al desaliento; la buscará dondequiera que vaya. No existe refugio para esta deliciosa criatura... salvo uno: Intercambio. Ni siquiera Kokor Hekkus osaría violar las normas de Intercambio. En primer lugar, jamás volvería a gozar de sus servicios. En segundo, la administración de Intercambio no repararía en gastos y esfuerzos para castigarle. De modo que esta chica actúa como su propio avalador. Establece sus honorarios de rescate en diez mil millones de UCL; en realidad, solicitó que fuera más alto, un billón, pero su petición fue denegada.

»Y ahora, ¿qué? Una situación absurda: la chica tranquila y segura en los Jardines Imperiales de Intercambio, mientras Kokor Hekkus suda y transpira en el límite de la pasión. No es que le hayan dado calabazas, es que no tiene bastante dinero. En algún lugar ha de encontrar diez mil millones de UCL.

-Empiezo a entenderlo -dijo Gersen.

- Kokor Hekkus está lejos de rendirse -proclamó con entusiasmo Koshiel-. Combate el fuego con el fuego. La joven ha utilizado los servicios de Intercambio para frustrarle; él hará lo mismo para doblegar su voluntad. Diez mil millones es una cifra enorme, pero es tan sólo cien veces cien millones. Y ahora Kokor Hekkus asola el Oikurnene, raptando a los seres queridos de los cien individuos más ricos. El día que el número cien pague los cien millones, Kokor Hekkus reclamará la persona de Alusz Ip1iigenia Eperje-Tokay, puesto que «está a la venta».

-Un tipo muy romántico, el tal Kokor Hekkus ... en todos los sentidos de la palabra.

-¡Cierto! -prosiguió Koshiel sin percibir el sarcasmo que encerraba el comentario de Gersen -. ¡Piense en ello! Ella espera, día tras día, q que la cifra diez mil millones se vaya haciendo cada vez más pequeña. El ya ha reunido los rescates de los veinte huéspedes que ha avalado, y cada día llegan más. Mientras tanto, la chica no puede hacer nada: está cogida en su propia trampa.

-Hum..., una situación lamentable..., al menos desde el punto de vista de la dama. ¿Dónde se halla su hogar?

- Sobre esto sólo he oído rumores... de hecho, la fuente de toda mi información. En este caso, el rumor es difícil de creer para hombres inteligentes como nosotros. Dicen que se declaró nativa del país de Nunca Jamás: ¡el planeta Thamber!

-¿Thamber?

La sorpresa de Gersen fue auténtica: Thamber, el mundo mítico, poblado por brujas, serpientes de mar, caballeros andantes y bosques encantados, el marco de los cuentos de hadas. Tanibién recordó con un sobresalto que era la guarida de los roehuesos.

-¡El mismísimo Thamber! -exclamó Koshiel con una carcajada y un expresivo gesto-. Se me ocurre que si usted tuviera diez mil millones de UCL y mucho valor podría realizar una interesante especulación.

¡Si Kokor Hekkus se viera obligado a raptar los vástagos de cien ricachones más, seguro que pagaría su precio!

-Si tuviera la suerte de pagar el rescate de esta inigualable criatura, enfermaría y moriría en mis brazos. Kokor Hekkus y yo nos quedaríamos a la par.

Mientras hablaban, iban caminando por entre las hileras de apartamentos de las clases B y A. Koshiel se detuvo y señaló a un hombre de mediana edad, que parecía estar dibujando un diagrama en su libreta de notas.

-Este es Myron Patch, otro invitado patrocinado por Kokor Hekkus. El rescate de cuatrocientos veintisiete mil seiscientos ochenta y cinco UCL me parece exagerado, en mi opinión. ¡No como la chica de Thamber!

Le propinó un codazo a Gersen y guiñó un ojo lascivamente.

Gersen frunció el ceño al contemplar a Myron Patch, un individuo más bien mediocre, de estatura media, rollizo y de rostro apacible. La tarifa del rescate le intrigaba. ¿Por qué 427.685 en concreto? Detrás de la cifra, detrás de la visita forzosa de Myron Patch a Intercambio había algo más.

- ¿Puedo hablar con ese hombre? -preguntó a Koshiel.

-Por supuesto; está «en venta». Si piensa que puede privar a Kokor Hekkus de una suma como... ¿cuál es? cuatrocientos veintisiete mil seiscientos ochenta y cinco UCL, una cifra ridícula... adelante.

-¿Los apartamentos están equipados con cámaras ocultas y micrófonos?

-No, y por una buena razón: no se gana nada escuchando.

-Sin embargo, tomaré precauciones. Déjeme hablar con ese hombre.

Koshiel apretó el botón que hacía sonar una campanita, indicando así al huésped que se requería su atención. Myron Patch levantó los ojos y se acercó con parsimonia a la puerta del apartamento. Koshiel insertó una llave en una ranura y un panel se deslizó a un lado. Myron Patch miró a Gersen, primero con esperanza, después con perplejidad. Gersen sujetó a Koshiel por los hombros, lo empujó contra el panel y lo situó de cara al interior del apartamento.

-Ahora cante en voz alta.

-Sólo recuerdo canciones de cuna de mi infancia.

Koshiel sonreía estúpidamente.

-Cántelas, pues, pero en voz alta y sin parar.

Koshiel empezó a berrear una canción. Desafinaba. Gersen se aproximó al cada vez más sorprendido Patch.

-Acérquese.

Patch apoyó la cara en el panel.

-¿Por qué está aquí? -preguntó Gersen.

-Es una larga historia -respondió Patch.

-Hágame un resumen lo más breve posible.

-Soy ingeniero y fabricante. Me hice cargo de un complicado trabajo para cierto individuo... un criminal, ahora lo sé. No nos pusimos de acuerdo; me raptó y me trajo aquí. El rescate es el dinero que estaba en juego.

Koshiel atacó una nueva canción. Gersen prosiguió su interrogatorio:

- ¿El criminal es Kokot Hekkus?

Myron Patch asintió tristemente.

-¿Le conoce personalmente?

Patch dijo algo que Gersen no pudo oír, debido al fervor de los cánticos que entonaba Koshiel.

-Dije que conozco a su agente, que suele venir a Krokinole -repitió Patch.

- ¿Puede localizar a ese agente?

-En Krokinole, sí. Aquí, no.

-Muy bien. Pagaré su rescate. - Gersen palmeó la espalda de Koshiel-. Ya puede parar. Volveremos a la oficina.

-¿Ha terminado? Hay otros para ver: ¡gangas, auténticas gangas!

-¿Puedo ver a la mujer a la que aspira Kokor Hekkus? -preguntó Gersen tras dudar unos instantes.

-No hasta que pague diez mil UCL por el privilegio. En esencia, se niega a ver a nadie: incluso a los empleados como yo, que seríamos felices aliviando su tedio y relajando sus comprensibles tensiones.

Gersen le entregó otros tres mil UCL a Koshiel que, deslumbrando y aturdido después de una charla centrada en millones y billones, se lo embolsó con un murmullo de poco sincero agradecimiento.

-Muy bien. Volvamos ala oficina.

5

Del *Manual Popular de los Planetas,* 303 a edición (1.292):

«Krokinole: el tercer planeta más grande del Grupo de Rígel, decimocuarto en orden orbital.

Diámetro: Catorce mil quinientos kilómetros. Masa: 1,23

Duración media del día: 22 horas, 16 minutos, 48,9 segundos, etcétera.

»Observaciones generales: Considerado a veces el más bello de todos los planetas del Grupo, Krokinole puede proclamar con justicia que es el más diverso, tanto geográfica como étnicamente. Hay dos continentes extensos: Borkland y

Sankland; y seis más pequeños: Cumberland, Layland, Gardena, Mergenthaler, Hopland y Skakerland.

»Cada uno de ellos contiene docenas de maravillas naturales. Podemos mencionar al azar los Pináculos de Cristal de Bize Parish y las Cascadas del Río Card en Dinker Parish, ambas en Cumberland; la Grieta que atraviesa el Mundo del Estado del Norte, Sankland; el Bosque Sumergido, cerca de la costa de Usemand, Skakerland; el Monte Jovah en las Tierras Altas de Gardena, la montaña más alta de todo el Grupo (12.832 metros sobre el nivel del mar).

»La flora y la fauna son complejas y altamente evolucionadas. Los casi extinguidos Supersalvajes, en tiempos señores del planeta, dispusieron de una inteligencia más que rudimentaria, como evidencía su único sistema luminoso de comunicaciones (llamarlo «lenguaje» sería cometer una traición semántica), sus barcos, cestos, lazos ornamentales y su organización en comités.

»La población humana de Krokinole es tan variada como la topografía; al igual que antes, sólo podemos indicar la diversidad. Skakerland fue colonizada primero por un culto cismático de los skakers que llegaron a Olliphane; en las Tierras Altas de Gardena moran los singulares diablillos. Cumberland alberga a los industriosos y talentosos cabellos-blancos, mientras que los druidas caníbales vagan por las tundras del norte de Hopland. Otras razas son los arcadios, bataleses, singhels, pescadores de Oporto, jansenistas, alanos antiguos y muchas otras ... »

Durante el regreso a Sasani a bordo de la 9-13 de Gersen, Myron Patch explicó con gran detalle sus negocios con Kokor Hekkus y los aspectos más sobresalientes de su propia vida. Nativo de la Tierra, había sido víctima de los Disturbios de Texahoma y se consideraba afortunado por haber salido con vida. Llegó a Krokinole sin un centavo y aceptó un trabajo de pescador de percebes en la Compañía Portuaria del Estuario de Card. Al poco tiempo abrió una tienda de accesorios mecánicos en Patris, la capital de los cabellosblancos. En el curso de los dieciocho años siguientes, Patch prosperó y aumentó sus negocios hasta convertirse en dueño y administrador de las Obras de Ingeniería Patch, la mayor empresa de Cumberland en ese campo. Había conseguido una reputación tal de versatilidad e ingeniosidad que cuando Seuman Otwal le entregó una serie de extrañas instrucciones, Patch se interesó pero no se sorprendió.

Seuman Otwal, según,la descripción de Patch, era un hombre algo más joven que él, increíblemente feo, con una larga nariz ganchuda que casi parecía tocar su mentón agudo e inclinado hacia arriba.

Seuman Otwal había obrado sin subterfugios. Se identificó como agente de Kokor Hekkus y expresó su satisfacción cuando Patch declaró estar dispuesto a trabajar para el mismísimo diablo, una vez que su dinero pasó sin el menor ruido el detector de fraudes.

Establecida la relación sobre estas sólidas bases, Otwal explicó sus planes. Quería que Patch diseñara y construyera una fortaleza ambulante con la apariencia de un monstruoso ciempiés, de veintitrés metros de largo y tres y medio de alto. El mecanismo consistiría en dieciocho segmentos, equipado cada uno con un par de patas. La fortaleza, para utilizar el término de Seuman Otwal, debería

ser capaz de moverse a una velocidad mínima de sesenta kilómetros por hora mediante la sincronización perfecta de sus patas. Arrojaría fuego líquido por la boca, desprendería gases nocivos y dispararía rayos energéticos por unas troneras practicadas en su cabeza. Patch afirmó que le sería posible idear tal artilugio y, con el lógico interés, preguntó su propósito. Seuman Otwal se mostró disgustado al principio, pero luego explicó la fascinación de Kokor Hekkus por las maquinarias macabras y complicadas. Kokor Hekkus, vino a decir Otwal, había sido víctima recientemente de un desmandado grupo de salvajes, y la fortaleza «les hablaría en un idioma fácil de comprender».

Enardecido por el tema, Otwal obsequió a Patch con una larguísima disquisición sobre el terror. Según Otwal, había dos variedades de terror: el instintivo y el condicionado. Ambos tipos debían ser producidos simultáneamente, pues uno solo no anulaba por completo las reacciones del sujeto. El método de Kokor Hekkus consistía en identificar y anal¡-

zar estos factores. En el momento de la aplicación seleccionaba e intensificaba los factores de máxima potencia.

- ¡Uno no puede asustar a un pez con la amenaza de ahogarlo! - sentenció Seuman Otwal.

La narración continuó durante media hora, y la inquietud de Patch fue aumentando a cada segundo. Después de la partida de Otwal discutió largo rato con su conciencia sobre la moralidad de construir semejante horror.

-¿Alguna vez sospechó que Seuman Otwal podía ser el propio Kokor Hekkus? -le interrumpió Gersen.

-Desde luego, hasta el día en que Kokor Hekkus entró en la tienda. No se parecía en nada a Seuman Otwal.

-Descríbale, por favor.

-Es difícil. No presenta rasgos notables. Es tan alto como usted, ágil y nervioso, cabeza ni grande ni pequeña, facciones regulares y bien dibujadas. Lleva la piel teñida de un tono oscuro y viste al modo de los cabellosblancos viejos. Sus modales son corteses, casi afectados, pero ni convencen ni tratan de convencer. Sus ojos, mientras habla pausadamente y escucha con atención, siempre brillan, y uno sabe que está pensando en las extrañas cosas que ha visto y en las siniestras hazañas que ha llevado a cabo.

Los dos niños, que deseaban saber dónde estaba Rígel, interrumpieron la conversación. Gersen señaló la blanca llamarada en la lejanía y volvió su atención a Patch, que seguía describiendo su desorden mental. Había sufrido, afirmó, toda clase de escrúpulos, recelos y temores, pero al fin decidió guiarse por dos consideraciones: primero, ya se había comprometido desde el momento en que el dinero obraba en su poder, la cantidad de 427.685 UCL; y segundo, si no era él quien construía la máquina, otros lo harían. Así que inició el trabajo, a pesar de su íntima convicción de estar creando un mecanismo diabólico.

Gersen escuchaba sin hacer comentarios y, de hecho, no experimentaba una gran desaprobación. Patch parecía un individuo inofensivo que, para su desgracia, carecía de una moralidad automática.

Continuó la construcción; la fortaleza fue adquiriendo forma. Kokor Hekkus hizo una nueva aparición, con el propósito de inspeccionarla. Para consternación de Patch, expresó su más profunda decepción. Ridiculizó el movimiento de las patas, que calificó de desmañado y obviamente inorgánico. En su opinión, la fortaleza «no asustaría ni a un niño». Patch, aterrado al principio, recobró en seguida su serenidad. Sacó las instrucciones y demostró que las había cumplido al pie de la letra. En ningún momento había suministrado falsas informaciones acerca del movimiento de las patas. Kokor Hekkus se mantuvo en sus trece. Insistió en que el objeto era inaceptable y exigió a Patch que efectuara los cambios convenientes. Patch, malhumorado, se negó a aceptar cualquier responsabilidad: haría los cambios, pero necesitaba más dinero. Kokor Hekkus retrocedió como si le hubieran abofeteado. Un seco y violento gesto de su mano dio a entender que Patch había ido demasiado lejos. Patch, dijo, no había cumplido el contrato, que quedaba desde ese momento anulado; exigía, por lo tanto, la devolución del dinero pagado por adelantado, o sea, 427.685 UCL. Patch rehusó. Kokor Hekkus hizo una reverencia y se marchó.

Patch consiguió un arma, pero le sirvió de muy poco: cuatro días más tarde fue abordado por tres hombres, golpeado concienzuda pero desinteresadamente, arrojado a la cala de una nave espacial y conducido a Intercambio, donde se estipuló su rescate en 427.685 UCL. Patch no tenía amigos, ni parientes, ni socios; debido a ciertas deudas acumuladas durante el proceso de expansión de su empresa, la venta forzosa de su tienda le reportó apenas doscientos mil UCL. Había abandonado cualquier esperanza de ser rescatado y aguardaba con resignación a que le vendieran como esclavo. Entonces apareció Gersen. Patch preguntó los motivos de Gersen. Sentía una gratitud sin límites, reconocía la generosidad de Gersen, pero estaba seguro de que había algo más. Gersen, por su parte, no deseaba confiarse a Patch.

-Digamos que soy socio de la Compañía de Construcciones y Obras de Ingeniería Patch y que, a cambio del rescate pagado, se me otorga el cincuenta y uno por ciento de las acciones de la Compañía.

Patch declaró con cierta tristeza que estaba satisfecho con el trato.

-¿Desea un reconocimiento formal de la sociedad?

-Redacte un memorándum al efecto. En esencia, quiero el control absoluto sobre la política de la compañía por un período indefinido, no superior a cinco años. En cuanto a los beneficios, ahora no necesito dinero, por lo que puede destinarlos a reponer la suma avanzada.

A Patch no le gustaba demasiado la idea, pero carecía de argumentos para rebatirla. Le asaltó un súbito pensamiento y se frotó la cara con nerviosismo.

-¿Acaso quiere hacer más negocios con Kokor Hekkus?

-Ya que lo pregunta.... sí.

-Permítame que al instante registre un cuarenta y nueve por ciento de votos negativos. -Se pasó la lengua por los labios-. Si en su mente queda todavía un dos por ciento dudoso, los votos negativos rechazarán esta temeraria ambición.

-Todo el cincuenta y uno por ciento clama en favor de arrebatar a Kokor Hekkus el dinero conseguido ilegalmente de los fondos de la compañía -comentó Gersen, satisfecho.

Patch inclinó la cabeza.

- Así sea.

Rígel destellaba en el cielo. Gersen localizó Alplianor; Daro y Wix se pusieron muy nerviosos. Gersen les observaba con una mueca irónica. En cuanto regresaran al oscuro caserón de las soleadas colinas de Taube se arrojarían en los brazos de sus padres. El rapto, el encarcelamiento, la vuelta al hogar se convertirían en vagos recuerdos. Gersen sería olvidado... Gersen meditó sobre los caprichos del destino que le habían transformado en -localizó tristemente la palabra- un monomaníaco. ¿Qué sucedería si, gracias a un fanático entramado de circunstancias, lograba vengar la catástrofe del Monte Agradable en las personas de los cinco Príncipes Demonio? ¿Qué sucedería entonces?

¿Le apetecería retirarse, comprar un terreno en el campo, buscar una novia y casarse, tener hijos? ¿O el rol de némesis se habría integrado de tal forma en su naturaleza que jamás podría olvidarlo, jamás podría oír hablar de hombres malvados sin apresurarse a castigarlos? Todo era posible. Y, para colmo, el impulso no surgiría de la indignación o el daño moral, sino de un reflejo, de una reacción desprovista de pasión; y la única satisfacción se derivaría de gratificar una necesidad fisiológica menor, como eructar o rascarse un grano.

Reflexiones de este tipo sumían siempre a Gersen en una profunda melancolía, y durante todo el viaje se mostró brusco y lacónico. Los niños le observaban sorprendidos, aunque no atemorizados, porque al fin habían aprendido a confiar en él.

De regreso a Alplianor, de regreso al continente de Scitia, de regreso al anticuado espaciopuerto de Marquari, provincia de Garreu. Nada más aterrizar, Gersen se comunicó por videófono con Duschane Audmar, que exhibía unas ojeras muy marcadas. Gersen adivinó que había pasado muchas horas en blanco pensando en la misión. Se interesó brevemente por el estado de sus hijos y aceptó las palabras tranquilizadoras de Gersen con un seco asentimiento.

No había servicio aéreo entre Marquari y Taube, y las naves espaciales estaban proscritas, excepto en los espaciopuertos. Gersen acompañó a los niños a bordo del barco que hacía la travesía hasta Taube, un amplio y pesado buque cargado de mercancías en el pañol y de pasajeros en la parte superior. Tardaba un día y una noche en recorrer los ochocientos kilómetros que separaban ambas ciudades. En Taube alquiló el viejo deslizador de superficie y subió la empinada pendiente que llevaba a la mansión de Duschane Audiriar. Los niños saltaron del coche y corrieron atropelladamente, sin mirar ni una sola vez a Gersen, hacia los brazos de su madre, que esperaba en el umbral de la puerta. Apenas podía contener las

lágrimas, y Gersen fue consciente del vacío que existía en su interior, pues había tomado afecto a los niños. Entró en la casa y ahora, en la seguridad del hogar, Daro y Wix saltaron sobre él, le abrazaron y besaron.

Audmar le hizo pasar a la austera habitación donde habían hablado por primera vez. Gersen relató sus peripecias.

-Kokor Hekkus necesita diez mil millones de UCL. Confía obtener esta cantidad extorsionando a los cien individuos más ricos del Oikumene, a razón de cien millones cada uno. Hasta el momento ha conseguido reunir una tercera parte de esta cifra, y el dinero entra en sus arcas con gran rapidez. Desea el dinero para rescatar a una joven que, para huir de su acoso, se ha refugiado en Intercambio y ha fijado su tarifa de rescate en diez mil millones de UCL.

-Hum -dijo Audmar-. Esta joven debe de ser extraordinariamente atractiva para que Kokor Hekkus la valore en este precio.

-Eso parece... aunque ningún objeto valorado en esta cantidad tenga que ser obligatoriamente deseable. Me habría gustado examinar a la mujer, pero, actuando como su propio patrocinador, exige diez mil UCL por verla, supongo que para chasquear la curiosidad de gente como yo.

-La información puede valer o no cien millones de UCL para el Instituto, de donde proviene el dinero. Mis hijos han vuelto a casa; le estoy agradecido, por supuesto, pero temo que he permitido a mis sentimientos interferir en mi razón. Temo que me he comprometido personalmente.

Gersen no hizo ningún comentario. En privado pensaba lo mismo. Sin embargo, el Instituto sólo podía culparse a sí mismo. Si ésa fuera su voluntad, destruiría sin dudarlo a Kokor Hekkus.

-Un segundo punto de interés. El nombre de la joven es Alusz Iphigenia Eperje-Tokay. Es nativa del planeta Thamber, o al menos así lo afirma.

- ¡Thamber! - El interés de Audmar se había despertado por fin ¿Es en serio o bromea?

-Creo que lo dice en serio.

-Interesante. Incluso si es una patraña. -Miró de soslayo a Gersen -. ¿Tiene algo más que decirme?

-Usted me dio una cierta cantidad para mis gastos. Utilicé una parte de manera pertinente: me he hecho con el control de la Compañía de Construcciones y Obras de Ingeniería Patch, de Patris, Krokinole.

-Era lógico que lo hiciera -asintió Audmar con ironía.

-La oportunidad se me presentó en Intercambio. Myron Patch estaba patrocinado por Kokor Hekkus, bajo rescate de cuatrocientos veintisiete mil seiscientos ochenta y cinco UCL. La cifra me intrigó. Pregunté y cuando Patch afirmó que podía localizar a Kokor Hekkus pagué los honorarios, tomando como garantía la sociedad.

Audmar se puso en pie, caminó hacia la puerta y regresó con una bandeja de licores.

-Averigüé que Myron Patch había estado construyendo un monstruo mecánico para Kokor Hekkus -siguió Gersen-: una fortaleza ambulante en forma de ciempiés de dieciocho segmentos.

Audmar sorbió su licor, alzó el vaso y admiró los reflejos rosados y violetas.

-No es necesario que me justifique sus gastos -dijo-. Han servido para pagar algunas interesantes informaciones y, de paso, han devuelto dos niños adorables a su hogar.

Terminó el licor y depositó el vaso con un leve tintineo. Gersen, que había sacado más conclusiones de lo silenciado que de lo dicho en voz alta, se levantó y dijo adiós.

Patris, capital de la Unión de Parroquias de Cumberland, serpenteaba durante millas a lo largo del estuario del río Card, con sus suburbios residenciales a orillas del lago Ock. En el Barrio Viejo subsistían muchos edificios milenarios de tres y cuatro plantas, construidos con resistente ladrillo negro, de fachada angosta, altas y estrechas ventanas y elevados tejados. Río arriba, en la Ciudad Nueva de setecientos años de antigüedad, descollaban las famosas Bóvedas del Río: once monumentales estructuras de un tipo desconocido en todo el universo. Medían doscientos cincuenta metros de altura: triángulos truncados con arcos de sesenta metros tallados desde la base. Eran idénticas, excepto en el color; cada una albergaba comercios, estudios y áreas de servicio en la base,. mientras que la parte superior se destinaba a apartamentos para la élite urbana. Entre las bóvedas de la Ciudad Nueva y las estructuras de ladrillo negro del Barrio Viejo se extendía una sombría zona industrial en la que Myron Patch tenía su tienda. Escoltó a Gersen hasta la puerta principal con una mezcla de impaciencia, indecisión, orgullo, ansiedad y dignidad herida. Era mucho más grande de lo que Gersen pensaba, pues ocupaba un terreno de sesenta metros de largo por treinta de ancho, con un almacén de piezas y material diverso en la parte de arriba. Patch pareció deprimido cuando encontró la tienda cerrada con candado y silenciosa.

-Yo pensaba que en tiempos de crisis los empleados pondrían manos a la obra para que la maquinaria no se detuviera, por así decirlo, o al menos harían lo imposible por rescindir las deudas de su patrón. Un centenar de hombres y mujeres viven gracias a mí, y ni uno de ellos se ha dignado preguntar por mi situación al representante de Intercambio.

-Tal vez estarían muy ocupados buscando un nuevo empleo - sugirió Gersen.

-Fuera lo que fuese, no estoy muy contento.

Patch abrió las puertas de par en par, introdujo a Gersen en el cavernoso interior y señaló la sección que había sido tapiada y aislada de la planta.

-Scuman Otwal insistió en que debía guardarse el mayor de los secretos. Ante su insistencia, utilicé empleados de la máxima confianza, sometiéndoles a un proceso hipnótico en que les ordenaba que olvidaran todo cuanto vieran en el Taller B

después de salir por la puerta. También añadí la sugestión de que trabajaran con gran celo y precisión, de que no sintieran hambre, sed, ganas de hablar o fatiga durante las horas de trabajo; y debo decir que jamás vi un equipo de trabajadores mas admirable. Estaba a punto de hacer lo mismo con el resto de la plantilla cuando me raptaron; de hecho, pensé que me había topado con asesinos a sueldo del Sindicato Protector de los Trabajadores.

Acompañó a Gersen por la tienda a través de fraguas, cortadoras, moldes, soldadores y tornos, hasta llegar frente a una puerta que ostentaba el símbolo universal PROHIBIDO EL PASO, en letras rojas de un palmo de ancho. Patch compuso la combinación que abría la cerradura.

-Puesto que somos socios no debe haber secretos para usted.

-En efecto -dijo Gersen.

La puerta se deslizó a un lado, atravesaron una antesala y accedieron al Taller B. Allí estaba la fortaleza ambulante. El lenguaje melifluo de Patch no había preparado a Gersen para el feroz aspecto del ingenio. La cabeza estaba equipada con seis mandíbulas en forma de guadaña y un collar de aceradas púas. El ojo era una franja monocolor, y el orificio de ingestión una especie de boca cómica en lo alto de la cabeza con un par de brazos a cada lado. Detrás seguían los dieciocho segmentos, cada uno suspendido sobre un par de patas de gran longitud recubiertas de una piel rugosa y amarillenta. En el extremo opuesto aparecía una protuberancia, a modo de segunda cabeza, también provista de un equipo de púas metálicas. El torso aún no estaba terminado, aunque exhibía un brillo acerado.

-¿Qué opina usted? -preguntó Patch ansiosamente, como si esperase la aprobación o la reparación de la afrenta sufrida.

-Impresionante -dijo Gersen, y Patch pareció satisfecho-. Me gustaría saber para qué lo quiere.

-Observe.

Patch se subió en la cabeza del objeto, utilizando las púas como escalera. Se introdujo por las fauces entreabiertas y desapareció. Gersen se quedó solo en la sala con aquel horror de veintitrés metros. Podía destilar veneno por las púas, arrojar fuego por los ojos. Un golpe de la mandíbula podía partir en dos el tronco de un árbol. Gersen miró a derecha e izquierda y se retiró a la antesala. Patch parecía un buen tipo, sinceramente agradecido, pero ¿por qué poner la tentación a su alcance?

Se situó de forma que no le pudiera ver desde la cabeza y espió. Patch había activado el sistema de funcionamiento. El objeto había cobrado vida. La cabeza dio una sacudida, las púas se agitaron, las mandíbulas entrechocaron. Desde unas aberturas practicadas a un lado de la cabeza surgió un bramido salvaje; Gersen se estremeció. El bramido murió. El objeto empezó a moverse: las patas de segmentos alternos subían y avanzaban mientras las otras retrocedían.

El ingenio se balanceaba, mecido por el movimiento suave, aunque algo rígido, de las patas. El ciempiés de metal se detuvo y brincó lateralmente; un paso, dos

pasos, tres pasos. Entonces el flanco de las patas más cercanas dio la impresión de derrumbarse. El objeto se tambaleo y cayó con un espantoso estruendo contra la pared. Gersen habría muerto aplastado de haber permanecido en el Taller B. Inevitable, sin duda... un defecto del mecanismo, una torpeza del operador... Patch surgió de la boca, pálido y sudoroso, los ojos llenos de consternación. Gersen, desde la antesala, habría jurado que su preocupación era real, que Patch estaba horrorizado por lo que iba a presenciar. Patch saltó al suelo y rebuscó bajo la montaña de escombros.

-¡Gersen! ¡Gersen!

-Detrás de usted -dijo el interpelado.

Patch se volvió al instante y si el alivio que expresaba su rostro no era genuino, pensó Gersen, el arte de la mímica había perdido una gran estrella.

Patch, sin aliento, se deshizo en excusas. El mecanismo que controlaba las patas de la parte izquierda había fallado, una deficiencia con la que no contaba. En cualquier caso, el objeto estaba destrozado.

Salieron del Taller B y cerraron la puerta detrás suyo.

-Mañana -dijo Patch- volveremos al trabajo. No sé lo que habrá sido de mis antiguos clientes, pero siempre cumplí a entera satisfacción sus encargos y es posible que se decidan a confiar en nosotros nuevamente.

Gersen no dejaba de mirar el Taller B.

-¿Qué clase de defectos consideraba inaceptables Kokor Hekkus?

-El movimiento de las patas -explicó Patch con voz contrita-. Decía que no causaba el efecto deseado. La marcha era demasiado rígida y forzada. Sólo serviría una marcha suave y flexible. Yo enumeré las dificultades y el gasto que ocasionaría un sistema semejante. Incluso tengo serias dudas sobre la viabilidad de este proyecto, considerando la masa de la fortaleza y el terreno que debe atravesar, muy escabroso según creo.

-Mi idea es ésta -dijo Gersen-. Kokor Hekkus nos robó casi medio millón de UCL. Quiero recobrar ese dinero.

-Mejor sería olvidarnos de él. -Patch esbozó una triste y temblorosa sonrisa-. Negocios de esa clase no nos beneficiarán. Lo pasado, pasado está. Venga a mi oficina. Repasaremos las cuentas.

-No. Dejaré estos asuntos en sus manos. En lo referente a la fortaleza ambulante, sin embargo, pienso que es indispensable recuperar nuestro dinero. Y lo haremos de una forma legal y sin riesgos.

-¿Cómo? -preguntó Patch, dudoso.

-Modificaremos la fortaleza para que complazca a Kokor Hekkus. Después se la venderemos por el precio estipulado.

-Tal vez. Pero hay algunas dificultades: que ya no la necesite, o que no tenga el dinero. O, aún más plausible, que seamos incapaces de modificar la fortaleza a su gusto.

-En algún lugar he visto algo susceptible de vencer esta dificultad... Al otro lado del Oikumene está Vanello, un mundo frecuentado por los habitantes de Scorpio. En una de sus fiestas religiosas, se iza una cubierta de pétalos de flores sobre una plataforma sostenida por un tubo largo y flexible. Otra plataforma similar eleva una mesa sobre la que hay desplegados algunos objetos simbólicos... si no recuerdo mal, un libro, un cáliz, una calavera. No importa. La sacerdotisa celebra sus ritos mientras los tubos se emparejan. Averigüé que los tubos están compuestos, a su vez, de varias docenas de tubos más pequeños que contienen una suspensión: virutas de hierro en un líquido viscoso. Por reacción a campos de fuerza internos, estos tubos se contraen selectivamente con gran vigor. Cualquier contorsión de los tubos es posible. Me parece que este sistema puede aplicarse a las patas de la fortaleza ambulante.

Patch se rascó la barbilla.

-Si lo que dice es correcto, me inclino a darle la razón.

-Primero consultaremos con Seuman Otwal si Kokor Hekkus aún necesita la fortaleza.

Patch exhaló un profundo suspiro, alzó los brazos y los dejo caer a los costados.

-Asísea.... aunque preferiría tratar con víboras.

Pero cuando llamó al hotel en que Seuman Otwal solía alojarse, le dijeron que el señor Otwal ya no residía allí y que estaría ausente por un tiempo indefinido.

Patch escuchó las noticias con inmenso alivio. Por indicación de Gersen, y a regañadientes, dejó su nombre y el ruego de que el señor Otwal llamara lo más pronto posible.

El rostro del empleado del hotel se desvaneció. Patch recobró su buen humor.

- Después de todo no necesitamos su repugnante dinero, obtenido de los crímenes más espantosos. Quizá podamos vender el monstruo como una curiosidad, o poner asientos en la parte de atrás y hacerlo pasar por un excéntrico autocar. ¡No tema, Kirth Gersen! ¡Su dinero está seguro!

-No estoy interesado en el dinero. Quiero a Kokor Hekkus.

Patch dio muestras de considerar esta declaración extraña o incluso perversa.

-¿Para qué?

-Quiero matarle -dijo Gersen, y luego lamentó haber hablado más de la cuenta.

6

Del capítulo IV «Kokor Hekkus, la Máquina de Matar», de Los *Príncipes Demonio,* por Caril Carphen (Elusidarian Press, New Wexford, Aloysius, Vega):

«Si Malagate el Funesto sólo puede ser calificado con la palabra "inexorable" y Howard Alan Treesong como "incomprensible", únicamente cabe atribuir el término "fantásticos" a Lens Larque, Viole Falushe y Kokor Hekkus. ¿Quién excede al otro en "fantasía"? Es ésta una especulación tan entretenida como inútil. Consideren por un momento el Palacio del Amor de Viole Falushe, el monumento de Lens Larque, los terribles e increíbles ultrajes que Kokor Hekkus ha infligido a la humanidad: tales extravagancias son imposibles de comprender y distan de tener parangón. Es acertado decir, por otra parte, que Kokor Hekkus ha cautivado la imaginación popular con su grotesco y horripilante sentido del humor. Escuchemos lo que dice en un extracto de su famosa conferencia telefónica *Teoría y Práctica del Terror,* dirigida a los estudiantes de la Universidad de Cervantes:

»... para producir el máximo efecto hay que identificar e intensificar aquellos temores básicos que ya existen en el sujeto. Es un error dar por sentado que el temor a la muerte es el más poderoso. Se me ocurren algunos todavía más intensos, por ejemplo:

»El temor a no ser capaz de proteger a los seres queridos.

»El temor a la desaprobación.

»El temor a tocar algo repugnante.

»El temor a ser atemorizado.

»Mi objetivo es provocar un terror de proporciones angustiosas, y mantenerlo durante un período de tiempo prolongado. Se produce una pesadilla cuando el inconsciente explora sus áreas más sensibles, lo que sirve de guía al agente del pánico. Una vez localizada esa área aparentemente sensible, el agente debe derrochar ingenio para enfatizar, para dramatizar ese temor, aumentándolo lenta y progresivamente. Si el sujeto padece temor a las alturas, el agente le conduce a la base de un precipicio de gran elevación, le ata con una cuerda poco gruesa, obviamente frágil o desgastada, y le va subiendo con mucha lentitud, paralelo a la pared del precipicio, ni demasiado cerca ni demasiado lejos de la pared. Hay que ser cuidadoso con el ritmo de la progresión y jugar con la posibilidad, terrorífica pero inviable, de agarrarse a la superficie vertical. El mecanismo de elevación debe manipularse para que se sacuda y oscile. Para intensificar la claustrofobia, se conduce al sujeto a un pozo o excavación, se le introduce con la cabeza por delante en un túnel estrecho inclinado hacia el fondo, que cambia de dirección en ángulos caprichosos y cerrados. A continuación se rellena el pozo, con lo que el sujeto debe avanzar obligatoriamente cada vez más abajo. »

Scuman Otwal no apareció ni durante el primer mes ni en el segundo. Patch aprovechó ese tiempo para recuperar a sus trabajadores, emprender nuevos negocios y, en definitiva, sanear la Compañía de Construcciones y Obras de Ingeniería Patch.

Gersen tomó a su cargo las modificaciones de la fortaleza ambulante. Se puso en comunicación con la oficina local del SCTU,* mencionó los Ritos Florales de Vanello, describió los sinuosos soportes de las cuarenta y cinco plataformas en

forma de sépalo, y minutos después recibió una carpeta con tablas, gráficos, esquemas y especificaciones sobre el material. Se las llevó a Patch, que las examinó y aprobó.

-Ah, sí... ah, sí... ah, sí... -Luego exhaló un profundo suspiró-. Tantos gastos y esfuerzos para perfeccionar este ridículo engendro, y luego resulta que ni Kokor Hekkus, ni Seuman Otwal, ni nadie nos va a pagar. ¿Qué haremos ahora?

-Les demandaremos.

Patch bufó y volvió a estudiar los datos que Gersen le había entregado.

-El sistema es perfectamente viable -gruñó por fin-, y funcionará mucho mejor que las patas articuladas. Sin embargo, el diseño de los circuitos, el acoplamiento de los moduladores y los moduladores mismos se escapan a mis conocimientos... Hay un equipo muy competente de ingenieros cibernéticos (tal como yo lo veo, se reduce básicamente a un problema de cibernética) a un kilómetro de aquí, subiendo por esta calle. Sugiero que les traspasemos la totalidad del proyecto.

-Como guste.

Dos meses después, Seuman Otwal seguia sin aparecer. Tras vehementes protestas, Patch llamó de nuevo al hotel Halkshire, pero Seuman Otwal no había dado señales de vida. Gersen comenzó a sentirse inquieto y buscó otras vías para localizar a Kokor Hekkus. La propia fortaleza, razonó, tenía que proporcionarle algún tipo de información. Investigó en los archivos y extrajo el conjunto de planos, intrucciones y correspondencia, extendiendo todos estos elementos ante él.

* Servicio Consultivo Técnico Universal.

En ningún lugar se especificaba el nombre o las características del planeta en el que funcionaría el monstruo metálico.

Repasó el material en busca de alguna indicación indirecta del Planeta X, cualquier información implícita en los datos.

No había la menor mención de equipo de acondicionamiento de aire; parecía obvio que la atmósfera del planeta sería de un tipo normal o seminormal.

Un párrafo de las instrucciones decía:

«El vehículo, con todo su peso, debe poder sortear pendientes de cuarenta grados (dando por sentada una correcta locomoción) a una velocidad mínima de quince kilómetros por hora; atravesar con facilidad y seguridad terrenos accidentados, por ejemplo, un campo sembrado de fragmentos irregulares de rocas de un metro y medio de diámetro; cruzar grietas, hendeduras o fosos de hasta seis metros de ancho. »

Una anotación en otro lugar puntualizaba:

«La energía requerida ha sido calculada sobre la base de un 75 % de rendimiento termodinámico, con un factor de capacidad al 100 %.»

Gersen se puso a trabajar con la regla de cálculo, el intégrafo y la calculadora manual. Averiguó la masa de la fortaleza y la energía necesaria para conseguir

que la fortaleza ascendiera una pendiente de 400 a una velocidad de quince kilómetros por hora. A partir de esta informacion y del factor de capacidad, calculó la gravedad del planeta X: 0,84, lo que implicaba un diámetro de once a doce mil kilómetros.

No estaba mal, pero aún se hallaba lejos de lograr una información definitiva. Gersen volvió a estudiar las instrucciones. Eran extremadamente concretas, sin margen para la improvisación, con catorce bocetos a todo color que mostraban la fortaleza desde todos los ángulos. La fortaleza sería esmaltada con diferentes tonos de negro, marrón oscuro, rosa y azul pastel. Hasta los esmaltes y pigmentos estaban especificados mediante gráficos de reflectancia. Quedaba por indicar una variable: el color de la luz al incidir sobre la superficie del ingenio. Pensativamente, Gersen llamó al especialista en colores de la planta y solicitó una serie de placas esmaltadas de acuerdo con el gráfico.

Mientras esperaba investigó otra idea. Las especificaciones eran tan exactas que sugerían cierto parecido o identificación con una criatura viviente. Una criatura pavorosa, sin duda, pero coherente con la filosofía de Kokor Hekkus. Preparó un resumen de las características de la fortaleza y lo remitió al SCTU. Doce minutos después recibió un informe en que se le comunicaba que ninguna criatura como la descrita había sido localizada en las referencias habituales, bestiarios, monografías o reportajes de expediciones. Muchos mundos poseían criaturas hasta cierto punto similares, lo que era del dominio público. El planeta Idora, Sadal Suud XI, contaba con una serpiente de mar segmentada de nueve metros de longitud; en la Tierra existían varias especies en miniatura; las Tierras Altas de Krokinole albergaban al dañino corretejados. El informe también citaba una curiosa y apropiada referencia de un antiguo volumen de cuentos infantiles. *Leyendas del Viejo Thamber.* Gersen pasó rápidamente la página. El fragmento decía:

«Corre y se desliza, serpentea y culebrea, camina y avanza: ¡ya baja de la montaña sobre sus treinta y seis garras flexibles! ¡Espantoso y horrendo es el paso tranquilo de la criatura, que mide la longitud de doce cadáveres!

- ¡Estamos perdidos! -sollozó la princesa Sozanella-. ¿Sucumbiremos ante el monstruo o nos entregaremos a los horribles duendes de Taddo?

-¡Ten confianza! ¡Aférrate a la esperanza! -suspiró Dantinet-. ¡Pues es el enemigo secular de los duendes! ¡Desvía su negra faz y contempla Taddo! Se yergue para mostrar su estómago azul, el color de la impureza. Los duendes gimen y chillan de espanto, ¡pero ya es demasiado tarde! Y el monstruo los engulle en sus fauces. Ahora nos iremos, atravesaremos las tinieblas y los pasadizos; ¡por una vez, el Horror ha obrado un bien! »

Gersen cerró lentamente el informe. ¡Thamber! Otra referencia al mítico mundo. Xavar Mankinello, el especialista en colores, entró con unas muestras de esmaltes según las indicaciones de Kokor Hekkus. Gersen, mucho más impaciente que de costumbre, las alineó junto a los bocetos de la fortaleza. Había una diferencia evidente. Mankinello se inclinó, preocupado, sobre la mesa de trabajo.

-No hay el menor error. Tomé todas las precauciones necesarias.

-Partiendo de esta base, ¿de qué color debería ser la luz que le daría a estas muestras el mismo color del boceto?

-Las muestras son de un tono más pálido que el boceto -reflexionó Mankinello-. Vayamos al laboratorio.

Una vez allí, Mankinello colocó las muestras bajo un generador de color.

-Imagino que le interesa una incandescencia normal.

-Luz estelar normal. Supongo que viene a ser lo mismo.

-Hay alguna diferencia, debido a las atmósferas estelares, pero puedo preparar sin dificultades una progresión estelar. Empecemos con cuatro mil grados. -Giró una rueda, tocó un interruptor y utilizó un comparador-. Falta poco. -Volvió a tirar la rueda-. Ahí está: cuatro mil trescientos cincuenta grados. -Observó por una mirilla-. Véalo usted mismo.

Gersen miró por la abertura. El color de las muestras era idéntico al del boceto.

-Temperatura del color cuatro mil trescientos cincuenta grados. ¿Clase K?

-Se lo diré con exactitud. -Mankinello consultó una relaciónClase G Ocho.

Gersen tomó las muestras y el boceto y volvió a la habitación que ocupaba como despacho. Los hechos se acumulaban. El planeta en cuestión era una estrella de tipo G8 y tenía una atmósfera de 0,84 G. Las referencias al mundo legendario de Thamber aparecían con peculiar frecuencia... Gersen llamó al SCTU y solicitó que le buscaran las referencias -hipotéticas, ficticias, mitológicas, históricas o las que fueran -para localizar el mundo perdido de Thamber. Media hora más tarde le entregaron una carpeta que contenía varias docenas de extractos, la mayoría carentes de interés. La información más concreta se hallaba incluida en unos versos tradicionales, muy populares en los patios de las escuelas:

Pon rumbo a la vieja Estrella del Perro,

un punto al norte de Achernar;

lleva tu nave hasta el margen extremo,

enfrente la muerte brilla con el resplandor de Thamber.

Sólo la información contenida en los dos primeros versos tenía algo de sentido. Nada más se desprendía del estudio de la fortaleza. Gersen decidió que había llegado a un callejón sin salida. En algún lugar del espacio flotaba un mundo en el que Kokor Hekkus planeaba desembarcar un monstruo de metal. Este mundo podía ser el planeta natal de Alusz Iphigenia Eperje-Tokay, que se valoraba a sí misma en diez mil millones de UCL. Este mundo podía ser el Thamber de los mitos. Pero no había forma de saberlo.

Myron Patch apareció en el umbral de la puerta. Su cara redonda estaba tensa y demacrada. Miró un momento a Gersen y luego dijo con voz estentórea:

- Seuman Otwal está aquí.

7

Del prefacio a *Una concisa historia del Oikumene,* de Albert B. Hall:

«La evolución humana... nunca ha avanzado de una manera escalonada, sino en impulsos cíclicos que, desde la perspectiva histórica, parecen casi convulsivos. Las tribus se mezclan y se funden para crear una raza; luego llega un tiempo de separación, migración, aislamiento y diferenciación en nuevas tribus.

»Durante más de mil años, este proceso ha sido el predominante, a medida que la raza humana ha profundizado en la conquista del espacio. El aislamiento, las condiciones especiales y la endogamia han dado lugar a docenas de nuevos subtipos raciales. Pero ahora el estancamiento se ha apoderado del Oikumene y parece que el péndulo está a punto de volver atrás.

»¡Pero sólo en el Oikumene! La gente sigue abriendo fronteras, siempre hacia adelante. Nunca ha sido más fácil aislarse, nunca la libertad personal ha resultado tan barata.

»¿Cuáles son las posibilidades? Cualquier opinión es buena. El Oikumene puede verse forzado a expandirse. Otros Oikumenes pueden llegar a existir. Es concebible que los hombres se tropiecen con otra raza, ya que hay abundantes evidencias de que otros pueblos han viajado por el espacio antes que nosotros; cómo y por qué han desaparecido, nadie lo sabe.»

-¿Dónde está Seuman Otwal? -preguntó Gersen -. ¿En la tienda?

-No, en Patris. Intrigado por el mensaje que dejé. -La expresión de Patch se hizo acusadora-. No supe qué decir... Rebajarse a charlar educadamente con un hombre que te ha traicionado... Tragarse la bilis...

-¿Qué le dijo?

-¿Qué podía decirle? La verdad. Que estábamos intentando modificar la fortaleza.

-¿Estábamos?

-Me refería, por supuesto, a la Compañía de Construcciones y Obras de Ingeniería Patch.

-¿Pareció interesado?

-Afirmó que tenía nuevas instrucciones de sus superiores -asintió Patch con un gesto brusco-. Volverá en breve.

Gersen se sentó a pensar. Seuman Otwal podía ser o no alguna de las numerosas identidades de Kokor Hekkus; Kokor Hekkus podía o no sospechar que el comadreja de Skouse era Kirth Gersen. Se puso en pie.

-Cuando Seuman Otwal venga, recíbalo en su despacho. Preséntеme como... como Howard Wall, administrador de la planta, ingeniero jefe o algo por el estilo. No se sorprenda por nada de lo que diga... O si percibe algún cambio en mi apariencia.

Patch asintió con resignación y se marchó. Gersen fue a los aseos principales, donde el encargado le ofreció una selección de tinturas para la piel. Se decidió por

una combinación exótica -marrón purpúreo con verde brillante - que transformó su color. Luego se hizo la raya en medio del pelo y se peinó de forma que le cayera sobre las mejillas, al estilo de los *connoisseurs* cabellosblancos. Como no se había cambiado de ropas para completar la transformación, se puso una bata de laboratorio. Todavía no satisfecho, se colgó unos pendientes de oro afiligranados en las orejas, junto con una pulsera nasal que había olvidado uno de los ingenieros más atrevidos de Patch. Gersen apenas se reconoció ante el espejo, ataviado y enjoyado de manera tan espectacular.

Atravesó el pasillo en dirección a la oficina de Patch. La recepcionista le miró asombrada; Gersen pasó junto a ella y entró en el despacho. Éste levantó la vista, la sorpresa pintada en el semblante, y ocultó precipitadamente el arma que estaba inspeccionando. Se levantó e hinchó los carrillos.

-¿Sí? ¿Qué desea?

-Soy Howard Wall -dijo Gersen.

-¿Howard Wall? -Patch enarcó las cejas-. ¿Le conozco? Su nombre me es familiar.

-No me extraña. Se lo mencioné hace sólo unos minutos.

-Oh, Gersen. Vaya. -Patch carraspeó-. Me ha dado un buen susto. ¿A qué vienen esos oropeles?

-Seuman Otwal. No me conoce, y no quiero que llegue a hacerlo.

-No me gusta tratar con criminales. -El rostro de Patch se ensombreció -. Repercute en el buen nombre de Patch, que es nuestro capital mas valioso.

Gersen ignoró los reproches de su socio.

-No lo olvide. Soy Howard Wall, su administrador.

-Como quiera -replicó Patch con dignidad.

Cinco minutos después, la recepcionista anunció a Seuman Otwal. Gersen abrió la puerta. Seuman Otwal entró con aires de suficiencia. Llevaba la piel teñida de dos tonos, bermejo y negro; su nariz era larga y ganchuda, la mandíbula afilada y la barbilla puntiaguda; de sus orejas colgaban unos grandes pendientes de azabache y nácar que daban a su cabeza una apariencia ósea y aplastada. Gersen trató de proyectar sobre él la imagen del hombre al que había hecho frente en el Final de Bissom. ¿Se parecían? Probablemente. Las características físicas de Otwal eran similares, pero no así los rasgos faciales. Gersen había oído hablar de transformaciones en la piel, pero aquí había algo más que mejillas rellenadas o narices achatadas... Seuman Otwal dedicó una mirada inquisitiva a Gersen y luego fijó su atención en Patch, que se había levantado de su silla sin demasiado convencimiento.

-Mi administrador. Howard Wall.

-Su volumen de clientes ha debido incrementarse.

-No había otro remedio -gruñó Patch-. Alguien tenía que cuidar de mis negocios mientras estuve ausente. Debo darle las gracias por sus desvelos, señor Otwal.

-Un asunto sin importancia. -Otwal hizo un gesto displicente-. Mi patrón tiene sus manías; no es desagradecido, lo que pasa es que exige primera calidad a cambio de sus remuneraciones. ¿Sabe el señor Wall a quién represento?

-Ciertamente. Considera indispensable la discreción.

Gersen asintió con el debido grado de solemnidad.

-Muy bien, señor Patch. -Seuman Otwal se encogió de hombros con delicadeza-. Lo acepto. ¿Y ahora?

Patch señaló con el pulgar a Gersen con cierta brusquedad y habló con un tono cargado de ironía:

-El señor Wall conoce la naturaleza de nuestras anteriores dificultades y tiene nuevas ideas.

Otwal no parecía percibir la falta de entusiasmo de Patch.

-Estaré encantado de escucharle.

-Una cuestión antes que nada -dijo Gersen-. ¿La parte que usted representa se halla interesada todavía en el aparato especificado en el antiguo contrato?

-Sí, en el caso de que se cumplan las condiciones estipuladas. A mi patrón le desagradó notablemente el torpe movimiento de la primera versión. Las patas presentaban un lamentable efecto de tijeras angulares.

- ¿Era ésa la única dificultad? -preguntó Gersen.

-Era la más importante. Es de suponer que el objeto se construyó con los bien conocidos niveles de calidad de la firma Patch.

- ¡Por supuesto! -afirmó Patch.

-En tal caso, la dificultad ya no existe -dijo Gersen-. El señor Patch y yo hemos ideado un sistema para programar el movimiento de laspatas.

-Si es así, y si el sistema satisface nuestras exigencias, no cabe duda de que son buenas noticias.

-Hemos examinado con sumo detenimiento la cuestión de la compensación. Hablo, por supuesto, en nombre del señor Patch. Quiere la suma total del contrato primitivo, más el coste de las modificaciones y el porcentaje de beneficios habitual.

-Menos, por supuesto, la cantidad que se entregó por adelantado, cuatrocientos veintisiete mil seiscientos ochenta y cinco UCL, según creo recordar.

-Hay que sumar gastos adicionales -recalcó Gersen-, hasta un total de cuatrocientos treinta y siete mil seiscientos ochenta y cinco UCL que deben incluirse en la factura definitiva. -Otwal inició una tímida protesta, pero Gersen levantó la mano-. Este punto es innegociable. Estamos en disposición de entregar el ingenio previo pago, como ya he señalado. Por supuesto, si la persona que

usted representa desea plantear alguna objeción, estaremos encantados en atenderle.

-No importa, acepto el trato. Mi superior aguarda con impaciencia la entrega.

-De todas formas, sin ánimo de ofenderle, preferiríamos ultimar la transacción con su superior, en orden a evitar cualquier malentendido.

-Imposible. Asuntos importantes le retienen en otra parte. Pero ¿por qué discutir sobre pequeñeces? Me han sido otorgados plenos poderes para actuar en su representación.

Patch empezó a agitarse visiblemente; sus prerrogativas estaban siendo asumidas sin miramientos por esta especie de socio, cuya única contribución a Construcciones y Obras de Ingeniería Patch había consistido en pagar el rescate a Intercambio. Gersen vigilaba con un ojo a Patch y con el otro a Otwal, incapaz de predecir sus reacciones.

-De acuerdo -dijo Gersen-. Pero necesitamos otro adelanto en metálico... digamos medio millón de UCL.

-¡Imposible! -explotó Otwal- Mi superior está comprometido en una empresa a la que debemos dedicar nuestros recursos.

-Primero me paga, después... -se encolerizó Patch.

-Pongamos que el ingenio se halla terminado y preparado para la entrega -terció Gersen-; ¿quien nos asegura que recuperaremos nuestro dinero?

-Les doy mi palabra -dijo Otwal.

¡Bah! - ladró Patch -. ¡No es suficiente! Ya me engañó una vez, y lo volvería a hacer si le diera la oportunidad.

-En el caso hipotético -Otwal se dirigió a Gersen con expresión dolorida - de que incumpliéramos nuestras obligaciones (una especulación ridícula) bastaría con paralizar la entrega, así de sencillo.

-¿Y qué haríamos entonces con una fortaleza de treinta y seis patas? -preguntó Gersen -. No. Nos vemos en la obligación de insistir en que se nos pague ahora un tercio del total, otro tercio cuando se verifique el correcto movimiento de las patas, y el último en el momento de la entrega.

- Creo que deberían pagar por daños y perjuicios -murmuró Patch-. Diez mil no es bastante. Cien mil, tal vez doscientos mil. Mis sufrimientos, mis incomodidades...

Continuaron las discrepancias. Otwal pidió detalles sobre el nuevo movimiento de las patas. Gersen replicó en términos difusos:

- Utilizaremos miembros flexibles en la forma que precisan las instrucciones. Funcionan mediante tubos hidráulicos de una variedad especial, controlados por modulaciones eléctricas de infinito alcance.

-Sería muy fácil para nosotros trasladar nuestros negocios a otra firma... pero el factor tiempo es esencial. ¿En qué plazo nos garantizan la entrega? Habrá una cláusula de penalización en el nuevo contrato: ya nos hemos retrasado bastante.

La disputa se reanudó, y en un momento dado Patch se levantó de un salto y se inclinó sobre la mesa apretando los puños; pero Otwal se limitó a desviar la vista con desdén.

Finalmente se llegó a un acuerdo. Otwal insistió en ver la fortaleza a medio terminar. Patch, muy a pesar suyo, abrió la marcha, mientras Gersen se situaba detrás de Otwal. Mientras caminaba, Gersen estudió el porte de Otwal: el paso seguro y ágil de una pantera, anchas espaldas, cintura estrecha... muy parecido a Billy Windle, pero también a millones de otros hombres activos y fornidos.

Otwal se quedó sorprendido de encontrar a los técnicos concentrados en el trabajo. Se volvió hacia Gersen con una mueca de desagrado.

- ¿Se anticipó a que yo diera la conformidad?

-Desde luego... después de conseguir el trato más ventajoso posible.

- Una correcta apreciación de la situación -rió Otwal-. Es usted un hombre inteligente, señor Wall. ¿Ha estado alguna vez en Más Allá?

-Nunca. Soy ortodoxo y prudente.

-Extraño -dijo Seuman Otwal-. Hay un cierto aire, casi una emanación, que se desprende de aquellos que han ido a Más Allá. Creí notarlo en usted. Claro que no siempre mis suposiciones son correctas. -Volvió a contemplar la fortaleza-. Bien, todo parece que está en orden, excepto el acabado externo.

-Para satisfacer nuestra curiosidad -dijo Gersen - tal vez nos podría explicar su propósito fundamental.

-Por supuesto. Mi superior pasa largas temporadas en un remoto planeta habitado por bárbaros, que le hostigan con insistencia cada vez que desea trasladarse a otro lugar. La fortaleza le proporcionará seguridad.

- ¿Así que la fortaleza es de naturaleza puramente defensiva?

-Exacto. Mi superior es un hombre muy calumniado, pero yo le encuentro razonable en grado sumo. Es osado, emprendedor, incluso temerario, y el más imaginativo de los hombres... pero razonable en todos los aspectos.

-Deduzco que hace un uso imaginativo de la fuerza que inspira el terror.

-Es mucho mejor provocar el temor a una acción brutal que llevarla a cabo, ¿no cree?

- Es posible, pero tengo la impresión de que es un hombre obsesionado por la noción abstracta de terror ha de experimentar toda clase de terrores incontrolados.

-No se me había ocurrido -dijo asombrado Otwal-, pero creo que comparto su opinión. Un hombre enérgico vive cien vidas; experimenta alegrías, tristezas, éxitos, desazones y, sí, terrores, mucho más que un hombre vulgar. Goza enormemente, sufre enormemente, se asusta enormemente, pero nunca haría las cosas de manera diferente.

- ¿Cuál considera usted que es su temor supremo?

-No es ningún secreto: la muerte. Es lo único que teme... y, de hecho, ha tomado extravagantes medidas para evitarla.

-Habla con gran autoridad -musitó Gersen-. ¿Conoce bien a Kokor Hekkus?

-Tanto como cualquiera. Y, por supuesto, yo también soy un hombre imaginativo a mi modo.

-Y yo -comentó Patch-, pero no resuelvo mis problemas financieros a través de Intercambio.

-Un triste episodio que sugiero relegar al pasado y olvidarlo para siempre -dijo tranquilamente Otwal.

-A usted le resulta fácil decirlo -se lamentó Patch-. No estuvo encarcelado y apartado de sus negocios durante dos meses.

Volvieron al despacho donde Otwal, con cierta tristeza, extendió un cheque por valor de medio millón de UCL; luego, más animado, se marchó. Gersen se dirigió de inmediato a la delegación del Banco de Rfgel, donde comprobaron el cheque y lo ingresaron en la cuenta de Construcciones Patch.

Cuando regresó al taller encontró a Patch de muy mal humor. Quería que Gersen se adelantara a Otwal y que renunciara a su parte de la empresa, pero Gersen se negó. Patch murmuró algo acerca de acuerdos negociados bajo presión, y habló de cerrar el taller hasta que la ley se hiciera cargo de la situación. Gersen se rió.

-No puede cerrar el negocio, puesto que yo lo controlo.

-No me di cuenta de que trataba con ladrones y asesinos. No me di cuenta de que mancharía el buen nombre de Construcciones Patch. ¡Monstruos! ¡Criminales! ¡Terroristas! ¡Ladrones! ¡Bandidos! ¿Qué será de mí?

-A su debido tiempo recuperará el taller -le consoló Gersen-. Y no lo olvide... Construcciones Patch obtendrá grandes beneficios.

- A menos que sea secuestrado y llevado a Intercambio de nuevo. No espero nada mejor.

Gersen maldijo en voz baja, y Patch abrió los ojos de asombro al ver que Gersen daba señales de emocionarse.

-¿Cuál es el problema?

-Algo que descuidé, algo que nunca me paré a pensar.

-¿Qué es?

-Tendría que haberle colocado un micrófono a Seuman Otwal... O hacerle seguir.

-¿Por qué preocuparse? Reside en el hotel Halkshire. Vaya a buscarle allí.

-Sí, claro.

Gersen fue al videófono y llamó a la recepción del Halkshire. Le informaron de que el señor Otwal no se hallaba en el hotel en ese momento, pero que podía dejar el mensaje.

-Un tipo suspicaz -le dijo Gersen a Patch-. Probablemente habría descubierto el micrófono.

Patch estudiaba a Gersen con una nueva e intensa expresión.

-Siempre lo supe.

-¿El qué?

-Usted es un agente Ipsy.

-Sólo soy Kirth Gersen -rió éste.

-Entonces, ¿cómo podría procurarse un equipo de seguimiento si no es policía o Ipsy?

-Eso no es problema si conoce a la gente adecuada. Volvamos a nuestro monstruo.

Seuman Otwal llamó al día siguiente para anunciar que abandonaba el planeta. Volvería en un par de meses con la esperanza de comprobar progresos sustanciales.

Los periódicos de la mañana posterior a ese día traían noticias sensacionales. Cinco de las más ricas familias de Cumberiand habían sufrido el rapto de uno o más de sus miembros en el transcurso de la noche.

-Ésos eran los negocios de Seuman Otwal en Krokinole -comentó Gersen.

La fortaleza progresaba con satisfactoria rapidez…, hecho que complacía a Patch pero que preocupaba a Gersen, tanto si Seuman Otwal era Kokor Hekkus como si no. En este último caso, ¿cómo podría obligarle a revelar el escondrijo de Kokor Hekkus? La única esperanza de Gersen era que Kokor Hekkus en persona visitara el taller. Si no... Gersen jugaba con la idea de introducir una cápsula secreta en la fortaleza y ocultarse en ella, pero la rechazó: la fortaleza era demasiado pequeña... ¿Podría apañárselas para acompañarles como instructor o experto? Si la fortaleza, en efecto, era enviada a Thamber, se encontraría exiliado de por vida o convertido en esclavo.

Una nueva idea le vino a la mente. Durante unos cuantos días tomó las medidas necesarias para llevarla a cabo. Los impulsos que controlaban el mecanismo motriz de la fortaleza eran enviados a través de un conducto dorsal, que se ramificaba a derecha e izquierda y conectaba con los relés de cada segmento. En el punto en que el conducto llegaba a la cabeza, Gersen colocó un interruptor de bloqueo, activado por células situadas a cada lado de ella. Si el gas de su interior era ionizado -por el impacto de un rayo de proyector, pongamos por caso - la electricidad que fluiría de las células activaría el interruptor e inmovilizaría la fortaleza durante al menos diez minutos.

Se esmaltó la superficie de la fortaleza. Los mecanismos y circuitos fueron comprobados y ajustados, el movimiento de las patas ensayado con varios tipos de velocidad. Finalmente, la fortaleza quedó terminada a satisfacción de los técnicos. De madrugada, la cubrieron con lonas y la sacaron a la calle para que fuera amarrada a un helicóptero y transportada a un área desierta de los Páramos

de Bize Parish, donde se efectuarían algunas pruebas. Patch se sentó con orgullo a los controles y Gersen lo hizo detrás suyo. La fortaleza evolucionó airosamente sobre el terreno escabroso sembrado de arbustos y subió colinas sin vacilar. Se observaron y anotaron pequeñas deficiencias. Pocos minutos antes de mediodía la fortaleza remontó la cumbre de una montaña poco elevada e irrumpió en el campamento de la Asociación para la Vida Natural. Cien amantes de la naturaleza dejaron de comer, levantaron la vista, emitieron simultáneos chillidos de terror y huyeron colina abajo.

-Otro éxito -dijo Gersen-. Ahora sí que podemos garantizar a Kokor Hekkus un óptimo grado de terror, con toda seguridad.

Patch detuvo la fortaleza, la hizo girar y volvió por el camino de ¡da. Al anochecer estaba otra vez cubierta de lonas y custodiada en el taller.

Como si poseyera el don de la clarividencia, Seuman Otwal telefoneó al día siguiente para interesarse por el progreso del ingenio. Patch le aseguró que todo iba bien; que si ése era su deseo podía efectuar una prueba en cuanto quisiera. Otwal accedió. Se cubrió de nuevo la fortaleza, la trasladaron al exterior aprovechando la oscuridad y se dirigieron a los páramos próximos a los Pináculos de Cristal. Otwal siguió sus evoluciones desde un vehículo aéreo.

Gersen, con la piel teñida de dos tonos y enjoyado con sus adornos a la moda, tomó los controles y maniobró la fortaleza con gran aplomo arriba y abajo de las estribaciones.

Las armas no habían sido instaladas, según los términos del contrato; sin embargo, los depósitos de gas y las llamadas glándulas odoríferas estaban cargadas de gas humeante y agua coloreada. Fueron arrojados y disparados con precisión y exactitud. Otwal se posó en tierra y se hizo cargo de los controles. Habló muy poco, pero su actitud indicaba aprobación. Patch, también silencioso, se congratulaba interiormente de que la odisea pronto llegaría a su fin.

Al anochecer, la fortaleza fue transportada a Patris. Otwal, Patch y Gersen se reunieron en el despacho del segundo. Otwal paseaba sin cesar, como acosado por alguna preocupación.

-La fortaleza parece funcionar a la perfección, pero, para ser franco, considero el precio excesivo. Recomendaré a mi superior que inspeccione el mecanismo sólo si se reduce el precio a una cifra racional y razonable.

- ¿Cómo? -rugió Patch, enrojecido de cólera-. ¿Se atreve a decir semejante barbaridad? Después de todo lo que he sufrido, de todo lo que hemos hecho para fabricar esa cosa abominable...

Otwal miró a Patch con frialdad.

-De nada sirve vociferar. Ya he explicado mi...

- ¡La respuesta es no! ¡Salga de mi vista! ¡No vuelva sin traer hasta la última moneda que nos debe! -Patch dio unos pasos adelante-. ¡Fuera de aquí, o yo mismo le echaré! Nada podría darme más satisfacción. De hecho... -aferró a Otwal por un hombro y le sacudió.

Otwal se tambaleó y sonrió con serenidad a Gersen, como divertido por la ferocidad juguetona de un cachorro. Patch le dio otro estirón. Otwal se movió velozmente y arrojó a Patch al otro extremo de la habitación. Se golpeó la cabeza contra su escritorio y cayó al suelo. Otwal se volvió hacia Gersen.

-¿Y usted? ¿Quiere probar suerte?

-Sólo quiero cumplir el contrato. Traiga a su superior para una inspección final. Si está satisfecho procederemos a la entrega. Bajo ninguna circunstancia rebajaremos el precio; de hecho, a partir de este mismo momento empiezan a contar los intereses que añadiremos a la cantidad adeudada.

Seuman Otwal lanzó una carcajada y miró a Patch, que trataba de sentarse.

-Adopta una postura de firmeza. Dadas las circunstancias, yo debería hacer lo mismo. Muy bien; me veo forzado a aceptar. ¿Cuándo puede ser entregada la fortaleza?

-De acuerdo con los términos de nuestro contrato, tenemos que envolverla en espuma, embalarla y trasladarla al espaciopuerto... cuestión de tres días después de su aceptación y el pago.

Seuman Otwal se inclinó.

-Muy bien. Trataré de comunicarme con mi superior, hecho lo cual les entregaré la notificación por escrito.

-Creo que se impone un segundo pago -dijo Gersen.

Patch se daba masajes en la cabeza, sin dejar de mirar con odio a Seuman Otwal.

-¿Por qué tanta prisa? Dejemos estos aburridos asuntos de negocios para más tarde.

-¿Para qué sirve un contrato si no se tiene la intención de respetar las cláusulas? -preguntó Gersen.

Patch rodeó su escritorio con aire decidido, arrastrando los pies. Gersen se movió con velocidad y cogió el proyector del cajón semiabierto. Otwal rió con indiferencia.

-Acaba de salvarle la vida.

-Acabo de salvar nuestro segundo pago -rectificó Gersen-, ya que me habría visto obligado a matarle a usted también.

-No importa, no importa. No hablemos de la muerte, es horrible pensar en la no existencia. Usted quiere su dinero; un tipo tozudo. Otro medio millón, ¿no es cierto?

-Correcto. Y un pago final de... -Gersen consultó sus notas - de seiscientos ochenta y un mil cuatrocientos noventa UCL, que saldará la cuenta con Construcciones Patch.

-Tendré que hacer algunos preparativos. -Otwal paseó lentamente de un lado a otro del despacho-. ¿Tres días para embalar, dice usted?

- Nos parece un período razonable.

-Demasiado largo. Lo vamos a simplificar. Cubran la fortaleza con brea; a medianoche sáquenla a la calle. Un transporte de mudanzas la recogerá y trasladará a nuestra nave de carga, lo que es, por cierto, muy conveniente.

-Hay una dificultad. Los bancos estarán cerrados y su cheque no podrá ser conformado.

-Traeré el dinero en metálico: el segundo y el tercer pago.

A Gersen le importaba un bledo el dinero, pero le parecía importante que Seuman Otwal no estafara por segunda vez a Construcciones Patch. Se esforzó para contemplar la situación desde una perspectiva más amplia.

-¿Qué pasa con su superior? -preguntó con cautela.

-Ya me las arreglaré con él. -Otwal hizo un gesto de impaciencia -. Está ocupado en otra parte y me ha otorgado plenos poderes. Vamos, ¿qué dice usted?

Gersen sonrió amargamente. ¿Era este hombre con cara de halcón Kokor Hekkus... o no? A veces daba la impresión que sí, y al siguiente instante que no.

-Una cosa más -contemporizó Gersen-, respecto al servicio. ¿Desean que les proporcionemos un experto?

-Se lo notificaremos si fuera necesario. Pero, después de todo, tenemos nuestro propio equipo, que se hará responsable del aparato. Creo que no hará falta tal experto.

Patch se levantó bruscamente de su silla.

-Fuera -bisbiseó-, fuera los dos. Criminales, asesinos. Usted también, Wall, o Gersen, tanto da. Ignoro cuál es su juego, pero fuera.

Gersen le dirigió una mirada indiferente, luego le ignoró. Seuman Otwal parecía divertirse.

-Si quiere hacerse cargo de la entrega a medianoche -siguió Gersen-, ingrese en nuestra cuenta bancaria el importe total. No lo queremos en metálico, ni llevarlo encima hasta que los bancos abran. Usted y su superior, por supuesto, son personas de probada integridad, pero es bien sabido que existen canallas y sinvergüenzas. Tan pronto como verifiquemos el depósito podrá hacerse cargo de la fortaleza.

-Será como usted desee -consintió Seuman Otwal después de reflexionar unos segundos. Echó un rápido vistazo a su reloj- Aún hay tiempo. ¿Cuál es su banco?

-El Banco de Rígel, oficina principal del Barrio Viejo de Patris.

-Pregunten dentro de una media hora, más o menos. A medianoche me encargaré de la entrega.

Gersen, recordando quizá demasiado tarde su papel, se volvió hacia Patch.

-¿Da usted su aprobación, señor Patch?

Patch gruñó algo incomprensible que Gersen y Seuman Otwal tomaron por un asentimiento. Otwal hizo una reverencia y se marchó. Gersen miró a Patch; éste desvió la vista. Gersen controló su impulso de darle una buena reprimenda y tomó asiento.

-Tenemos que hacer planes.

- ¿Para qué? Tan pronto como el dinero llegue al banco me propongo comprar su parte de Construcciones Patch, aunque me cueste hasta el último céntimo, y mandarle a la mierda.

-Muestra muy poca gratitud. Por mí podría seguir pudriéndose en una de las celdas de Intercambio.

-Usted pagó mi rescate -asintió amargamente Patch-, por razones que sólo usted conoce. No tengo ni idea de cuáles son sus propósitos, pero no tienen nada que ver conmigo. Tan pronto como el dinero llegue al banco compraré su parte; pagaré cualquier suma adicional que me exija, dentro de un orden, y le diré adiós con indescriptible alegría.

-Como desee. No es mi intención quedarme donde no me quieren. En cuanto a la suma adicional. .. digamos medio millón.

-Completamente de acuerdo -suspiró aliviado Patch.

Media hora más tarde, Patch llamó a la delegación local del Banco de Rígel e insertó su tarjeta de crédito en la ranura. Le dijeron que la suma de 1.181.490 UCL había sido ingresada en su cuenta.

-En este caso -dijo Patch-, abran una cuenta a nombre de Kirth Gersen -deletreó el apellido- y depositen en ella la cantidad de quinientos mil UCL.

Terminada la transacción, Patch y Gersen firmaron e imprimieron la huella del pulgar en las cuentas.

-Hágame un recibo -pidió Patch- y destruya nuestro acuerdo de formar la sociedad. -Gersen hizo lo solicitado-. Ahora abandone el edificio y no vuelva nunca.

-Como quiera -replicó Gersen cortésmente-, Nuestra asociación ha sido provechosa. Les deseo mucha prosperidad, a usted y a Construcciones Patch, y le ofrezco un último consejo: después de que la fortaleza sea entregada, cuídese de que no le rapten otra vez.

-No tema por eso. Por algo soy ingeniero e inventor. He diseñado un arnés protector que volará las manos y el rostro de cualquiera que me toque: ¡que tengan cuidado los secuestradores!

8

Dicho favorito de Raffles, ladrón de cajas fuertes aficionado:

Dinero perdido, poco perdido,

honor perdido, mucho perdido,

valor perdido, todo perdido.

La noche de los planetas del Grupo nunca era del todo oscura. Blue Companion hacía las veces de pequeña pero intensa luna para los mundos que giraban en la órbita apropiada; el cielo nocturno de todos los mundos brillaba con el resplandor de al menos varios planetas hermanos.

Krokinole consideraba a Blue Companion como una estrella de la tarde... una situación que persistiría durante otro centenar de años, debido a la vasta circunferencia de las órbitas de todos los planetas del Grupo y el consiguiente escaso movimiento anual: en el caso de Krokinole, 1642 años.

La medianoche de Krokinole era tan oscura como la del resto de los planetas del Grupo. Patris, todavía bajo la influencia del antiguo período de la Prohibición, tenía poco que ofrecer en materia de vida nocturna; las escasas diversiones se concentraban en la Ciudad Nueva, en los restaurantes a orillas del río. La Ciudad Vieja se veía oscura y húmeda desde el estuario envuelto en la bruma. Construcciones Patch era una isla brillante en medio de las tinieblas.

Media hora antes de la medianoche, Gersen se deslizaba sigilosamente por las calles vacías. Hacía rato que Blue Companion se había difuminado en el cielo. La iluminación de la calle consistía en tristes farolas poco numerosas rodeadas por un halo dorado de neblina. El aire olía a ladrillos húmedos, a los muelles del estuario, al barro de las construcciones que se extendían a lo largo del estuario; un tenue hedor a desolación, que caracterizaba a la Ciudad Vieja de Patris. Frente a Construcciones Patch se alzaba una serie de altos edificios rematados por característicos tejados, separados por tenebrosos pasadizos. Gersen se movía de uno a otro de estos oscuros huecos, aproximándose al rectángulo de luz que proyectaban las puertas abiertas del Taller B. Se acercó tanto como consideró oportuno, se apretó contra la pared mohosa, soltó los cierres y las correas que sostenían sus armas y se dispuso a esperar. Iba vestido de negro, y llevaba tinte de piel negro y protectores para los ojos también negros, a fin de ocultar el brillo de su mirada. Se fundió en la noche, completamente inmóvil: una forma siniestra.

El tiempo pasó. En el interior del taller se podía ver el extremo de la fortaleza recubierta de lonas y, de vez en cuando, algún técnico. En una ocasión, la fornida figura de Patch se dibujó en el umbral de la puerta cuando salió a observar el cielo.

Gersen comprobó la hora: faltaban cinco minutos para las doce. Se colocó unas gafas nocturnas en su frente, las deslizó sobre sus ojos y al instante la calle pareció iluminarse, si bien con sombras y tonos irreales, a veces con el claroscuro invertido. Un filtro de mutacromo atenuaba el resplandor del taller, y daba lugar a una mancha oscura. Gersen oteaba el cielo sin ver nada.

Un minuto antes de medianoche Patch volvió a asomarse. Llevaba un par de proyectores alojados en fundas en su cintura, y un micrófono en su garganta hacía suponer que mantenía permanente contacto con la frecuencia de emergencias de la policía. Gersen sonrió: Patch no dejaba nada al azar. Patch entró de nuevo tras examinar el cielo con suspicacia. Pasó otro minuto. Un largo y tétrico toque de sirena procedente del monumento de Mermiana, el coloso femenino sumergido

hasta la rodilla en el agua, indicó la medianoche. En lo alto del cielo apareció la forma de un transporte de mudanzas. Descendió, luego frenó a mitad de camino. Gersen forzó la vista y acarició su rifle lanzagranadas. El transporte debía de estar tripulado por hombres al servicio de Kokor Hekkus; la galaxia se beneficiaría de esas muertes... Pero ¿dónde estaba Kokor Hekkus? Gersen maldijo la duda que le impidió apretar el gatillo.

Un pequeño coche aéreo apareció. Planeó y, transgrediendo las normas de tráfico de Patris, descendió en plena calle, a menos de tres metros del lugar en el que se escondía Gersen. Buscó cobijo en las sombras y se quitó las gafas nocturnas, que sólo servirían para confundirle y estorbarle.

Dos hombres bajaron del coche aéreo. Gersen emitió un gruñido de disgusto. Ninguno de los dos era Seuman Otwal; ninguno podía ser Kokor Hekkus. Ambos eran bajos, robustos y de piel oscura; ambos llevaban pantalones y capuchas negras. Caminaron con rapidez hacia la tienda, observaron el interior, y uno hizo un gesto imperioso. Gersen se colocó de nuevo las gafas nocturnas y examinó el transporte de carga. Permanecía en la misma posición de antes. Gersen levantó sus gafas y dirigió la atención a los dos hombres del coche aéreo. Patch se adelantó con un contoneo truculento y poco convincente. Se detuvo y habló: los dos asintieron brevemente y uno dijo unas palabras en un micrófono.

Patch se dio la vuelta y gesticuló. La fortaleza salió a la calle, las lonas bamboleándose y saltando al compás de las patas. Del cielo bajó el transporte. Gersen espió sus movimientos con la íntima convicción de que los acontecimientos que se habían iniciado en la Esplanada de Avente tocaban a su fin.

Patch entró en la tienda, las manos sobre sus armas. Los dos hombres de negro le ignoraron. Del transporte aéreo bajaron diez cables. Los dos hombres treparon a la parte superior de la fortaleza y ataron los cables alrededor de la zona dorsal. Saltaron a tierra y dieron una sacudida; la fortaleza se elevó y desapareció en la noche. Los dos hombres se apresuraron a subir a su coche sin dedicarle ni una mirada a Patch, vigilante y a punto de sacar sus armas. El coche aéreo se alejó en la oscuridad. La tienda quedó vacía, casi desamparada.

Las puertas del Taller B se cerraron; la calle se veía oscura y desierta. Gersen abandonó su escondite. Se sentía irritado y vencido. ¿Por qué no haber abatido, cuando menos, el coche aéreo y la fortaleza? Kokor Hekkus podría estar a bordo. Y si ése no era el caso, la destrucción de la fortaleza le habría enfurecido y obligado a actuar.

Gersen sabía muy bien por qué no había destruido la fortaleza. La indecisión había agarrotado su dedo. Ansiaba la confrontación final. Kokor Hekkus debía saber por qué moría y quién le mataba. Dispararle en la oscuridad estaba bien, pero no era lo mejor.

¿Cómo y dónde conseguir otra oportunidad? Tal vez a través de Seuman Otwal y el hotel Halkshire. Gersen salió a la calle. Tres sombrías figuras retrocedieron sorprendidas. Una rugió una orden y un haz de intensa luz blanca cegó a Gersen. Buscó sus armas; una de las figuras se abalanzó sobre él y le golpeó el brazo:

otra lanzó sobre su cabeza un largo cable negro, que se enrolló alrededor del cuerpo de Gersen como si estuviera vivo, inmovilizándole el brazo derecho y los muslos. Otro cable rodeó sus piernas. Gersen se tambaleó y cayó. Sus armas pesadas se apretaban contra su costado, pero el cuchillo y el proyector estaban fuera de su alcance.

El hombre de la linterna avanzó y la enfocó en Gersen.

-Muy bien -rió-. Éste es el tipo que tiene el dinero.

Era la voz fría y jovial de Seuman Otwal.

-Se equivoca -dijo Gersen-. Patch compró mi parte.

-Excelente... Por lo tanto, usted tiene dinero.

-Regístrale con cuidado. -La luz se movió más cerca-. Este hombre puede ser peligroso.

Dedos expertos palparon, encontraron y sacaron una daga, un saquito medio lleno de un líquido adormecedor y otros objetos varios que dejaron asombrados a los asaltantes.

-Este tipo es un arsenal ambulante -dijo una voz en tono respetuoso-. No me gustaría enfrentarme a él sin tener ayuda.

-Sí -reflexionó en voz alta Seuman Otwal-, un tipo bastante raro, desde luego, bastante raro... Bien, no importa. El universo está plagado de tipos raros, como todos sabemos. Ahora es nuestro invitado, y no es preciso que nos retrasemos por Patch.

Un vehículo aéreo se materializó al instante, y Gersen fue empujado al interior. La nave despegó en dirección a la noche de Krokinole.

-Es usted un hombre extraño, señor Wall, o comoquiera que se llame. Iba provisto de toda una variedad de armas, como si supiera utilizarlas; supo ocultarse con tanta cautela y paciencia que nosotros, hombres cautelosos y pacientes, no advertimos su presencia; y luego, sin una mirada de reconocimiento, se plantó en medio de la calle como si tal cosa.

-Una decisión lamentable -asintió Gersen.

-El error de partida fue asociarse con Patch (y es inútil negarlo porque estamos informados), cuando resultaba claro que no teníamos la menor intención de pagar la fortaleza a ese engreído. Fue a parar a Intercambio; ahora le toca a usted. Si nos puede devolver cuanto antes nuestro millón seiscientos ochenta y uno mil cuatrocientos noventa UCL, el asunto quedará resuelto rápidamente; de lo contrario... me temo que va a emprender un viaje espacial.

-No tengo tanto dinero. Déjeme que le explique las circunstancias...

-No, me es imposible discutir con usted. Tengo mucho que hacer y poco tiempo. Si carece de dinero, debe proceder mediante los canales habituales.

-¿Intercambio? -preguntó Gersen con una sonrisa glacial.

-Intercambio. Le deseo buena suerte, señor Wall, o como se llame. Ha sido un placer hacer negocios con usted.

Seuman Otwal partió, y Gersen no le volvió a ver, ya que al poco rato fue transferido a otra nave, donde se encontró en la compañía de tres niños, dos muchachas, tres mujeres y un hombre de mediana edad, posiblemente miembros de varias familia acomodadas del Grupo. Transcurrió un lapso de tiempo indeterminado. Comió y durmió muchas veces, hasta que un día la nave se inmovilizó; se produjo la ya familiar pero incómoda espera mientras las atmósferas se igualaban, y luego los pasajeros fueron conducidos por el suelo de Sasani hasta el autobús que cruzaba el desierto hasta Intercambio.

Un funcionario de Intercambio les dio la bienvenida en un pequeño auditorio.

-Damas y caballeros, nos alegramos de tenerles con nosotros, y confiamos en que durante su estancia tratarán de descansar, relajarse y divertirse. Las comodidades de Intercambio son las de un sanatorio: permitimos cierto grado de relaciones sociales, hasta el límite que imponen el decoro y la educación. Estimulamos la práctica de sus aficiones particulares y de algunos deportes, como la natación, ajedrez, kalingo y tenis, el uso de instrumentos musicales y la pintura. No se pueden hacer excursiones, patinar, contemplar las aves, correr la maratón o explorar el fascinante territorio de Sasani. Ofrecemos seis clases de alojamiento que van desde la clase AA de superlujo hasta la E, que es sencilla pero de ninguna manera incómoda. La cocina abarca ocho categorías, correspondientes a las principales variedades gastronómicas de los pueblos del Oikumene. Hay un servicio especial con recargo para las personas acostumbradas a dietas más especializadas. Nos place manifestarles que la comida de Intercambio es, si no sabrosa, cuanto menos nutritiva.

»Nuestras reglas son algo más severas que en otros centros de recreo, y les advierto que subrepticias y solitarias travesías del desierto pueden provocar algunos inconvenientes. En primer lugar, hay numerosos insectos carnívoros. En segundo, es imposible encontrar agua o comida. En tercer lugar, los habitantes autóctonos de Sasani, que abandonan sus madrigueras sólo de noche, son antropófagos. Y finalmente, nos sentimos obligados a proteger los intereses de nuestros clientes, y los individuos que vulneran las reglas (por fortuna escasos) son rápidamente privados de todos los privilegios.

»Ahora voy a distribuirles unos formularios. Indiquen, por favor, la clase de cocina y alojamiento que desean. Observarán una lista de instrucciones. Léanlas atentamente. El personal a su servicio es educado, aunque algo distante. Gozan de buenos sueldos, de modo que no traten de presionarles con propinas. Contemplamos esta tendencia con suspicacia, e investigamos celosamente los motivos de quienes ofrecen tales estímulos.

»Mañana se les permitirá comunicarse con aquellas personas de las que esperan obtener la rescisión de sus honorarios. Eso es todo, muchas gracias.

Gersen examinó los formularios y seleccionó un alojamiento de clase B, lo que le permitiría utilizar las actividades recreativas de la institución y encontrar un poco de intimidad. Había probado la comida de todo el Oikurnene (incluyendo la de

Sandusk, en la tienda de la calle Ard) y tampoco era un hombre muy quisquilloso en este aspecto. Marcó con una señal la categoría «clásica», la cocina de Alphanor, la zona occidental de la Tierra y quizá la de un tercio de la población del Oikumene.

Leyó las *Instrucciones.* Ninguna era sorprendente u ominosa, excepto la 19: «Aquellas personas que continúen residiendo aquí una vez finalizado el período de rescisión y que, por tanto, pasen a la categoría "Disponible", deberán permanecer en sus alojamientos durante la mañana a fin de que puedan ser inspeccionados por visitantes neutrales que pudieran estar interesados en pagar sus primas de rescisión».

En su momento, Gersen fue trasladado a su apartamento, que le pareció bastante confortable. El salón estaba amueblado con un escritorio, una mesa, varias sillas, una alfombra verde y negra y una estantería llena de periódicos. Las paredes eran de color malva salpicado de naranja, y el techo de un bermejo chillón. El cuarto de baño incluía las habituales comodidades, con las paredes, techo y suelo recubiertos de baldosas marrones. La cama era estrecha y austera. Un radiador colgaba del techo como en los anticuados albergues campesinos.

Gersen se bañó, se vistió con las ropas limpias que le habían proporcionado, se acostó sobre la cama y consideró las posibilidades futuras. Primero, era necesario que se liberara de la depresión y el sentimiento de culpabilidad que le angustiaban desde el momento en que la linterna de Seuman Otwal le había deslumbrado. Durante demasiado tiempo se había considerado invulnerable, protegido por el destino... simplemente por la fuerza de sus motivaciones. Quizá era su única superstición: el solipsístico convencimiento de que, uno tras otro, los cinco individuos que habían asolado Monte Agradable morirían a sus manos. Persuadido por su fe. Gersen había reprimido el acto sensato de matar a Seuman Otwal. .. y había sufrido las consecuencias.

Debía modificar su manera de pensar. Su método de abordar el problema había sido complaciente, doctrinario, didáctico. Se había comportado como si el logro de sus ambiciones estuviera preestablecido, como si poseyera poderes sobrenaturales. Un error garrafal, pensó Gersen. Seuman Otwal le había capturado con ridícula facilidad, con ultrajante sencillez; no tuvo más que arrojarle al interior de una nave con el resto del equipo. Gersen mortificaba su autoestima, jamás había comprendido cuán grande era su vanidad. Muy bien, se dijo: si los elementos básicos de su naturaleza eran la inventiva y el individualismo, ya era hora de poner estos atributos en juego.

Menos enojado (de hecho, algo divertido con su propia seriedad), estudió la situación. Mañana podía notificar a Patch su problema, aunque no tenía mucho que ganar con esto. Gersen conservaba en su poder el medio millón pagado por Patch -dinero que anteriormente le había facilitado Duschane Audmar- y tal vez unos setenta u ochenta mil de la herencia del abuelo. Su tarifa de rescisión sobrepasaba en un millón de UCL esta cantidad, una suma que se hallaba fuera de su alcance.

Si Kokor Hekkus, o Seuman Otwal -¿el mismo hombre? - llegaban al convencimiento de que Patch y él habían disuelto la asociación, intentarían secuestrar de nuevo a Patch y rebajarían el rescate de Gersen a la cantidad percibida tras liquidar la sociedad. Pero Patch, si era listo, se cuidaría de ponerse fuera de la circulación. Gersen permanecería en Intercambio meses, o quizá años. Con el tiempo, las tarifas de Intercambio empezarían a trabajar en contra de los intereses del patrocinador; la tarifa de rescate bajaría en picado. En cuanto se cotizara, en medio millón, Gersen compraría su propia libertad, a menos que un comprador independiente le considerara más valioso; una circunstancia nada deseable.

En efecto, Gersen fue confinado en Intercambio por tiempo indefinido.

¿Cómo escapar? Gersen no tenía noticias de que se hubiera producido alguna fuga de Intercambio. Si una persona trataba de eludir la vigilancia de los guardias y el riguroso sistema de alarmas, confidentes y campos sensores. ¿adónde podía ir? El desierto era fatal de día, no digamos de noche. Armas automáticas disparaban contra las naves que atravesaban el área. Nadie abandonaba Intercambio. a no ser muerto o mediante el pago del rescate. Gersen se puso a pensar en Alusz Iphigenia Eperje-Tokay, la chica de Thamber. Su rescate estaba valorado en diez mil millones de UCL, una suma fantástica: ¿cuánto le faltaría a Kokor Hekkus para alcanzarla? ¡Sería de lo más gratificante pagar el rescate de Alusz Iphigenia ante las mismas narices de Kokor Hekkus! Un sueño propio de un visionario que no podía ni pagar el suyo, mucho más modesto.

Sonó un gong anunciando la cena. Gersen se dirigió al área que le habían designado a través de un paseo flanqueado por tapias blanqueadas y rematadas con franjas de vidrio entrelazadas, omnipresentes en las avenidas y calles de Intercambio. Los huéspedes comían en pequeñas mesas individuales y se servían de un carrito que pasaba de un lado a otro. El comedor era una habitación de techo alto pintada austeramente de gris. Una atmósfera similar a la de un presidio reinaba en la pieza, contrariamente a lo que sucedía en el resto de Intercambio; Gersen no podía identificar su origen, aunque contribuían a intensificarla la soledad de los comensales y la ausencia de conversaciones o bromas entre las mesas. La comida era sintética, de un color desagradable, no demasiado bien preparada ni muy abundante. Incluso Gersen, que no le concedía gran importancia a la comida, la encontró poco apetitosa. Si ésta era la cocina de clase B, trató de imaginarse cómo sería la de clase E. Quizá no muy diferente.

Después de cenar llegó la llamada hora social, en un ancho recinto protegido contra el viento nocturno, cargado de polvo, de Sasani. Aquí se reunían todos los huéspedes de Intercambio tras la cena, azuzados por el aburrimiento y la curiosidad; ¿quién había llegado, quién se había ido? Gersen firmó una nota en el quiosco central a cambio de una cerveza, cogió el vaso de papel y se sentó en un banco. Había unas doscientas personas a la vista: gente de todas las edades y razas. Algunos paseaban, otros jugaban al ajedrez, unos pocos conversaban, otros le imitaban y se sentaban a beber en silencio. Había pocos ánimos de hacer amistades; la expresión de los rostros era casi idéntica: una tibia animosidad hacia Intercambio y todo lo relacionado con él, incluyendo a los demás huéspedes.

Hasta los niños parecían afectados por la tristeza general, aunque mostraban mayor disposición a formar grupos. Gersen contó unas veinte jóvenes, aún más reservadas, hurañas e indignadas que el resto. Las examinó con curiosidad: ¿cuál era Alusz Iphigenia? Si Kokor Hekkus ansiaba poseerla, debía de ser extraordinariamente bella; ninguna de las presentes parecía reunir los requisitos. Una chica alta de llamativo pelo rojo se contemplaba con melancolía sus largos dedos, cada uno rodeado por una banda de metal negro, que la identificaba como una eginanda de Copus. Más allá, una muchacha de piel oscura bebía vino. Era bastante atractiva, pero no hasta el extremo de valorarla en diez mil millones de UCL.

Había otras, pero todas parecían demasiado mayores o demasiado jóvenes, sin una belleza particular... como la de la chica que se sentaba en el extremo opuesto de su banco, que acaso congregaba en su persona las características exigidas por Kokor Hekkus. Era de piel pálida, veteada de un marfil crepuscular. Tenía unos brillantes ojos grises y facciones regulares. Llevaba el pelo rubio peinado en melena: en pocas palabras, no carecía de atractivo, pero diez mil millones de UCL por su rescate serían excesivos. Gersen no se habría fijado en ella por segunda vez de no ser por la insolente postUra de la cabeza, por la mirada que destilaba una fría inteligencia... Pero no, salvo sus ojos brillantes y las facciones regulares, todo en ella era demasiado corriente, demasiado vulgar... El empleado que había atendido a Gersen en su visita anterior cruzó el recinto sin mirar a ningún lado. ¿Cómo se llamaba? Armand Koshiel. El malhumor de Gersen aumentó... El período social llegó a su fin. Los huéspedes marcharon a sus respectivos aposentos.

El desayuno -té, bollos y mermelada - fue servido directamente en el apartamento, tras lo cual Gersen fue conducido al edificio que albergaba las dependencias administrativas. Allí se reunió con varias de las personas con las que había llegado a Intercambio.

Al cabo de pocos minutos le llamaron por su nombre. Entró en el despacho ocupado por un empleado de aspecto hostil, que le dedicó un saludo glacial y un discurso bien ensayado:

-Señor Wall, siéntese, por favor. Desde su punto de vista su presencia aquí constituye una desgracia; desde el nuestro, usted es un huésped al que se debe tratar con cortesía y dignidad. Estamos ansiosos de demostrar el porqué de nuestro prestigio, y tomaremos todas las medidas encaminadas a este propósito. Usted se halla aquí patrocinado por el señor Kokor Hekkus. Solicita la cantidad de millón seiscientos ochenta y un mil cuatrocientos noventa UCL, y le voy a preguntar ahora cómo piensa usted reunirla.

Esperó con expectación.

-Me gustaría saberlo. No puede ser más absurda y alejada de la reafidad.

-Muchos de nuestros huéspedes consideran sus tarifas excesivas. Como sabrá, no controlamos las tarifas exigidas; sólo podemos aconsejar moderación al patrocinador, y una actitud cooperativa al huésped. Ahora... ¿puede conseguir usted esta suma?

-No.

-¿Tiene familiares?

-Ya no.

- ¿Amigos?

-No tengo amigos.

-¿Socios en algún negocio?

-Ninguno.

-Entonces -suspiró el empleado - deberá permanecer aquí hasta que ocurra alguna de estas alternativas: el patrocinador puede rebajar sus exigencias a una cifra asequible. Quince días después de la fecha límite señalada para que sus allegados hayan tenido la oportunidad de rescatarle, usted pasa a la situación de «disponible», y la prima puede ser pagada por cualquiera, que le recibe en custodia. Después de un cierto período, a menos que siga pagando la pensión completa, nos veríamos forzados a trasladar la custodia a un visitante neutral que saldara las deudas. ¿Qué me dice?

-No puedo reunir esa cifra. No tengo nadie a quien dirigirme.

-Haremos cuanto esté en nuestras manos para interceder ante su patrocinador. ¿Le importa decirme la cantidad máxima que podría pagar?

-Alrededor de medio millón -dijo Gersen a regañadientes.

-Informaré a su patrocinador. Entretanto, señor Wall, confío en que no encuentre su visita demasiado desagradable.

-Gracias.

Condujeron a Gersen a su apartamento, y casi en seguida al comedor.

Durante la tarde disfrutó de las diversiones que Intercambio puso a su disposición. Podía elegir entre deportes menores, juegos y bricolage. Se ejercitó en un gimnasio y nadó tinas piscinas. La única alternativa era quedarse en su apartamento. Visitar los aposentos de otros huéspedes estaba prohibido.

Pasaron varios días. La falta de actividad ponía a Gersen en tensión. Hacer ejercicios de gimnasia era su única manera de relajarse. Empezó a considerar las posibilidades de fugarse. Parecía imposible; no había ningún punto débil en el sólido engranaje de Intercambio.

Durante la hora social del tercer día, Gersen casi tropezó con Armand Koshiel. Éste murmuró una cortés disculpa y se hizo a un lado; luego le dedicó una mirada de asombro.

-Las condiciones se han alterado desde la última vez que nos vimos -dijo Gersen con una mueca de amargura.

-Ya veo. Le recuerdo bien. ¿No es el señor Gassoon? ¿El señor Grisson?

-Wall, Howard Wall.

-Claro, el señor Wall. -Koshiel sacudió la cabeza como aturdido-. El destino es caprichoso. Bien, ahora, señor, debo marcharme. No nos está permitido charlar con los huéspedes.

-Dígame una cosa. ¿Está muy cerca Kokor Hekkus de conseguir los diez mil millones de UCL?

-Va progresando, se acerca cada vez más, según he oído decir. Todos aquí estamos interesados; es el rescate más grande que se ha pedido nunca.

Gersen sintió una punzada irracional de cólera... o tal vez de celos.

-¿Suele venir la mujer al recinto?

-La vi en una ocasión.

Koshiel hacía visibles esfuerzos por alejarse.

-¿Qué aspecto tiene?

Koshiel frunció las cejas y miró con disimulo a su alrededor.

- Muy distinto de¡ que usted imagina. No es un tipo despampanante. ya me entiende. Por favor, señor Wall, le ruego me disculpe, pero debo irme o me sancionarán.

Gersen tomó asiento en su banco acostumbrado más intranquilo que antes. Esta mujer desconocida, lógicamente, no debía significar nada para él... pero éste no era el caso. Gersen le dio una y mil vueltas a su nuevo estado de ánimo. ¿Cómo y por qué se sentía tan fascinado? ¿Por qué Alusz Iphigenia se autovaloraba en diez mil millones de UCL? ¿Por el hecho de que Kokor Hekkus, egoísta y arrogante, estuviera a punto de poseerla? (Este pensamiento le provocaba una furia singular). ¿A causa de su supuesto origen, Thamber? ¿Por qué su romanticismo férreamente reprimido rompía las cadenas? Fuera lo que fuese, Gersen escudriñó el recinto en busca de la hermosa mujer que sería Alusz Iphigenia, de Thamber. No era, desde luego, la muchacha de piel oscura ni la eginanda pelirroja de Copus. La chica de la melena rubia no estaba a la vista, pero tampoco daba la talla. Si bien, reflexionó Gersen, sus ojos eran de un gris resplandeciente y su figura, frágil y delicada, de proporciones perfectas. Sonó el gong; volvió a su apartamento, inquieto y nervioso.

Transcurrió el día siguiente. Gersen esperó con impaciencia la hora social. Llegó por fin: una nueva mujer hizo acto de presencia. Era flexible y esbelta, de piernas largas, rostro aristocrático, una brillante mata de pelo pajizo peinada de forma complicada. Gersen la examinó cuidadosamente. No, decidió con una sensación de alivio; ésta no podía ser Alusz Iphigenia, de Thamber. Esta mujer era demasiado sofisticada, demasiado artificial. Es posible que se autovalorara en diez mil millones de UCL, y Gersen casi deseó que Kokor Hekkus pagara tal cantidad y se la llevara. La chica de la melena rubia estaba ausente. Gersen regresó a su apartamento lleno de disgusto e irritación. Mientras él deambulaba como una fiera enjaulada, Kokor Hekkus estaría rondando a sus futuras presas. Para distraerse, leyó viejas revistas hasta la medianoche.

En nada se diferenció el día siguiente de los anteriores: empezaban a hacerse indistintos. Dos nuevos huéspedes se presentaron a la hora de comer. Un comentario que llegó a los oídos de Gersen les identificó como Tychus Hasselberg, presidente de la Corporación Jarnell, y Skerde Vorck, ministro de Asuntos Forestales, ambos de la Tierra, ambos setecientas veces millonarios. Dos pasos más cerca de la meta, pensó Gersen con amargura.

Aprovechó la tarde para ejercitarse en el gimnasio. La cena le pareció más insípida que nunca. Acudió a la «hora social» con renovados bríos. Pidió una jarra de vino rancio de Sasani y se sentó a la espera de otra aburrida velada. Pasó media hora antes de que entrara la chica de la melena rubia, con la expresión todavía más distante que de costumbre. Gersen la contempló fijamente: no había nada de vulgar en ella. Sus rasgos eran tan perfectos, estaban dibujados con tal perfección que no le daban a la cara ninguna característica notable... pero, desde luego, no había nada de vulgar en ella. Pidió una taza de té en el quiosco y se sentó cerca de Gersen. La estudió con sumo interés. Su pulso se aceleró. ¿Por qué?, se preguntó con irritación. ¿Por qué esta joven, convencionalmente atractiva como máximo, le afectaba hasta tal punto?

Se levantó y caminó hacia ella.

-¿Puedo sentarme?

-Si quiere... -dijo la muchacha después de una pausa lo bastante larga como para dar a entender que prefería estar sola.

Su voz tenía una cadencia melodiosa y arcaica, y Gersen trató de identificar el acento.

-Perdone mi curiosidad. ¿Es usted Alusz Iphigenia Eperje-Tokay?

-Soy Alusz Iphigenia Eperje-Tokay -dijo ella corrigiéndole la pronunciación.

Gersen contuvo el aliento. ¡Su instinto no le había engañado! Tan cerca que casi podía tocarla, la mirada clavada en su rostro, captó señales de inquietud en sus ojos. Casi se la podía calificar de hermosa. Eran sus ojos, sin embargo, los que daban vida a su cara, ¿Belleza? ¿La suficiente para empujar a Kokor Hekkus a realizar tales esfuerzos? Parecía poco verosímil.

-¿Vive usted en el planeta Thamber?

Ella le dirigió una breve e indiferente mirada.

- Sí.

-¿Sabe que para la mayoría de la gente Thamber es un mundo imaginario, un tópico de las leyendas y las baladas?

-Me sorprendió mucho saberlo. Le aseguro que es cualquier cosa menos imaginario.

Bebió un poco de té y miró a Gersen de soslayo. En sus ojos, grandes, transparentes, cándidos, residía su mayor atractivo. Eran muy bellos, sin duda. Algo en un sutil cambio de posición reveló que no estaba interesada en continuar hablando.

-No es mi deseo molestarla -dijo Gersen fríamente-, pero da la casualidad que su prometido, Kokor Hekkus, me ha encerrado aquí y le considero mi enemigo.

-Actúa con poca sabiduría al considerarle su enemigo -comentó Alusz después de reflexionar un momento.

- ¿Qué ocurrirá cuando pague su rescate?

-Es un tema que no me interesa discutir.

«Sin duda es hermosa -pensó Gersen -, más que hermosa: cuando habla, incluso cuando piensa, sus facciones se iluminan I, adquieren una vitalidad que transfiguraría los rasgos más vulgares. »

-¿Conoce bien a Kokor Hekkus? -preguntó Gersen, en un esfuerzo desesperado por continuar la conversación.

-No muy bien. La mayor parte del tiempo reside en Misk, el País Más Allá de las Montañas. Mi hogar se halla en Draszane, Gentilly.

-¿Cómo pudo usted llegar hasta aquí? ¿Viajan muchas naves a Thamber?

-No. -De pronto le traspasó con una mirada acerada-. ¿Quién es usted? ¿Uno de sus espías?

Gersen negó con la cabeza. El asombro se pintó en su semblante, y un pensamiento alumbró en su mente: «¿Cómo pude pensar que era vulgar? Es inenarrablemente bella».

-Si consiguiera la libertad, la ayudaría.

-¿Cómo podría ayudarme, si ni siquiera puede ayudarse a sí mismo? -rió Alusz Iphigenia casi con crueldad.

Gersen sintió que un calor largo tiempo olvidado invadía su cara. Se puso en pie.

-Buenas noches.

Alusz Iphigenia no dijo nada. Gersen se retiró a su apartamento. Se duchó y se tendió en la cama. ¿Y si trataba de comunicarse con Duschane Audmar? Inútil. Audmar no se molestaría ni en comunicarle su negativa. ¿Myron Patch? Aún más absurdo. ¿Ben Zaum? Como máximo recogería cinco o diez mil UCL, nada más... Gersen cogió al azar una de las viejas revistas y la hojeó... Le pareció reconocer un rostro. Leyó el encabezamiento. El nombre, Daeniel Trembath, le era desconocido ... Extrañado, Gersen pasó la página. El rostro era muy parecido al de ... ¿de quién? Volvió a examinar aquella cara. Había conocido a ese hombre como «el señor Hoskins»; había transportado su cadáver desde el Final de Bissom. Leyó todo el encabezamiento:

«Daeniel Trembath, Archidirector del Banco de Rígel, ahora retirado. Durante cincuenta años su Excelencia el Director ha servido a este gran banco y a los pueblos del Grupo; la semana pasada anunció que se retiraba. ¿Cuáles son sus planes para el futuro? "Descansaré. He trabajado mucho y duro. Ahora me toca disfrutar de los placeres de la vida que mis responsabilidades me impidieron". »

Gersen consultó la fecha de la revista. Era el *Cosmópolis* de enero de 1525. Trembath desapareció tres meses después; una semana más tarde murió a manos de Billy Windle -que podría ser Kokor Hekkus -en un desagradable y diminuto mundo de Más Allá. Gersen, completamente despierto, revivió los meses anteriores. ¿Por qué el Archidirector jubilado del gran Banco de Rígel habría viajado a un lugar tan remoto y negociado tan en secreto con el hombre llamado Billy Windle? Trembath deseaba la eterna juventud: ¿qué habría ofrecido a cambio? Debido a la naturaleza de su profesión, sólo podía ser dinero. El encuentro en Skouse había tenido lugar inmediatamente después de que Alusz Iphigenia se hubiera refugiado en Intercambio; la concatenación de lugares, hechos y personas era intrigante. Kokor Hekkus quería dinero...

diez mil millones de UCL. Daeniel Trembath, Archidirector (retirado) del Banco de Rígel, era el propio símbolo del dinero... y también de la respetabilidad más allá de toda sospecha. ¿Por qué quería la PCI que volviera, vivo o muerto? ¿Acaso habría robado diez mil millones de UCL?

Gersen recordó el fragmento de papel que le había arrebatado al señor Hoskins en Skouse. Se esforzó por recordar las palabras, ahora tan llenas de sentido:

«... rizos, o mejor dicho, bandas de densidad. En apariencia se producen al azar, si bien en la práctica son tan casuales como imperceptibles. El espaciamiento crítico está en función de la raíz cuadrada de los once primeros números primos. La aparición de seis o más de tales rizos en cualquiera de las situaciones antes mencionadas dará validez ... »

Las conclusiones eran asombrosas. Un aspecto de la situación era la misma esencia de la tragicomedia. Gersen se levantó de un salto, y paseó de un lado a otro de su apartamento. Si las circunstancias eran tal como él sospechaba, ¿cómo sacaría ventaja de lo que sabía?

Reflexionó durante una hora, formulando y descartando planes dispares. La clave de la situación estaba en las habilidades manuales y en la tienda de pasatiempos. Las actividades fomentadas eran supervisadas con facilidad: escultura en madera, marionetas, bordado, tejido de chales, acuarelas, fabricación de objetos de vidrio. Quizá también fotografía... La mañana pasó con desesperante lentitud. Gersen se derrumbó en la silla más confortable. Aplicó una deliciosa variación al plan que había ideado; rió en voz alta... Nada más terminar de comer visitó la sala de pasatiempos. Era más o menos lo que había esperado: una gran estancia equipada con telares, recipientes para modelar arcilla, pinturas, abalorios, cuerdas y otros materiales. El empleado que se encargaba de la vigilancia era un hombre corpulento, todavía joven, calvo y de facciones pequeñas y delicadas, como las de una muñeca de cara redonda. Respondió a las preguntas de Gersen con un razonable grado de paciencia. No, no existían facilidades para la práctica de la fotografía. Años atrás se habían hecho algunos esfuerzos en ese sentido, pero el proyecto se abandonó: el equipo habría requerido muchos cuidados y una gran parte de su tiempo. Gersen presentó una propuesta cuidadosamente elaborada: él, Gersen, estaba casi seguro de que sería huésped de Intercambio durante uno o dos meses; antes de su llegada había estado experimentando con ciertas

formas artísticas originales que incluían la fotografía, y deseaba continuar estas actividades... hasta tal punto que no cejaría hasta conseguir el equipo idóneo.

El empleado le escuchaba sin dejar de fruncir los labios. El proyecto suponía mucho trabajo para Gersen, para él, para todo el personal implicado. En teoría, por supuesto, se podía llevar a la práctica, pero... (se encogió elocuentemente de hombros). Gersen rió como sin darle importancia a los impedimentos: cualquier atención especial por parte del empleado, ¿cuál era su nombre?, Funian Lubby, sería adecuada e incluso generosamente recompensada. Lubby bufó. Las reglas de Intercambio preveían una cooperación total con los huéspedes, dentro de límites razonables. Si el señor Wall insistía, Lubby no tendría más remedio que complacerle. En cuanto a la gratificación que el señor Wall insinuaba, si bien era contraria a las reglas de Intercambio, debía ser el señor Wall quien juzgara su conveniencia. ¿Cuánto tardaría Lubby en proveer el equipo necesario? Si el señor Wall proporcionaba la lista y los fondos, se cursaría la orden a Sagbad, el centro comercial más cercano; la entrega se efectuaría mañana o, con toda seguridad, pasado mañana.

-Excelente -dijo Gersen. Se sentó y confeccionó la lista. Era larga e incluía una serie de artículos destinados a ocultar su propósito principal. Lubby frunció los labios en un gesto de sorpresa y automática desaprobación. Gersen agregó al instante-: Entiendo que le causará muchas dificultades, ¿serán suficientes cien UCL para compensar su esfuerzo?

-Debe comprender que las reglas prohiben el trasvase de fondos de los huéspedes al personal. En este caso concreto, el dinero se destinará a la adquisición de material indispensable para la tienda... porque imagino que usted nos cederá estos artículos cuando se marche, ¿no?

-Supongo que sí. Al menos algunos... los que ya tengo en casa. -Cada vez estaba más animado. Que Lubby hablara con tanta franqueza indicaba que la tienda no se hallaba bajo vigilancia-. ¿Cuánto piensa que costará todo el equipo y el material?

-Cámara megafotográfica... ampliadora e impresora... microscopio. Artículos caros en su mayoría... Un duplicador de... ¿Para qué necesita todo esto?

-Preparo permutaciones caleidoscópicas de objetos naturales. A veces se necesitan hasta veinte o treinta copias de una sola foto, de ahí que precise el duplicador.

-Esto le costará una fortuna -gruñó Funian Lubby-, pero si está dispuesto a pagarla...

-Sí, no me queda otro remedio. No me gusta tirar el dinero, pero no podría soportar alejarme de mi afición favorita un par de meses.

-Entiendo. -Lubby ojeó la lista-. Hay un impresionante volumen de productos químicos. Espero -añadió con una sardónica sonrisa- que no esté planeando volar la institución y destruir así mi sustento.

-Estoy seguro -rió Gersen- de que usted se anticiparía a mis intenciones. No, no hay explosivos, corrosivos o sustancias nocivas; sólo tintas, tinturas y otros productos fotográficos.

-Eso veo. Poseo amplios conocimientos en la materia. Pertenezco a la Academia de Ciencias de la Universidad de Boomaraw, en Lorgan, y he tomado parte en algunas investigaciones sobre los pleuronectos del Océano Neuster, hasta que mis servicios fueron desechados... otra triquiñuela regresiva de] Instituto, no le quepa la menor duda.

-Sí, una lamentable situación. Uno se pregunta hasta cuándo durará. ¿Intentan que volvamos a la época de las cavernas?

-¿Quién sabe lo que maquinan esos miserables revoltosos? He oído decir que se van apoderando poco a poco de la Corporación Jarnell, que cuando controlen el cincuenta por ciento de las acciones... ¡fiuu!, no más naves espaciales, no más viajes. ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de mí? Me quedaré sin trabajo, y aún gracias de seguir con vida. Me cago en ellos.

-¿Dónde podría trabajar sin molestar? Me gustaría hacerlo en algún rincón, para poner un biombo que tapara la luz. Por supuesto, cualquier esfuerzo de su parte será compensado; si hubiera algún almacén que no se usara o algo por el estilo...

-Sí, vamos a ver. El viejo estudio de escultura ya no se utiliza; a los huéspedes de hoy en día no les gustan los trabajos serios.

El estudio era de forma octagonal. Las paredes de madera nativa habían sido barnizadas de un marrón turbio. Los ladrillos del suelo eran amarillos, y el techo se elevaba hasta una claraboya por la que penetraba una luz grisácea, casi malva.

-Obstruiré la luz -dijo Gersen- Por otra parte, la habitación es muy adecuada. -Para comprobar hasta qué punto no había vigilancia, dijo-: Ahora comprendo que las reglas prohiban el intercambio de dinero entre los huéspedes y el personal, pero también que las reglas se han hecho para violarlas, y que no sería justo que usted hiciera un trabajo extra sin recibir una gratificación. ¿Está de acuerdo?

-Creo que ha expresado mi punto de vista con exactitud.

-Bien. Lo que suceda en este viejo estudio no le concierne a nadie más que a usted y a mí. A pesar de que no soy rico, no me hago de rogar y me gusta pagar mis diversiones. -Le extendió un cheque del Banco de Rígel por tres mil UCL-. Esto será suficiente para pagar los artículos solicitados y sus servicios.

-Exactamente. Concederé a su pedido una especial atención y, quien sabe, es posible que mañana ya haya llegado.

Gersen se alejó muy satisfecho. Quizá sus esperanzas se basaban en falsas premisas... pero, por más vueltas que le daba, se sentía seguro. ¿Cómo iba a ser de otra manera?

Necesitaba otro artículo, el más importante de todos, pero no se atrevía a confiar este trabajo a Funian Lubby, excepto como último recurso. Extendió otro cheque, esta vez por veinte mil UCL, y se lo guardó en el bolsillo.

Alusz Iphigenia no apareció esa noche a la hora social, pero a Gersen le trajo sin cuidado. Paseó pacientemente arriba y abajo, observando, esperando, y cuando estaba a punto de marcharse entró Armand Koshiel, que cruzó en diagonal el recinto. Gersen se acercó a él con el mayor disimulo posible.

-Voy a caminar hacia la papelera -le susurró-. Tiraré un trozo de papel. Venga detrás de mí y recójalo. Encontrará un cheque por veinte mil UCL. Consígame un billete del Banco de Rígel de diez mil UCL y guárdese el resto.

Sin esperar respuesta dio media vuelta y deambuló hacia el quiosco. Por el rabillo del ojo observó que Koshiel se encogía de hombros y le pisaba los talones.

Compró una bolsa de dulces en el quiosco. Se detuvo junto a la papelera, tiró a un lado la bolsa. en la que había introducido el cheque, y fue a sentarse en un banco.

La bola de papel parecía grande, blanca y bien visible. Koshiel no tardó en aproximarse al quiosco. intercambiar algunas frases con el dependiente, comprar otra bolsa de dulces y arrojar el papel hacia la papelera. Se agachó, recogió el suyo y el de Gersen, simuló introducir ambos en el cubo y se marchó.

Gersen volvió a su apartamento con los nervios a flor de piel. Su plan empezaba a funcionar. Demasiado optimismo no era conveniente, pero hasta el momento todo funcionaba sin problemas. Un vigilante oculto podía haber visto a Koshiel en el momento de recoger el cheque arrugado; Funian Lubby podía sospechar de sus intenciones, o su voluminoso encargo atraer la atención de personas menos amables que Lubby. Aunque... todo iba bien.

Al día siguiente echó un breve vistazo a la tienda. Lubby estaba ocupado con un par de niños que, aburridos, deseaban confeccionarse máscaras. El equipo no sería entregado hasta mañana, dijo Lubby, y Gersen se fue.

La hora social pasó sin que Koshiel ni Alusz Iphigenia hicieran acto de presencia. Al otro día, después de desayunar, Gersen encontró sobre su escritorio un sobre que contenía un billete verde y rosa de diez mil UCL. Gersen verificó su autenticidad con el detector de fraudes, uno de los escasos efectos personales que le habían autorizado conservar. Estupendo: era legítimo. No se atrevió a hacer más experimentos; podía estar bajo vigilancia. Estupendo. Pero su equipo tardaba en llegar, y Funian Lubby parecía malhumorado. Gersen regresó a su apartamento, muerto de impaciencia. El día transcurrió con lentitud exasperante, aunque por fortuna el día de Sasani sólo tiene veintiuna horas.

A la tarde siguiente, Funian Lubby señaló un grupo de paquetes con un afable movimiento de su mano gordezuela.

-Ahí lo tiene, señor Wall. Un equipo estupendo para que pueda montarse sus prismas, caleidoscopios, o lo que le dé la gana.

-Gracias, señor Lubby. estoy muy contento -dijo Gersen.

Llevó los paquetes al antiguo estudio de escultura y los deshizo ante la mirada complacida de Lubby.

-Estoy ansioso por verle trabajar. Siempre se puede aprender algo nuevo, y nunca he tenido la oportunidad de observar esta técnica creativa.

- Es un proceso muy engorroso. Algunas personas lo encuentran aburrido, pero yo disfruto de] trabajo lento y metódico. El primer paso, creo, es tapar la claraboya y poner un cartel en la puerta.

Lubby sostuvo la escalera y Gersen cubrió la claraboya con una tela opaca. Luego preparó un letrero que rezaba: *Cuarto Oscuro Fotográfico. Llame antes de entrar, y lo* colgó en la puerta.

-Ahora estoy preparado para empezar. Creo que lo liaré con unas cuantas copias en verde y rosa.

Gersen fotografió solemnemente un alfiler, lo amplió diez veces y preparó una matriz de la que imprimió treinta copias en verde y treinta en rosa.

- ¿Qué viene a continuación? -preguntó Lubby, cada vez más interesado.

-Ahora llegamos a la parte más delicada del trabajo. Cada uno de estos alfileres debe ser recortado. Con los alfileres y los huecos en forma de alfiler crearé la repetición. Si quiere, puede ir cortando mientras busco el color de la tinta adecuado.

Lubby señaló con desgana el montón de fotografías.

-¿Hay que cortar todas ésas?

-Sí; con mucho cuidado.

Lubby se puso a trabajar sin demasiado entusiasmo. Gersen le daba consejos e indicaciones, dada la necesidad de alcanzar una absoluta precisión. Después cogió la regla de cálculo de Lubby y extrajo la raíz cuadrada de los once primeros números primos; valores que oscilaban entre 1 y 4,79. Mientras, Lubby había recortado tres alfileres, cometiendo un solo error sin importancia. Gersen le reprendió con severidad. Lubby soltó las tijeras.

-Esto es sumamente interesante, pero temo que debo ocuparme de mi propio trabajo.

Tan pronto como hubo salido, Gersen comparó el billete de 10.000 UCL con los alfileres verde y rosa, ajustó los colores, añadió un ácido y un catalizador e imprimió mas alfileres.

Comprobó que Lubby seguía atendiendo a los niños. Puso el billete bajo el microscopio y lo examinó para descubrir el secreto de su autenticidad. No descubrió dicha calidad, como tantos otros antes que él. Ahora... el experimento clave, del que dependía el éxito de todo el proyecto. Seleccionó papel de densidad y peso similares a los del billete, y cortó un rectángulo de sus medidas: quince centímetros por seis y un cuarto. Introdujo el papel en el detector de fraudes: la luz de alarma se encendió. Gersen trazó una serie de puntos a lo largo del rectángulo de papel, correspondientes a las raíces cuadradas calculadas. Cogió una regla y trazó una cruz cada dos puntos con el extremo de un clavo (de esta forma pensaba «rizar» y «comprimir» las fibras). Asió el detector de fraudes con dedos

temblorosos... La puerta se abrió: Funian Lubby entró en la habitación. Gersen deslizó el detector de fraudes, el billete y el rectángulo de papel en su bolsillo de un sólo movimiento; con otro recogió las tijeras y las fotos, y simuló estar intensamente ocupado. A Lubby le disgustó que tanto equipo hubiera producido tan escasos resultados, y así lo hizo saber. Gersen le explicó que había estado calculando de nuevo varias leyes estéticas; un proceso aburrido. Lubby podía ayudarle, e incluso acelerar el proceso, recortando más alfileres. Lubby se declaró incapaz de prestarle sus servicios. Gersen recortó algunos alfileres y los alineó con extremo cuidado en la cabecera de la mesa. Lubby examinó las pruebas de colores rosa y verde, que Gersen había colocado bajo una lámpara.

-¿Sólo utiliza estos dos colores?

-Para esta composición, sí. El rosa y el verde, por sencillos y vulgares que parezcan, son absolutamente esenciales para mis propósitos.

-Parecen muy suaves -gruñó Lubby -, incluso desteñidos.

-Es cierto. He añadido ciertos agentes a los pigmentos; parece que la luz tiende a difuminarlos.

Lubby regresó a su puesto. Gersen extrajo el detector de fraudes y deslizó el rectángulo de papel en la ranura. La luz roja no se encendió, pero se escuchó el alegre zumbido que proclamaba la autenticidad, el sonido más melodioso que Gersen había escuchado en toda su vida.

Miró el reloj, se había acabado el tiempo. No podía continuar.

Alusz Iphigenia apareció durante la hora social. Permaneció de pie, reservada, al fondo del recinto. Gersen no hizo el menor intento de acercarse, y ella demostró una total indiferencia hacia su persona... ¡y la había considerado vulgar! ¡Había pensado que sus rasgos carecían de atractivo! Eran perfectos. Era la cosa más cautivadora que había visto nunca. ¿Diez mil millones de UCL? ¡Una miseria! Casi le daban ganas de aplaudir el buen gusto de Kokor Hekkus... Gersen apenas podía reprimir sus ansias de regresar a la tienda.

Funian Lubby estaba muy aburrido cuando Gersen fue a su encuentro a la tarde siguiente. No había ningún cliente a la vista, de modo que Lubby se pasó dos horas sentado, mirándole fijamente con ojos fascinados y protuberantes. Gersen recortó más alfileres y los dispuso una y otra vez con ceñuda concentración, ansioso de que Lubby se marchara.

Fue un día desperdiciado; Gersen abandonó la tienda conteniendo apenas su rabia.

Por la mañana se sintió mejor. Lubby estaba ocupado. Gersen fotografió el billete con los números de serie tapados e imprimió doscientas copias con tintas preparadas cuidadosamente. Al día siguiente, con la excusa de exponer amplias zonas de papel fotosensitivo, cerró la puerta con llave. Después preparó una plantilla, alisó los billetes y, mediante una impresora de juguete, grabó nuevos números de serie. Los nuevos billetes no se diferenciaban en nada de los

genuinos, aunque tenían otro tacto... pero ¿qué importaba? Engañaron al detector de fraudes.

Mientras cenaba se planteó el problema definitivo: cómo pagar su rescate sin levantar sospechas. Si se limitaba a presentarse en la oficina, sin duda le preguntarían en qué forma había llegado el dinero a sus manos... No encontraba ningún método práctico o plausible de hacerse llegar un paquete a sí mismo. No podía confiar a Koshiel tanto dinero.

Concluyó que necesitaba más información. Aprovechando la hora social fue al despacho del ordenanza, un hombre con cara de comadreja, que lucía el uniforme azul oscuro de Intercambio como si fuera un privilegio. Gersen compuso una expresión compungida.

-Tengo un problema. Me han informado que mañana llega un viejo amigo para pagar el rescate de uno de los huéspedes. ¿Podría echar un vistazo en la oficina cuando el autobús llegue del espaciopuerto?

-Es una petición algo irregular.

-Ya me doy cuenta, pero la política de Intercambio es facilitar el pago de los rescates, y de eso se trata.

-Muy bien. Persónese en este despacho mañana después del desayuno, y solucionaré el problema.

Gersen se fue al recinto, paseó arriba y abajo, y consumió grandes cantidades de vino para calmar sus nervios. Pasó la noche. Sin apenas probar el desayuno se precipitó hacia el despacho del ordenanza, que fingió haber olvidado el asunto. Gersen le explicó de nuevo su caso.

-Ah, muy bien. Supongo que es inútil esperar que todas las rescisiones se tramiten por los cauces correctos.

Acompañó a Gersen a la antesala de recepción. Allí esperó.

El arcaico autobús llegó y descargó ocho pasajeros. Entraron en fila en la recepción.

-¿Bien? -preguntó el ordenanza-. ¿Cuáles su amigo?

-Ese hombre bajo teñido de azul. Hablaré una o dos palabras con él para solucionar lo de mi rescate. -Antes de que el ordenanza abriera la boca, Gersen se metió en la recepción y se aproximó al hombre que había señalado-. Perdone, ¿no es usted Myron Patch, de Patris?

-No, señor. Se confunde de persona.

-Lo siento. -Gersen regresó junto al ordenanza con un sobre-. Todo está solucionado. Me ha traído el dinero. Soy un hombre libre.

El hombre gruñó. Se trataba de un hecho peculiar... pero ¿no formaban parte de la vida los hechos peculiares?

-¿Su amigo vino para rescindir su cuota y la de otra persona?

- Sí. Es miembro del Instituto y no le gusta expresar sus sentimientos.

El ordenanza volvió a gruñir. Todo estaba explicado... al menos, todo parecía explicado.

-Muy bien, si ya tiene su dinero, pague el rescate. Avisaré al empleado, puesto que el proceso ha sido algo irregular.

Cuando el autobús se fue de Intercambio, Gersen viajaba a bordo. Alquiló un coche aéreo en Nichae para ir a Sagbad.

Cinco días más tarde, con la piel teñida de negro, ataviado con una túnica negra y marrón y pantalones negros, Gersen regresó a Intercambio en el renqueante autobús. Entró en el ya familiar despacho, presidido por la figura hiératica del empleado.

-¿A quién desea rescatar?

-A Alusz IphÍgenia Eperje-Tokay.

-¿Es usted Kokor Hekkus? -preguntó el funcionario enarcando las cejas.

-No.

El empleado gesticuló con nerviosismo.

-La cuota es altísima: diez mil millones de UCL.

Gersen abrió el maletín negro que llevaba bajo el brazo y depositó frente al hombre varios fajos de billetes de 100.000 UCL, los mayores en circulación.

-Aquí está el dinero.

-Sí, sí, pero... debo informarle que Kokor Hekkus ya nos ha entregado nueve mil millones de UCL.

-Aquí hay diez mil millones. Cuéntelos.

Al empleado se le aflautó la voz.

-Está en su derecho. La huésped se halla «disponible».

Tocó el dinero con dedos temblorosos.

-Necesitaré ayuda para contar tanto dinero.

Contar el dinero y pasarlo por el detector de fraudes tuvo ocupados a seis hombres durante cuatro horas. El empleado firmó un recibo con nerviosos ademanes.

-Muy bien, señor, aquí lo tiene. Mandaré a buscar a nuestra invitada. Se presentará en breves instantes. -Murmuró en un susurro-: A Kokor Hekkus no le va a gustar esto. Alguien lo pagará.

Diez minutos después llegaba a la oficina Alusz Iphigenia. Su rostro estaba tenso y furioso; sus ojos brillaban de miedo. Miró a Gersen sin reconocerle. Luego caminó hacia la puerta como si deseara huir a través del desierto. Gersen intentó calmarla.

-Tranquilícese. No soy Kokor Hekkus; no tengo el menor deseo de retenerla contra su voluntad. Considérese a salvo.

Ella le miró con incredulidad, volvió a mirarle, y Gersen pensó que por fin le había reconocido.

-Hay otro problema -dijo el empleado a Alusz Iphigenia-. Dado que usted actúa como su propia patrocinadora, el dinero, salvo el doce y medio por ciento, es suyo.

Alusz Iphigenia parpadeó, como si no comprendiera lo que le decían.

-Le sugiero que extienda un talón para no tener que transportar tanto dinero en metálico -dijo Gersen.

Después de intensas consultas, encogimientos de hombros y nerviosos movimientos de manos, les entregaron un talón del Banco Interplanetario de Sasani, en Sagbad, por la cantidad de 8.749.993.581 UCL, diez mil millones menos el doce y medio por ciento, menos 6.419 UCL por los gastos de alojamiento en la clase AA.

Gersen examinó el documento con suspicacia.

-¿Es válido este talón? ¿Cubren sus fondos esta suma?

-Naturalmente -afirmó el funcionario-. A decir verdad, Kokor Hekkus ha ingresado en nuestra cuenta una cantidad mucho más elevada.

-Muy bien; confío en su palabra. -Gersen se dirigió a Alusz Iphigenia -. Vámonos. Nuestro autobús está esperando.

Ella dudó un instante y miró a ambos lados como si estuviera contemplando de nuevo el paisaje de Da'ar-Rizm. Uno de los insectos voladores negros la picó en el brazo; la joven lo alejó con un grito de pánico.

-Vamos, no tiene nada que temer de Kokor Hekkus, de los insectos o de mí; no la violaré, ni me la comeré viva.

Ella le siguió al autobús sin más protestas. El vehículo se sacudió, tosió y retumbó: Intercambio fue pronto una mancha gris y blanca apenas entrevista entre el polvo.

Tomaron asientos contiguos. Alusz Iphigenia observó de reojo a Gersen.

- ¿Quién es usted?

-No soy amigo de Kokor Hekkus.

-¿Qué va... qué va a hacer conmigo?

-Nada deshonroso.

-¿Adónde vamos, pues? Usted no conoce el temperamento de Kokor Hekkus; nos perseguirá por todos los rincones de la galaxia.

Gersen no hizo ningún comentario; la conversación murió. Gersen no se sentía demasiado seguro, pues aún era posible que los interceptaran. Sin embargo, el viaje concluyó sin incidentes.

El autobús se adentró en Sul Arsam. Subieron al avión y aterrizaron en el espaciopuerto de Nichae. A un lado aguardaba el nuevo y reluciente Saltaestrellas Armintor que Gersen había comprado en Sagbad. Alusz Iphigenia titubeó antes de subir, y luego se encogió de hombros con resignación.

Se demoraron un rato en el Banco Interplanetario de Sagbad. Intercambio aportó una tímida y preocupada verificación, a causa de un presunto error, imposible de verificar, por otra parte.

-Como resultado de un cúmulo extraordinario de circunstancias -le dijo gravemente el Presidente del Banco a Gersen -, tenemos esa cantidad en nuestras cámaras acorazadas; representa un conjunto de importantes depósitos ingresados por Intercambio. Está en billetes de distintos valores...

-No importa; damos conformidad a sus cálculos.

El dinero, que representaba el botín tan laboriosamente acumulado por Kokor Hekkus, fue introducido en cuatro maletas y cargado en el coche aéreo de alquiler.

El Jefe de Caja vino corriendo a la zona de aparcamiento.

- ¡Conferencia desde Intercambio! ¡Para el señor Wall!

Gersen controló su deseo de huir. Volvió al banco. En la pantalla del videófono apareció el rostro del Director; de pie, a sus espaldas, había un hombre que Gersen no conocía.

-Señor Wall -dijo el Director-, hay algunas dificultades. Éste es Achill Gogan, apoderado de Kokor Hekkus. Le ruega que espere en Sagbad hasta que pueda entrevistarse con usted.

-Por supuesto. Nos alojaremos en el hotel Alamut.

Gersen abandonó el banco y entró en el coche aéreo, donde Alusz Iphigenia esperaba resignadamente con el dinero.

-Al espaciopuerto -dijo al piloto.

Veinte minutos después salían de Sasani. Tras activar el acelerador, Gersen se sintió a salvo, embriagado de alivio. Se acomodó en un sofá y estalló en carcajadas. Alusz Iphigenia le contemplaba desde el otro extremo de la cabina con renovado interés.

-¿De qué se ríe?

-De la forma en que fuimos rescatados.

- ¿Fuimos?

Así que aún no le había reconocido. Gersen cruzó el espacio que les separaba, y ella retrocedió dos pasos.

-Hablé con usted una noche en el recinto -dijo Gersen.

-Ahora le recuerdo. El hombre silencioso que se sentaba en la penumbra. ¿Cómo logró reunir el dinero?

-Lo imprimí yo mismo... eso es lo que me divierte.

- ¡Pero lo verificaron! - se asombró la joven -. ¡Lo aceptaron!

-Exactamente. Y ahí está lo más gracioso: lo hice con tinta simpática. Dentro de una semana no habrá nada. El dinero que le pagué a Kokor Hekkus será papel en blanco: diez mil millones de UCL falsos ¡He burlado a Kokor Hekkus! ¡He burlado a Intercambio! ¿No se da cuenta? ¡Es el dinero de Kokor Hekkus!

Alusz Iphigenia le dirigió una mirada indiferente y luego volvió los ojos hacia Sasani. Sonrió, una sonrisa triste.

-Kokor Hekkus montará en cólera. Ningún otro hombre experimenta las extravagantes emociones de Kokor Hekkus. Iba a gastar diez mil millones para conseguirme... porque ése era el precio en que me valoré. Y después de comprarme -un escalofrío recorrió su cuerpo - habría recuperado esa cantidad a cualquier precio. Lo que hará con usted cuando le capture... es impensable.

-A menos que yo le mate primero.

-Será muy difícil. Sion Trumble es el general más inteligente de Thamber, y no lo consiguió.

Gersen fue a buscar una botella de vino y dos vasos a la despensa. Alusz Iphigenia rehusó la invitación, pero luego lo pensó mejor y aceptó el vaso.

-¿Sabe por qué pagué su rescate? -preguntó Gersen.

- No.

La joven se removió inquieta en el asiento y sus mejillas se cubrieron de rubor. Gersen pensó que nunca la había encontrado tan hermosa.

-Porque me puede guiar a Thamber, donde encontraré a Kokor Hekkus y le mataré.

Alusz Iphigenia probó el vino y observó el interior de] vaso.

-No quiero volver a Thamber. Tengo un miedo terrible a Kokor Hekkus. En estos momentos estará enfermo de rabia.

-No importa; ése es nuestro destino.

-No le puedo ayudar. No sé dónde se halla Thamber.

9

El revolucionario Tedoro exhortando a sus compañeros de cautiverio:

«¡No os rindáis! ¡No deis un paso atrás! ¡Comed la comida que os traigan, pero no hagáis ni una sola concesión más! ¡Son seres malvados! ¡Avergonzadles! ¡Desafiadles! La duda significa una brecha en la armadura; ¿queréis inclinaros para que luego os partan en dos? ¡No cedáis, no cejéis en vuestro empeño! ¡Si el que manda os da permiso para sentarse, quedaos de pie! ¡Si os da papel rayado para que escribáis, hacedlo entre las líneas! »

Gersen contempló a Alusz Iphigenia con incredulidad. Luego se abalanzó sobre el panel de control y desconectó el acelerador. El motor de la nave produjo un sonido que recordaba a un respingo humano. La piel de sus cuerpos parecía crepitar.

El Saltaestrellas Armintor, con los motores apagados, erró por el espacio. Muy a lo lejos, a popa, brillaba Aquila GB 1202, oscilando en el borde de la distinción psicológica entre sol y estrella.

Gersen fue a la proa, se destiñó la piel y adoptó el equipo espacial al uso: pantalones cortos, sandalias y una camiseta muy ligera. Cuando volvió al salón encontró a Alusz IpIrigenia sentada donde la había dejado, con la vista clavada en el piso.

Gersen no dijo nada, se acomodó en el sofá opuesto y sorbió pensativamente su vino.

-¿Por qué paró los motores? -preguntó por fin la joven.

-No tiene sentido navegar al azar. Puesto que viajamos sin rumbo, tanto da quedarse aquí.

-Guárdese el dinero; vuelva a la Tierra. No tengo la menor intención de vagar estúpidamente por el espacio.

Conseguí rescatarla a costa de grandes riesgos... con el objetivo primordial de conocer el emplazamiento de Thamber. En segundo lugar, es usted una mujer muy atractiva. Coincido con Kokor Hekkus: vale usted diez mil millones de UCL.

-¡No me cree! -protestó Alusz Iphigenia-. !No podrá regresar aThamber ni aunque fuera el deseo más ferviente de mi vida!

-¿Cómo salió de allí?

-En el curso de un ataque a la isla Omad, en la que Kokor Hekkus tiene un espaciopuerto, Sion Trumble capturó una nave espacial pequeña. Leí el *Manual del Operador y me* pareció muy sencillo manejarla. Cuando Kokor Hekkus declaró la guerra a Gentilly, a menos que mi padre me entregara a él, sólo tuve dos opciones: suicidarme o huir de Thamber. Me decidí por la última. En la nave encontré una *Gula de los Planetas.* Mencionaba Sasani y describía a Intercambio como el único reducto humano a salvo de criminales. Pero esto es falso: Intercambio practica un doble juego -concluyó con una mirada glacial.

Gersen reconoció el hecho con una mueca y apuró el contenido de su vaso, que volvió a llenar. Dudó antes de beber; mientras se duchaba la botella había estado al alcance de la mano de Alusz Iphigenia. No le habría costado ningún esfuerzo envenenarla. Apartó el vaso.

- ¿Y quién es Sion Trumble?

-El príncipe de Vadrus, en la frontera occidental de Misk. Estábamos prometidos... Es un valiente soldado, con una hoja de servicios impecable.

-Ya veo -rezongó Gersen-. ¿No recuerda la ruta que siguió de Thamber a Sasani?

-Dispuse los mandos de astrogación en dirección a Sasani, dejando Thamber a mis espaldas. Sólo me acuerdo de esto. Kokor Hekkus es el único hombre de Thamber que posee una nave espacial.

- ¿Cómo se llama su sol?

-Sol, simplemente.

-¿Su color es naranja?

-Sí. ¿Cómo lo sabe?

- Pura deducción. ¿Qué aspecto tiene el cielo de noche? ¿Se ven objetos extraños en él? ¿Hay estrellas dobles o triples en las cercanías?

-No, no hay nada extraño.

-¿Se ha observado alguna nova recientemente?

- ¿Qué es una nova?

-Estrellas que al estallar desprenden una luz intensísima.

-No, nada parecido.

-¿Y la Vía Láctea? ¿Se la ve como una franja a lo largo del cielo, una nube, o cómo?

-Una cinta de luz recorre el cielo nocturno durante el invierno; ¿se refiere a eso?

-Sí. Por lo visto, vive en algún lugar alejado de la zona meridional.

-Es posible.

Alusz Iphigenia no mostraba demasiado interés.

-¿Y la tradición? ¿Conocen las viejas leyendas de la Tierra o de algún otro mundo?

-Nada en especial... Algunas fábulas, algunas canciones populares.

Le miró con expresión algo irónica-. ¿No ha encontrado ninguna referencia en su *Agenda* o en la *Guía de los Planetas?*

-Thamber es un mundo perdido. Los que gobernaron Thamber en épocas pretéritas supieron guardar bien el secreto. Carecemos de información... si exceptuamos una canción infantil:

Pon rumbo a la vieja Estrella del Perro,

un punto al norte de Achernar;

lleva tu nave hasta el margen extremo,

enfrente la muerte brilla con el resplandor de Thamber.

Alusz Iphigenia sonrió débilmente. -Yo también la conozco. Me la sé entera. -¿Entera? ¿Es que continúa? -Ya lo creo. Se ha dejado la mitad. Sigue así:

Pon rumbo a la vieja Estrella del Perro,

un punto al norte de Achernar;

mueve el timón a estribor hasta divisar

seis soles rojos y uno azul en el centro.

Sigue adelante y verás a lo lejos

un racimo que pende cual cimitarra;

lleva tu nave hasta el margen extremo,

enfrente la muerte brilla con el resplandor de Thamber.

-Bien, bien -dijo Gersen.

Se levantó, caminó hasta la mesa de control, manipuló los mandos y puso en marcha el sistema Jarnell.

-¿Adónde vamos? -preguntó Alusz Iphigenia. -A Sirio... la Estrella del Perro.

- ¿Se toma en serio la canción?

-Es el único dato de que disponemos; o me lo tomo en serio, o no hago nada.

Alusz Iphigenia bebió un poco de vino.

-En ese caso, ahora que le he dicho cuanto sé, ¿me desembarcará en Sirio o en la Tierra?

-No.

-Pero... ¡no sé nada más!

-Conoce el aspecto de las constelaciones de Thamber. Su canción, en el caso de que contenga datos correctos, tiene más de mil años de antigüedad. Sirio y Achernar han cambiado de posición. Llegaremos a algún lugar cercano a Thamber... con suerte, a unos diez o veinte años luz. Luego utilizaremos el viejo truco de los viajeros de las estrellas extraviados: explorar el cielo hasta que en algún cuadrante hallemos una constelación que nos sea familiar. Sólo habrá una, y en miniatura, puesto que la veremos justo detrás de su planeta natal. Todas las demás constelaciones estarán distorsionadas; e incluso esta constelación tendrá estrellas sobrepuestas que dificultarán nuestra visión: entre ellas, su propio sol. Sin embargo... siempre hay una constelación familiar que sirva de guía, y si la encuentra se dirige hacia ella, y cuando adquiere su tamaño habitual, ahí está su casa.

-¿Y qué pasa si no encuentra constelación familiar?

-Nada que le impida llegar a su hogar. Sube o baja, siguiendo el plano de la galaxia, hasta obtener una visión de conjunto, y en seguida vislumbrará señales conocidas. Esto requiere mucho tiempo, mucha eney ía y mucha destreza en el Jarnell. Si algo falla... entonces es cuando está perdido definitivamente, pues ya no hay nada que hacer, sólo flotar en el espacio contemplando con nostalgia el paisaje entrañable de la galaxia, extendido bajo usted como una alfombra, hasta que la energía se consume y usted muere. -Gersen se estremeció-. Yo nunca me

perdí. -Levantó su vaso de vino, lo examinó con cautela, volvió a la despensa y trajo una botella nueva-. Háble me de Thamber.

Alusz Iphigenia habló por espacio de dos horas, mientras Gersen, arrellanado en una butaca, bebía vino. Ver y escuchar constituía una experiencia deliciosa, que le alejaba de las realidades de su vida... Alusz Iphigenia mencionó Aglabat, la ciudad amurallada con piedras marrón oscuro, y Gersen se puso en estado de alerta. Dejar volar la imaginación era un peligro. Su estancia en Intercambio le había perjudicado. Corría el riesgo de hacerse dócil, de distraerse con facilidad... A pesar de todo se relajó de nuevo, bebió vino, escuchó las palabras de Alusz Iphigenia...

Thamber era un mundo maravilloso. Nadie sabía cuándo llegó el primer hombre, la fecha se perdía en el pasado. Había varios continentes, subcontinentes, penínsulas y un gran archipiélago con islas tropicales. Alusz Iphigenia había nacido en Draszane, Gentilly, un principado en el extremo occidental del continente más pequeño. Al este estaba Vadrus, gobernada por Sion Trumble, y más allá, el País de Misk. El resto del continente, salvo un pequeño número de estados feudales en la costa este, eran tierras inhóspitas habitadas por bárbaros. Condiciones similares prevalecían en los otros continentes. Alusz Iphigenia se refirió a un amplio abanico de pueblos, cada uno con sus características específicas. Algunos dieron a Thamber grandes músicos y espectáculos de impresionante belleza; otros eran fetichistas y asesinos regidos por ogros. En las montañas, tras los muros de sus castillos, vivían arrogantes e indómitos cabecillas de bandidos y truhanes. Por todas partes había hechiceros y brujos, capaces de las hazañas más inauditas, y una zona misteriosa al norte del continente más extenso estaba sometida al capricho de monstruos y demonios. La flora y la fauna nativas eran complejas, ricas y de gran belleza, y a veces peligrosas; había monstruos marinos, lobos escamosos de las tundras, el horrible dnazd de las montañas al norte de Misk.

Tanto la tecnología como los modos de vida modernos eran desconocidos en Thamber. Hasta los Guerreros Pardos de Kokor Hekkus utilizaban sólo vulgas y cuchillos, mientras los caballeros de Misk iban armados con espadas y ballestas. Se sucedían las escaramuzas entre Misk y Vadrus; Gentilly era el aliado de Vadrus. Sion Trumble, un hombre de inmenso valor, nunca había sido capaz de aniquilar a los Guerreros Pardos. En una tremenda batalla repelió a los bárbaros de Skar Sakau, que luego había vuelto su furia hacia el sur, al País de Misk, donde asoló varios poblados, destruyó puestos de avanzada y sembró la desolación.

Gersen escuchaba y paladeaba cada palabra. Las románticas leyendas que se referían a Thamber no exageraban; en todo caso, no alcanzaban a describir la magnificencia de su realidad. Se lo comentó a Alusz Iphigenia, que se encogió de hombros.

-Thamber es, en verdad, un mundo de gestas románticas. Los castillos tienen grandes salones donde los bardos cantan, y pabellones donde las doncellas bailan al son de los laúdes, pero en las profundidades se ocultan mazmorras y cámaras

de tortura. Los caballeros presentan un magnífico aspecto con sus armaduras y sus banderas, pero luego, en las nieves de la estepa Skava, los nómadas skodolaks les mutilan las piernas, y allí yacen, impotentes, hasta que los lobos los devoran. Las brujas preparan filtros y los hechiceros esparcen el humo de los sueños, y también envían plagas a sus enemigos... Hace doscientos años vivieron los grandes héroes. Tyler Trumble conquistó Vadrus y construyó la ciudad de Carrai, que ahora gobierna Sion Trumble. Cuando Jadask Dousko llegó, Misk era una tierra de pastores, y Aglabat una aldea de pescadores. En diez años creó el primer Ejército Pardo, y desde entonces no ha cesado la guerra. -Suspiró-. La vida en Draszane es relativamente tranquila. Tenemos cuatro antiguas universidades y cientos de bibliotecas. Gentilly es un viejo y pacífico país, pero Misk y Vadrus son algo diferentes. Sion Trumble quiere que yo sea su reina consorte, pero... ¿habría paz y felicidad si aceptara? ¿O continuaría luchando con los skodolaks, los tadousko-oi o los timones del Mar? Y siempre Kokor Hekkus, que a partir de ahora será implacable...

Gersen escuchaba en silencio.

-Leí algunos libros en Intercambio -prosiguió Alusz Iphigenia-, sobre la Tierra, el Grupo y Aloysius. Conozco su forma de vivir. Y, antes que nada, me pregunté por qué Kokor Hekkus se quedaba tanto tiempo en Aglabat, por qué luchaba con espadas cuando podía armar a los Guerreros Pardos con proyectores de energía. Pero no hay tal misterio. Necesita la emoción como otros hombres necesitan comer. Disfruta con la excitación, el terror, el odio y la lascivia. Los encuentra en el País de Misk. Pero un día irá demasiado lejos y Sion Trumble le matará. -Rió tristemente-. O algún día Sion Trumble llevará a cabo un acto de valor absurdo y Kokor Hekkus le matará... lo que será una pena.

-Hum. ¿Le gusta Sion Trumble?

-Sí. Es un hombre valiente y generoso. No se le ocurriría ni robar a Intercambio.

-Yo me acerco más al tipo de Kokor Hekkus. -Gersen hizo una mueca de amargura-. ¿Qué hay del resto del planeta?

-Todos los lugares son diferentes. En Birzul, el Godmus mantiene un harén de diez mil concubinas. Cada día alista a diez doncellas y pone en libertad a otras tantas, aunque si está de mal humor las hace ahogar. En Calastang, el Ojo Divino atraviesa las calles de la ciudad sobre un altar rojo de trescientos sesenta metros de largo por trescientos sesenta de altura. El Señor de Lathcar colecciona corredores... atletas esclavos alimentados y entrenados para participar en las Carreras de Lath. Los tadousko-oi construyen sus pueblos y ciudades en la cima de los riscos más elevados y de los acantilados más adruptos, desde los que arrojan a los tullidos y a los enfermos. Son los guerreros más fieros de Thamber, y se han aliado para demoler las murallas de Aglabat. Y lo conseguirán, porque los Guerreros Pardos son incapaces de detenerles.

- ¿Ha visto alguna vez a Kokor Hekkus de cerca?

- Sí.

- ¿Qué aspecto tiene?

-Déme papel y lápiz; haré un retrato.

Gersen le facilitó el material solicitado. Primero trazó algunos esbozos, después trabajó con más rapidez. Línea a línea, fueron definiéndose las zonas: un rostro emergió del papel, un rostro alerta e inteligente. Bajo una frente alta y cuadrada brillaban unos ojos grandes, profundos. El cabello era abundante, oscuro y lustroso. La nariz corta y recta, la boca pequeña. Alusz Iphigenia bosquejó el torso, las piernas y dio forma a un hombre de altura superior a la media, anchas espaldas, cintura estrecha y piernas largas. Podría haber sido el cuerpo de Billy Windle, o el de Seuman Otwal, pero la cara no recordaba en nada a la de Seuman Otwal, y Gersen nunca había visto claramente a Billy Windle.

Alusz Iphigenia le observó mientras contemplaba el dibujo, y experimentó un escalofrío.

-No puedo comprender la crueldad, el asesinato, el odio. Usted me produce tanto pánico como Kokor Hekkus.

-Cuando era pequeño, mi hogar fue destruido, así como toda mi familia, excepto mi abuelo. En ese momento supe que mi destino ya estaba fijado. Supe que mataría uno por uno a los cinco hombres que dirigieron el asalto. Así ha sido mi vida, y no tengo otra. No soy malvado; estoy más allá del bien y del mal... como la máquina de matar que Kokor Hekkus construyó.

-Y yo tengo la desgracia de serle útil -dictaminó Alusz Iphigenia.

-Tal vez preferiría ser útil a Kokor Hekkus; sólo le pido que me guíe a Thamber.

-Es usted muy valiente - dijo la joven, y Gersen fue incapaz de discernir si aquella observación contenía un sarcasmo.

Sirio brillaba a Proa con su luz blanca. A lo lejos se distinguía la estrella blanco dorada que había dado su calor a la raza humana. Alusz Iphigenia la contempló pensativamente, ladeó la cabeza -hacia Gersen, corno si quisiera decirle algo, pero luego se contuvo y no habló.

Gersen señaló Achernar, en el nacimiento del río Eridanus.

-Un punto de once grados y un cuarto norte es el plano del norte galáctico que une a Sirio con Achernar. Pero la canción debe de tener mil años de antigüedad, quizá más... de modo que primero nos colocaremos en la posición de Sirio hace mil años. No es muy difícil. Luego calcularemos la posición aproximada de Achernar en la misma época... tampoco resultará muy difícil. Con estos dos nuevos puntos nos desviaremos once grados y un cuarto al norte, y esperaremos que suceda lo mejor. Y como ya he efectuado los cálculos...

Ajustó con cuidado los verniers; Sirio fue creciendo ante sus ojos.

En seguida entró en funcionamiento el Jarnell. El Saltaestrellas vagó en el éter compacto. Gersen apuntó la proa hacia el lugar que Achernar había ocupado mil años antes; entonces enderezó la nave once grados y un cuarto en un plano paralelo al eje norte-sur de la galaxia. Conectó el escudo de fuerza; el

Saltaestrellas y cuanto contenía privado de inercia y de las constricciones einsteinianas, se deslizó casi al instante por la fractura provocada.

-Ahora debemos buscar seis estrellas rojas. Es posible que se hallen alrededor de una estrella azul. Es posible que las divisemos a estribor, a menos que la canción quiera decir que el plano dorsal-ventral de la nave vaya paralelo al eje norte-sur de la galaxia.

Transcurrieron las horas. Las estrellas cercanas se precipitaban sobre estrellas más lejanas, y éstas, a su vez, corrían hacia destellos de luz aún más distantes.

Gersen estaba nervioso. Expresó en voz alta sus dudas acerca de que Alusz Iphigenia hubiera recordado bien la letra de la canción. Ella indicó con un encogimiento de hombros que le daba igual, y contraatacó insinuando que Gersen, había errado los cálculos.

-¿Cuánto tiempo tardó en llegar a Intercambio? -le había preguntado antes.

Pero ella siempre había respondido de forma vaga, como hizo ahora:

-Dormí la mayor parte del viaje. El tiempo parecía deslizarse con mucha celeridad.

Gersen empezó a sospechar que la canción les había conducido por una ruta equivocada, que Thamber se hallaba en otro cuadrante de la galaxia, y que Alusz Iphigenia conocía muy bien este hecho.

Alusz Iphigenia era consciente de sus sospechas; por ello señaló con un gesto orgulloso los seis bellos gigantes rojos que se extendían hacia una gran estrella azul, formando una línea curvada hacia abajo.

El único comentario de Gersen fue un gruñido.

-Bien, parece que las tenemos a estribor, de modo que canción y cálculos no andaban muy desencaminados. -Desconectó el Jarnell. El Saltaestrellas quedó a la deriva-. Ahora: un racimo en forma de cimitarra; probablemente un objeto perceptible a simple vista.

-Allí -indicó Alusz Iphigenia-. Thamber está cerca.

-¿Cómo lo sabe?

-El racimo como una cimitarra. En Gentilly le llamamos el Barco de Dios. Desde aquí tiene otro aspecto.

Gersen movió la nave en dirección a la «empuñadura», conectó el escudo de fuerza y el navío saltó hacia adelante. Atravesaron el racimo, infinitas estrellas a su alrededor, y desembocaron en una región mucho más desolada.

-Era cierto -dijo Gersen-. Estamos en el extremo de la galaxia: «el margen extremo». En algún lugar, justo enfrente, nos espera «el resplandor de Thamber» .

Justo enfrente vieron un grupo poco denso de estrellas.

-El sol es G ocho... naranja. ¿Cuál es el sol naranja? Allí. Ése.

La estrella anaranjada apareció algo escorada y bajo la nave. Gersen desconectó el escudo de protección. Ajustó el maeroscopio hasta que mostró un planeta

solitario. Aumentó el campo de ampliación: mares y continentes flotaban en el foco.

- Thamber -dijo Alusz Iphigenia Eperje-Tokay.

10

«Hay una cualidad humana que resulta difícil de definir con precisión: es posible que sea la más noble de las cualidades humanas. Contiene y supera la franqueza, la generosidad, la comprensión, la finura de la distinción, la intensidad, la rectitud de miras, el compromiso total. Participa en todas las percepciones humanas, abarca toda la historia de la humanidad. Es característica de todos los grandes genios creativos, y no se puede aprender; intentarlo es ridículo... como diseccionar una mariposa, enfocar un espectroscopio hacia el ocaso o psicoanalizar la risa de una chica. La tentativa de aprender es autodestructiva; cuando la erudición entra, la poesía sale. ¡Cuán habitual es que el hombre de talento sea incapaz de sentir! ¡Cuán decepcionantes son sus juicios si los comparamos con los del campesino que extrae su fortaleza, como Anteo, del sedimento emocional de la raza! En esencia, los gustos y preferencias de la élite intelectual, derivados de lo que han aprendido, son falsos, doctrinarios, artificiales, ordinarios, superficiales, dudosos, amorfos e hipócritas.»

Vida, volumen IV, de UNSPIEK, BARóN BODISSEY

Opiniones críticas sobre *Vida,* del barón Bodissey:

«Una obra monumental, si a usted le gustan los monumentos... Uno no puede dejar de recordar el grupo de Laocoön, con el buen barón apretado contra las cuerdas del sentido común; hasta el más fervoroso de sus lectores le dejaría muy a gusto en tal situación. »

Revista Pancrética, St. Stephen, Bonifacio

«La gran maquinaria ingiere pesadamente sus fardos de ciencia; rechina, ruge, tiembla y, por fin, escupe su producto: minúsculas bocanadas de vapor acre multicolor. »

Excalibur,
Patris,
Krokinole

«Seis volúmenes de despropósitos y disparates. »

Academia,
Londres, Tierra

«Atroz, delirante, grosero, impresentable ... »

El Rigeliano, Avente, Alplianor

«Desprecia envidiosamente la carrera de grandes hombres... Imposible no sentir una justa ira. »

El Galáctico,
Baltimore, Tierra

«Es tentador imaginarse al barón Bodissey trabajando en el marco arcadiano que promulga, rodeado por un grupo de boquiabiertos pastores de cabras. »

El Orchide,
Serle,
Quantique

La mañana resplandecía sobre el continente de Despaz. Alusz Iphigenia le indicó las divisiones geográficas.

-Al sur, esa larga franja dominada por las montañas Skar Sakau, paralela a la costa marítima... es el País de Misk. Es difícil distinguir Aglabat; es de color pardo y se confunde con el paisaje, pero está allí, donde la costa sube hacia el interior.

-¿Y dónde está su hogar?

-Al oeste. En primer término se halla Vadrus, sobre aquella cadena de montañas. Ya se puede ver Carrai: una mancha blanca y gris. Luego vienen más montañas y, más allá, Gentilly. Allí, donde inciden los rayos del sol... Gentilly. -Se apartó del macroscopio-. Aunque, por supuesto, usted no la pisará. Ni tampoco Carrai.

-¿Por qué no?

-Porque ni mi padre ni Sion Trumble permitirán que sea su esclava.

Gersen se inclinó sobre el macroscopio sin hacer comentarios, y estudió el paisaje por espacio de una hora, mientras el planeta giraba bajo la luz del sol.

-Hay algunas cosas claras -dijo por fin - y otras no. Por ejemplo, ,cómo puedo acercarme a Kokor Hekkus sin que me maten? Sin duda tendrá radares y defensas antiaéreas para proteger su ciudad. Debemos aterrizar en algún lugar alejado del perímetro de detección, y el más conveniente creo que será al otro lado de esas montañas.

-Y después de aterrizar... ¿qué hará?

-Ya que mi intención es matar a Kokor Hekkus, primero debo encontrarle. Para encontrarle, primero tendré que buscarle.

-¿Y qué será de mí? -se lamentó Alusz Iphigenia-. Abandoné Thamber para huir de Kokor Hekkus; usted rne trae de vuelta. Cuando le maten, lo que me parece indudable, ¿qué haré? ¿Volveré a Intercambio?

- Tengo la impresión de que nuestros intereses coinciden. Ambos queremos a Kokor Hekkus muerto. Ninguno de los dos desea que se entere de nuestra presencia en Thamber. Permaneceremos juntos.

Dirigió el Saltaestrellas hacia Thamber, manteniendo el rumbo al norte de las montañas Skar Sakau. Después de inspeccionar con las máximas precauciones el terreno, aterrizó en una planicie apartada al pie de un pico muy alto. A derecha e izquierda se elevaban otras cumbres azotadas por los vientos; bajo sus pies, en dirección al sur, se extendía una cadena de crestas, simas y precipicios: una de

las regiones más agrestes que Gersen había visto. Mientras esperaba que la presión del aire se estabilizara, bajó el coche aéreo, cogió sus armas y se envolvió en una capa, al igual que Alusz Iphigenia. Abrió la portilla y saltó al suelo de Thamber. El sol brillaba; el aire era frío; por suerte, el viento estaba en calma. Alusz Iphigenia se reunió con él y miró a su alrededor con emoción reprimida, como si a pesar de sus temores se sintiera feliz de estar en casa.

-No es usted un mal hombre, pese a lo que cuenta de sí mismo. Me ha tratado con amabilidad... con más amabilidad de la que esperaba. ¿Por qué no olvida su fantástico plan? Kokor Hekkus se halla a salvo tras las murallas de Aglabat, ni siquiera Sion Trumble puede amenazarle. ¿Qué puede hacer usted? Ha de sacarle fuera para matarlo, para eludir sus crueles estratagemas. Y no olvide que lo que más desea en todo el universo es usted.

-Ya lo sé.

-¿Y aún se empeña en continuar? Debe de ser un lunático o un brujo.

-No.

- ¿Así que ya ha hecho sus planes?

-¿Cómo puedo hacer planes si no tengo hechos? Eso es lo que iremos a buscar ahora. ¿Ve esta caja? -Golpeó con el talón una caja negra de metal-. Puedo enviar una célula espía a una distancia de quince kilómetros, introducirla en Aglabat para que me informe de lo que deseo saber.

Alusz Iphigenia no le planteó más objeciones. Gersen examinó el Saltaestrellas y las montañas circundantes; no era probable que los bárbaros se atrevieran a llegar tan alto y tan lejos.

-Viven al sur del Skar -dijo Alusz Iphigenia adivinando sus pensamientos-, donde pueden alimentar a sus rebaños y saquear los graneros más cercanos de Misk. Si volamos hacia el sur, veremos sus poblados. Son los más feroces luchadores del universo, sin otras armas que cuchillos y las manos.

Gersen subió la caja negra a bordo del bote aéreo que, a diferencia de la plataforma volante de su viejo modelo 9-B, estaba equipado con una cúpula transparente y asientos confortables. Alusz lphigenia subió también y partieron. El bote se dirigió hacia el sur sobrevolando los altos picos. Era un escenario impresionante. Los riscos se levantaban verticalmente sobre un valle estrecho como una grieta por el que serpenteaba un riachuelo, sólo visible porque el sol brillaba con toda la violencia del mediodía. Una sima daba paso a otra sima; los vientos golpeaban y zarandeaban el coche aéreo. A veces, una cascada se precipitaba desde el borde de un peñasco, deshilachada y temblorosa como un jirón de seda blanca

Fueron dejando a sus espaldas picos y crestas, en busca de los valles que se abrían al sur. Bosques y praderas podían verse a lo lejos, y más tarde Alusz Iphigenia señaló lo que parecía un complicado túmulo de rocas encastado en un risco casi vertical.

-Un poblado de los tadousko-oi. Creerán que somos un ave mágica.

-Mientras no nos derriben.

-Sólo utilizan pedruscos que arrojan sobre sus enemigos, arcos y catapultas para cazar.

Gersen, como medida de precaución, dio un rodeo para evitar el poblado y se desvió hacia la pared del risco opuesto, que mostraba una superficie curiosamente irregular y tortuosa. Tuvo que aproximarse a menos de cien metros para darse cuenta que se trataba de otro pueblo, sujeto con increíble precariedad en la roca desnuda. Divisó algunas figuras oscuras; un hombre les apuntaba con un arma desde un tejado. Gersen maldijo y efectuó un viraje brusco pero un pesado dardo de metal se estrelló contra la proa del bote aéreo, que sufrió una sacudida, dio un bandazo y luego empezó a descender.

Alusz Iphigenia emitió un grito de pánico. Gersen silbó entre dientes. ¡Dos horas en Thamber y ya se enfrentaban con el desastre!

-Hemos perdido las hélices delanteras -dijo, intentando hablar con tranquilidad-. No estamos en peligro, no se asuste. Volveremos a la nave.

Pero esto era imposible: el bote aéreo colgaba en un ángulo alarmante, suspendido en el centro, sin más ayuda que las hélices posteriores.

- Tendremos que aterrizar. Creo que puedo reparar los daños. Si no me equivoco, usted dijo que esta gente no usaba armas.

-Habrá sido una ballesta capturada a Kokor Hekkus, no se me ocurre otra explicación... De veras lo siento.

-No es culpa suya.

Gersen dedicó toda su atención al bote aéreo a la deriva, tratando de mantenerlo en una posición aceptable para tomar tierra en el valle. En el último instante cortó los motores traseros, aceleró la propulsión y, por un instante, enderezó el aparato lo suficiente para posarse suavemente en un terraplén de grava a dos metros sobre el río.

Gersen se apeó y fue a comprobar los daños. Su corazón le dio un vuelco.

-¿Es grave? -preguntó Alusz Iphigenia ansiosamente.

-Muy grave. Quizá podría arreglarlo trasladando la hélice del centro a la parte delantera, o algo similar... A trabajar.

Sacó las herramientas de que disponía y se puso manos a la obra. Pasó una hora. La luz del mediodía se apagó y sombras azules se amontonaron. Al mismo tiempo, un olor húmedo y frío a nieve y piedra mojada invadió la zona. Alusz Iphigenia tocó el brazo de Gersen.

- ¡Rápido! ¡Escondámonos! Vienen los tadousko-oi.

Gersen se dejó llevar sin protestas a una grieta entre las rocas. Un momento después, contempló uno de los más extraños espectáculos de su vida. Del valle venían veinte o treinta grandes ciempiés, cada uno montado por cinco hombres.

Los ciempiés, observó Gersen, se parecían a la fortaleza construida por la firma Patch, pero mucho más pequeños.

Se movían con lentitud sobre las piedras, casi como si flotaran. Los jinetes eran hombres muy musculosos, de piel marrón bruñida como cuero viejo. Tenían ojos fríos y saltones, bocas crueles, narices ganchudas y macizas. Llevaban toscas prendas de cuero negro, cascos de metal vulgar, una lanza, un hacha y un cuchillo de grandes dimensiones.

Al divisar el coche aéreo accidentado, el grupo se detuvo sorprendido.

-Al menos no los han enviado para que nos capturaran -susurro

Gersen.

Alusz Iphigenia no dijo nada. Se apretaban el uno junto al otro en la hendedura; incluso en circunstancias tan extremas, Gersen sintió que el contacto le estremecía.

Los tadousko-oi habían rodeado el coche aéreo. Algunos se apartaron e intercambiaron secos murmullos. Empezaron a rastrear el valle. Era cuestión de segundos que uno de ellos se decidiera a investigar la grieta.

- Quédese aquí - susurró Gersen a la joven -. Les distraeré.

Salió del escondite y se quedó quieto con los pulgares ceñidos en el arnés de sus armas. Los guerreros no reaccionaron por un instante; luego, uno que portaba un casco más complicado que el de los demás avanzó lentamente. Habló: palabras guturales, aparentemente derivadas del antiguo idioma universal, pero incomprensibles para Gersen. Los ojos pizarrosos del que parecía ser el jefe se desviaron de Gersen y se abrieron con estupor. Alusz Iphigenia se había situado a la vista de los recién llegados. Habló en una jerga cercana al idioma de los tadousko-oi; el jefe replicó. Los guerreros permanecían inmóviles. Gersen jamás había contemplado un cuadro más siniestro.

-Le he dicho que somos enemigos de Kokor Hekkus -explicó Alusz Iphigenia a Gersen-, que venimos de un mundo muy lejano para matarle. El jefe dice que están preparando un ataque, que van a reunirse con otros grupos y que piensan atacar Aglabat.

-Pregúntele si nos pueden transportar hasta nuestra nave. Le pagaré bien,

Alusz Iphigenia habló. El jefe gruñó con mal humor y contestó. Alusz Iphigenia tradujo:

-Se niega. Necesita de todas sus fuerzas para llevar a cabo este gran ataque. Dice que si queremos podemos unirnos a su partida. Le he dicho que usted preferiría reparar el bote aéreo.

El jefe volvió a hablar. Gersen captó la palabra «dnazd» repetida varias veces. Alusz Iphigenia se volvió, después de un curioso titubeó hacia Gersen.

-Dice que no sobreviviremos a esta noche si nos quedamos, que el dnazd nos matará.

- ¿Qué es el dnazd?

-Una bestia enorme - A este lugar le llaman el Valle del Dnazd.

El jefe habló otra vez con su voz bronca y rasposa; el oído de Gersen, acostumbrado a extraer significados de los infinitos dialectos y variantes del idioma universal, empezó a distinguir sonidos entre la ronquera y los gruñidos. El jefe, a pesar del ominoso sonido de su voz, no parecía hostil. Gersen intuyó que era indigno de un grupo de guerreros como éste asaltar a vagabundos desarmados.

-Decís que sois enemigos de Kokor Hekkus -parecía ser la esencia de sus palabras-. En tal caso, el hombre estará ansioso de unirse a nosotros... si, por lo visto, es un guerrero, a pesar de su aspecto desvafido.

-Dice que ésta es una partida de guerra -tradujo Alusz Iphigenia-. Tienen la impresión de que usted está enfermo, a causa de su piel blanca. Dice que si quiere venir, será en calidad de criado. Habrá mucho trabajo y mucho peligro.

- Hum. ¿Es eso lo que dice?

-Así parece desprenderse de sus palabras.

Resultaba evidente que Alusz Iphigenia no deseaba unirse al grupo.

-Pregúntele al jefe si hay alguna manera de volver a la nave.

Alusz: Iphigenia planteó la pregunta; el jefe replicó, en apariencia, con cierta sorna:

-Siempre que consigan eludir al dnazd, siempre que no se extravíen a lo largo de quinientos kilómetros de montañas sin comida ni protección.

-Dice que no puede ayudarnos -tradujo Alusz Iphigenia con voz sepulcral-, pero que podemos intentarlo si queremos. -Señaló el coche aéreo-. ¿Tiene arreglo?

-Creo que no, por lo menos sin las herramientas adecuadas. Lo mejor sería marcharnos con esta gente... de momento.

La joven tradujo de mala gana las palabras de Gersen. El jefe asintió con indiferencia. A un gesto suyo, una de las monturas que cargaba sólo cuatro guerreros se aproximó. Gersen trepó a la manta que servía de silla de montar y ayudó a subir a Alusz Iphigenia. Era el contacto más íntimo que había tenido con ella, y no atinaba a comprender cómo se había reprimido tanto tiempo. La joven parecía pensar lo mismo, y le observó con una mirada pensativa. Se mantuvo lo más rígida posible durante un rato, luego se fue relajando poco a poco.

Los ciempiés se movían con tanta suavidad como el aceite. La partida de guerra marchaba por el valle siguiendo una senda casi invisible arriba y abajo, sembrada de piedras, atravesando desfiladeros, grietas y hendeduras. A veces, cuando el valle se estrechaba de tal modo que el cielo de Thamber no era más que una delgada franja azul oscuro y el agua una corriente de jarabe negro, la procesión ascendía los riscos. Los guerreros guardaban absoluto silencio; los ciempiés se deslizaban sin hacer el menor ruido; no se oía otra cosa que el silbido del viento y el rumor del agua. Gersen era cada vez más consciente del cuerpo cálido que se

apretaba contra él. Una y otra vez se recordó que tales placeres no le estaban destinados, que su vida venía determinada por el dolor y la aflicción... pero sus células, nervios e instintos protestaban, y sus brazos enlazaban con más vigor el cuerpo de Alusz Iphigenia. Ella miraba a su alrededor; su rostro se veía abstraído, melancólico, sus ojos brillaban con algo muy cercano a las lágrimas. «¿Qué le causará esa melancolía?», se preguntó Gersen. Las circunstancias eran desafortunadas, vejatorias, pero no desesperadas... todavía. Cuando menos, los tadousko-oi les habían tratado con cortesía... Una súbita parada interrumpió sus pensamientos. El jefe estaba consultando con algunos de sus lugartenientes. Su atención estaba concentrada en un punto muy elevado, sobre un risco en el que se adivinaba las estructuras de un poblado.

Alusz Iphigenia se removió entre sus brazos.

-Es un poblado enemigo. Los tadousko-oi disputan entre ellos mismos.

El jefe hizo una señal; tres exploradores desmontaron, se adelantaron y examinaron el sendero. Cuando llevaban recorridos unos trescientos metros, graznaron una advertencia y saltaron hacia atrás, justo a tiempo para evitar que un gran fragmento de roca les aplastara.

Los guerreros no movieron ni un músculo. Los exploradores continuaron su camino y desaparecieron. Regresaron media hora más tarde.

El jefe ordenó que las monturas siguieran adelante. Desde lo alto cayeron objetos parecidos a peras grises, si bien el tamaño y el color eran engañosos; se trataba de guijarros que se rompían en mil pedazos al estrellarse en la senda. Los guerreros, sin ponerse de acuerdo, intentaban parapetarse de la lluvia corriendo, caminando a paso lento, tirándose al suelo o quedándose de pie inmóviles. El ataque cesó cuando Gersen y Alusz Iphigenia hubieron salvado la zona de peligro.

Más allá del pueblo, el valle daba paso a una pradera en forma de media luna. Un frondoso bosque bordeaba el río. En este punto se detuvo la montura que iba a la cabeza, y por primera vez un murmullo de palabras recorrió la fila:

-Dnazd.

Pero no se veía rastro del dnazd. Los guerreros, acuclillados sobre sus animales, atravesaron la pradera con evidente temor.

Oscurecía. Jirones de cirros brillaban como bronce en lo alto, iluminados por el sol del ocaso. La partida se introdujo por una hendedura entre las rocas, no más ancha que una grieta, que apenas permitía el paso de las monturas. Gersen habría podido tocar ambas paredes con sólo extender los brazos. La grieta se ensanchó y dio paso a un área circular recubierta de arena. Todos se apearon. Apartaron las monturas y las ataron juntas. Algunos guerreros recogieron agua de una charca cercana con cubos de cuero y dieron de beber a las bestias, mientras otros encendían fogatas, y ponían a hervir algo que olía a rancio en unas ollas. El jefe y sus lugartenientes se retiraron a un lado y conferenciaron en voz baja. El jefe miró a Gersen y a Alusz Iphigenia, e hizo un ademán. Dos de los guerreros montaron una tienda de tela negra. Alusz Iphigenia exhaló un breve suspiro y fijó la vista en el suelo.

Cuando la comida estuvo a punto cada guerrero extrajo un cuenco de acero del casco y lo zambulló en la olla hirviente, sin preocuparse de las quemaduras. Como no tenían cuencos, Gersen y Alusz Iphigenia se sentaron pacientemente, viendo como los guerreros comían con los dedos acompañándose de pedazos de pan duro. El primero que terminó lavó el tazón con arena y se lo alargó a Gersen, que le dio las gracias, lo hundió en el brebaje, y se lo entregó a Alusz Iphigenia; una actitud que despertó un murmullo de irónicos comentarios. En seguida le trajeron otro cuenco y Gersen se sirvió de la olla. El cocido no sabía mal. a pesar de que llevaba gran cantidad de sal y pimienta. El pan estaba duro y tenía un regusto a hierbas quemadas. Los guerreros se acomodaron alrededor del fuego sin risas ni bromas.

El jefe se levantó y entró en su tienda. Gersen escudriñó el paraje en busca de un lugar para él y para Alusz Iphigenia. La noche sería fría y sólo tenían las capas para taparse. Los tadousko-oi, todavía más desabrigados que ellos, planeaban evidentemente acostarse cerca del fuego... Los guerreros miraban a Alusz Iphigenia de una forma sorprendente. Gersen lo hizo también. Estaba sentada con los ojos clavados en el fuego y los brazos alrededor de las rodillas; nada fuera de lo común. El jefe apareció en el umbral de la tienda y frunció el entrecejo con impaciencia. Llamó por señas ala joven.

Gersen se puso poco a poco en pie. Alusz Iphigenia dijo en voz baja, sin desviar la mirada de la hoguera:

-Las mujeres son seres inferiores para los tadousko-oi... Pertenecen a todos por igual, y el guerrero de mayor rango se acuesta con... la primera que se le presenta.

-Explícale que ésa no es nuestra costumbre -dijo Gersen volviendo la cabeza hacia el jefe.

-No podemos hacer nada. Somos...

-Díselo.

Alusz Iphigenia transmitió las palabras de Gersen al jefe. Los guerreros sentados junto al fuego se inmovilizaron de repente. El jefe parecía atónito, y avanzó dos pasos.

-En vuestra tierra estáis obligados a observar vuestras propias costumbres -dijo-, pero esto es Skar Sakau, y debéis aceptar nuestras normas. ¿Acaso es ese hombre pálido el guerrero de mayor rango entre los presentes? No, desde luego que no. Por lo tanto, tú, la mujer blanca, has de venir a mi tienda. Es la tradición de Skar Sakau.

-Dile que en mi país soy un guerrero de altísima graduación -Gersen no esperó a que le tradujeran-; que si vas a dormir con alguien, ése soy yo.

-Vuelvo a repetir que esto es Skar Sakau -replicó el jefe pacienteInente - . Yo soy el jefe, nadie puede contradecirme. Está fuera de toda duda que mi dignidad es muy superior a la del hombre blanco. Así que ven, mujer, y terminemos esta discusión innecesaria.

-Dile que ostento mayor categoría... que soy un almirante de la Armada Espacial, un gobernador, un señor... algo que sea capaz de comprender.

La joven agitó la cabeza y se puso en pie.

-Será mejor que obedezca.

-Díselo.

-Te matarán.

-Díselo.

Alusz Iphigenia hizo lo que le pedía. El jefe avanzó otros dos pasos y señaló con el dedo a un fornido y joven guerrero.

-Humilla a este hombre, castígale hasta mostrar bien a las claras su pobre condición.

El guerrero se quitó su arnés.

-El hombre blanco lleva armas de cobardes -dijo el jefe-. Hazle saber que debe luchar como un hombre, con cuchillo o con las manos desnudas. Que se despoje de su lanzarrayos.

La mano de Gersen buscó su proyector, pero los guerreros más cercanos le sujetaron antes de que pudiera hacer el menor movimiento. Tendió lentamente sus armas a Alusz Iphigenia, y se despojó de la chaqueta y la camiseta. Su oponente portaba un pesado cuchillo de doble filo; Gersen extrajo el suyo de hoja estrecha.

Despejaron un área arenosa enmarcada por tres hogueras. Los tadousko-oi formaron un círculo con sus rostros de aspecto solemne, de color del hígado, casi como los de un insecto.

Gersen se lanzó hacia su enemigo. Era más alto que él, de fuertes músculos y movimientos veloces. Manejaba el pesado puñal como si fuera una pluma. Gersen aferraba con fuerza su arma. El joven guerrero movía su puñal en un círculo hipnótico; el acero brillaba a la luz de las llamas.

Gersen actuó con súbita determinación. Su cuchillo hendió el aire, hizo un corte en la muñeca del guerrero y se deslizó hasta su hombro. El puñal cayó de los dedos paralizados; el guerrero miró con estupor su mano inútil. Gersen se aproximó, recogió el puñal, esquivó una patada y golpeó al guerrero sobre la oreja con la hoja del cuchillo. El guerrero se tambaleó, y Gersen le golpeó de nuevo, hasta que se desplomó pesadamente sobre la arena.

Gersen devolvió el puñal a la vaina del guerrero, regresó al lado de Alusz Iphigenia y empezó a vestirse.

Un murmullo recorrió el círculo de espectadores; no hubo aplausos ni muestras de desaprobación; apenas un atisbo de disgusto mezclado con algo de asombro.

Todos miraban al jefe, que dio un paso al frente. Habló en voz alta con cierta cadencia rítmica:

-Hombre blanco, has derrotado a este joven guerrero. No voy a criticar el método poco convencional que has empleado, aunque nosotros, los tadousko-oi, consideramos que es propio de seres débiles liquidar estos asuntos con tanta rapidez. Además, lo único que has probado es que tu categoría es superior a la de] joven guerrero. Has de luchar otra vez.

Escudriñó los rostros, pero Gersen habló:

-Dile al jefe -indicó a Alusz Iphigenia- que mis divergencias, en lo que respecta a pasar la noche contigo, las tengo sólo con él, a quien desafío a luchar.

Alusz Iphigenia repitió estas palabras en voz baja, y ahora el público recibió la noticia con estupor. El jefe parecía el más sorprendido.

-¿Él me desafía? ¿No se da cuenta de que soy un campeón, el vencedor de todos los hombres con los que me he enfrentado? Explícale que soy un jefe, que, desde el momento en que él no pertenece al clan, la lucha debe ser a muerte.

-Informa al jefe -dijo Gersen después de escuchar la traducción que no tengo el menor deseo de demostrar mi alta condición; que prefiero dormir a pelear, salvo que insista en lo relativo a tu compañía.

Después de oír esto último por boca de Alusz Iphigenia, el jefe se despojó de su camisa y dijo:

-Solventaremos la cuestión del rango rápidamente, porque no pueden existir dos líderes en una partida de guerra. Para evitar trucos de cobardes, lucharemos con las manos desnudas.

Gersen le examinó de pies a cabeza: alto, pesado pero ágil, piel oscura que parecía tan dura como un cuerno. Miró de soslayo a Alusz Iphigenia, que le contemplaba fascinada, luego avanzó paso a paso. Su propio cuerpo parecía pálido y elástico en comparación con el del jefe, negruzco y nervudo. A modo de prueba, Gersen amagó un puñetazo dirigido a la cabeza como de forma casual, y al instante una férrea mano le sujetó la muñeca y un puñetazo le dejó sin aliento. Gersen se soltó la muñeca de un tirón; habría podido agarrar del pie al hombre y hacerle caer, pero permitió que casi le rozara la barbilla; entonces lanzó el puño izquierdo adelante de manera que, como por accidente, se abatiera sobre el cuello del jefe. Hizo el mismo efecto que un mazazo.

El jefe saltó sobre los dos pies de una forma desconcertante y abrió los brazos. Gersen, aprovechando que descuidaba su guardia, le conectó un directo en el ojo izquierdo, pero su contrario le aplicó una llave en el brazo, que en pocos segundos le rompería el cúbito. Gersen flexionó las rodillas y dio una especie de salto mortal, al tiempo que golpeaba al

jefe en el rostro y liberaba su brazo. En el siguiente asalto el jefe actuó con mas precauciones. Dejó caer los brazos lentamente a los costados. Gersen volvió a atacar el ojo izquierdo. El jefe le propinó otra patada, pero Gersen se abstuvo de aferrarle el tobillo, que rozó de nuevo su barbilla. El ojo del jefe estaba hinchado. Después de esquivar la patada. Gersen aprovechó un instante de respiro para practicar un hoyo en la arena con su pie. El jefe daba vueltas en torno suyo.

Gersen saltó a un lado, pero el tadousko-oi le agarró la muñeca; una enorme mano estrujó su nuca. Gersen se dobló al instante y apoyó su hombro contra el estómago del jefe, duro como una roca; el golpe resbaló sobre su hombro. Gersen se movió hacia adelante, pero el jefe trató de asestarle un rodillazo en el pecho. Gersen asió la rodilla, cambió de posición, le cogió el tobillo y lo retorció; el jefe se dejó caer para proteger su rodilla. Gersen le dio una patada en el ojo derecho y se zafó del cerco al que le sometía el fornido brazo rojizo. Permaneció de pie sin moverse mientras recobraba el aliento. Le dolía el pecho, pero el ojo derecho del jefe se estaba cerrando. Gersen se inclinó y ensanchó el hoyo en la arena. El jefe le dirigió una mirada asesina y luego, como olvidando toda precaución, se abalanzó sobre él. Gersen se apartó, obrando con la misma falsa parsimonia de antes. Golpeó con el codo el ojo izquierdo del jefe, pero un rapidísimo izquierdazo del hombre le alcanzó en plena muñeca. El dolor fue tan intenso que la mano quedó colgando flojamente, como rota. En compensación, el ojo derecho del jefe se había cerrado y el izquierdo estaba hinchado. Sin hacer caso del dolor, Gersen abatió su mano izquierda inútil sobre la roja cara del bárbaro, que levantó la suya para hacer lo mismo, pero Gersen sujetó la muñeca izquierda con su mano derecha, le propinó una patada bajo la rodilla izquierda, hundió su cabeza en el cuello del jefe, que aflojó su presa, aún en pleno control de sus actos. Gersen, rugiendo y silbando entre dientes, intentó morderle en el cuello. El jefe, con el rostro purpúreo, le dio un revés. Gersen, que empezaba a perder la agilidad, recibió el impacto en el antebrazo derecho. Fue como un mazazo: ninguna de sus manos le era ya de utilidad. Los dos hombres midieron sus fuerzas; ambos sudaban y resollaban. Los ojos del jefe estaban casi cerrados; Gersen procuró ocultar la debilidad de sus manos: mostrar flaqueza resultaría fatal. Reuniendo sus últimas energías empezó a dar vueltas alrededor del jefe, con las manos caídas como si estuvieran preparadas para golpear. El bárbaro tomó impulso y saltó sobre los dos pies; Gersen retrocedió y clavó su codo derecho en la negra contusión del cuello enemigo. Los brazos del jefe se cerraron en ¡orno a Gersen y cabeceó repetidamente contra la sien de éste. Gersen se agachó y le golpeó con la frente en la barbilla, al tiempo que le daba patadas en las rodillas. Ambos cayeron al suelo. Gersen consiguió ponerse encima de su enemigo, ceñido por los morenos y húmedos brazos del jefe. Descargó una lluvia de puñetazos y cabezadas contra la barbilla y la nariz. El jefe se revolvió, trató de clavarle los dientes y de darle vuelta, pero Gersen lo aprisiono con las piernas. Golpeó; los dientes laceraron su frente. Golpeó la nariz, que se rompió. Golpeó otra vez en la barbilla, en los dientes que mordían su frente... pero el jefe se desmoronó. Aflojó su presa para pasar el brazo alrededor del cuello de Gersen, pero éste, que esperaba la maniobra, se soltó y se sentó sobre el abdomen del jefe; luego, sacando fuerzas de flaqueza, catapultó su cabeza contra el puente de la nariz del bárbaro.

El jefe perdió el aliento y dejó de moverse, atontado por el dolor, el cansancio y los golpes en el cuello y la cabeza. Gersen consiguió a duras penas ponerse en pie, los brazos colgando. Contempló el enorme cuerpo de piel oscura. Nunca había luchado con tanta ferocidad. ¿Estaba muerto el jefe? Golpes más débiles habrían matado a hombres más débiles.

Gersen se tambaleó hasta donde Alusz Iphigenia le esperaba sollozando.

-Dile a los guerreros que cuiden a su jefe -susurró con un hilo de voz-. Es un gran luchador, y el enemigo de mi enemigo.

Alusz Iphigenia habló. Un murmullo se elevó entre los espectadores. Algunos guerreros examinaron al jefe inconsciente, luego miraron a Gersen. Apenas podía tenerse en pie. Luces parpadeantes, los rostros se desdibujaban como en una pesadilla. Luchó por respirar y, al levantar la vista, divisó un racimo de estrellas en forma de cimitarra...

-Vamos -dijo Alusz Iphigenia.

Se levantó y le condujo a la tienda. Nadie les cerró el paso.

11

De «Huela a su gusto», de Rudi Thumm, en *Cosmópolis,* enero de 1521:

«Presentamos un extracto del catálogo de AEMISTHES: *Perfumes, Fragancias, Esencias,* Pamfile, Zaccaré, Quantique. Cada categoría se halla pormenorizada a lo largo del catálogo, con la naturaleza y calidad de los constituyentes definidos exacta, e incluso perfumadamente.

Sección 1: Olores de uso personal.

Seductores: En soledad:

: Para seducir a una doncella extranjera : Grupos pequeños

: Para atraer a un nuevo galán : Ocasiones de circunstancias solemnes

: Para anunciar un triunfo : Mientras se discuten secretos familiares

: Para atontar a un niño revoltoso : Para loar a Dios

: Para dar la bienvenida a un amante - matutino - vespertino

: Para producir asco - en pecado

En fiestas: - impremeditado

: conciertos

: parrandas

: tarantelas

etcétera

Sección II: Ceremonial.

Ocasiones privadas: Ocasiones públicas:

: Para la casa : Para lavar los pies de los esencias varias Zatcoori

: Para el árbol viejo : Para derramar en el inmi-

: Para beber agua: nente escenario de una ba-

- al amanecer talla

- en el ocaso : Para facilitar el vuelo

: En ocasiones de pesar : Para olfatear el viento

: En ocasiones de remordi- : Para agradecer la buena miento suerte

: Para conmemorar un ase-

sinato

etcétera

»Lo que se desprende de lo anterior es sencillo: cuando visite Zaccaré no lleve perfume... puede verse involucrado en circunstancias con las que no contaba. Las gentes de este fantástico y bello país son tan sensibles a los olores como los sirenenses a la música, y un cambio en el aroma en apariencia imperceptible proporciona una asombrosa cantidad de información. Como puede verse, cada ocasión requiere su perfume correspondiente, y un error resultará enormemente grotesco a los ojos (o a las narices) de los habitantes de Zaccaré. Es mejor no ir perfumado a menos que le haya asesorado un nativo. ¡Es mejor la neutralidad que la *gaucherie*!

»La industria de la perfumería es la más importante de Zaccaré. Cien firmas tienen instaladas sus oficinas centrales en Painfile. Toda clase de aceites, extractos y esencias son exportados al resto del Oikurnene; muchos de estos productos provienen del cercano Bosque de Talalangi.

»Les ofrecemos algunas muestras de fragancias de Zaccaré (etiquetas perfumadas enganchadas en la página de la revista).»

Antes del amanecer los guerreros se levantaron, reavivaron las brasas y prepararon el desayuno. El jefe, la cabeza llena de moretones, estaba recostado contra una roca, la mirada perdida en algún punto del terreno. Nadie le hablaba, y él hacía lo mismo con los demás. Gersen salió de la tienda acompañado de Alusz Iphigenia. Ella le había vendado la muñeca izquierda y dado masajes en el brazo derecho. A pesar de un sinfín de magulladuras, dolores y la torcedura de muneca, no se hallaba en mal estado. Caminó hacia el lugar en que el jefe estaba sentado y trató de hablarle en el áspero dialecto de Skar Sakau:

-Luchaste bien.

-Tú luchaste mejor -murmuró el jefe-. No me daban una paliza desde que era pequeño. Te llamé cobarde. Me equivoqué. No me mataste; por es te gesto te has convertido en miembro del clan, y en su jefe. ¿Cuáles son tus órdenes?

-¿Qué pasaría si ordenara a la partida que nos condujera a mi nave?

-No te obedecerían. Los hombres huirían al galope. Yo fui lo que

tú eres... un jefe militar. Más allá de este punto, mi autoridad estaba en función de que pudiera hacerla cumplir. Y contigo pasará lo mismo.

-En ese caso, consideraremos los acontecimientos de anoche como

un ejercicio amistoso. Tú eres el jefe, nosotros tus invitados. Cuando nos convenga abandonaremos vuestra compañía.

El jefe se puso trabajosamente en pie.

-Si ésos son tus deseos, háganse. Atacaremos a nuestro enemigo

Kokor Hekkus, señor de Misk.

La partida estaba lista para la marcha. Un explorador fue a reconocer el valle, pero volvió en seguida:

-¡Dnazd!

-¡Dnazd! -repitió un coro de voces.

Pasó una hora; el sol surgió tras el horizonte. El explorador se adelantó de nuevo, y regresó para informar que el camino se veía despejado. La comitiva se adentró en el valle batido por el viento.

A mediodía el valle se ensanchó, y, cuando la partida de guerra doblaba una curva, la abertura practicada en las laderas rocosas reveló una amplia vista de una tierra verde iluminada por el sol.

Diez minutos después llegaron a un lugar en el que estaban amarrados unos sesenta o setenta ciempiés. Algunos guerreros deambulaban por la zona. El jefe descabalgó y conferenció con otros de rango similar; sin más dilación toda la tropa descendió por el valle. Una hora antes del ocaso, al pie de las colinas, desembocaron en una ondulada sabana, en la que pacían rebaños de pequeños rumiantes negros, vigilados por hombres y adolescentes que montaban en animales del mismo tipo, pero de mayor envergadura. En cuanto vieron a los tadousko-oi huyeron a la desbandada, pero luego, al ver que no les perseguían, se pararon y les observaron con asombro.

A medida que avanzaban aumentaban las señales de presencia humana. Primero fueron cabañas dispersas, luego casas redondas de altos tejados cónicos, y después pueblos. En todas partes se producía la misma agitación: nadie se atrevía a plantar cara a los tadousko-oi.

Aglabat, edificada sobre una suave llanura verde, apareció ante sus ojos al ocultarse el sol. Murallas almenadas de piedra parda rodeaban la ciudad, que parecía una masa compacta de altas torres circulares. Un pendón marrón y negro ondeaba en la mayor de todas, justo en el centro del conjunto pétreo.

-Kokor Hekkus está ahí -señaló Alusz Iphigenia-. El pendón nunca se alza en su ausencia.

Los guerreros se aproximaron a la ciudad, pisando un césped tan verde y reluciente como el de un parque.

-Será mejor que nos separemos de los tadousko-oi antes de que pongan cerco a la ciudad -aconsejó Alusz Iphigenia, que mostraba signos de inquietud.

-¿Por qué?

-¿Acaso piensas que Kokor Hekkus se va a dejar coger desprevenido? En cualquier momento los Guerreros Pardos saldrán a la carga. Habrá una terrible batalla, puede que nos maten, o peor, que nos capturen, sin la menor esperanza de acercarnos a Kokor Hekkus.

Gersen no encontró razones para contradecirla, pero de alguna manera se sentía unido a la partida de guerra. Dejarla ahora le parecía un acto de traición, sobre todo porque compartía los temores de Alusz Iphigenia sobre la probable e inminente destrucción de los tadousko-oi. Sin embargo, no había venido a Thamber para comportarse como un caballero andante.

La partida se detuvo a cinco kilómetros de la ciudad. Gersen se acercó al jefe.

-¿Cuáles son tus planes para la batalla?

-Asediaremos la ciudad. Más pronto o más tarde, Kokor Hekkus hará salir a su ejército. En ocasiones anteriores nuestras fuerzas eran escasas, y nos veíamos forzados a huir. Aún somos pocos, pero no tanto. Destruiremos a los Guerreros Pardos, les haremos morder el polvo; arrastraremos a Kokor Hekkus por la llanura hasta que muera; luego nos apoderaremos de las riquezas de Aglabat.

«El plan tiene la virtud de la sencillez», pensó Gersen, y luego dijo en voz alta:

- ¿Y si el ejército no sale?

-Lo harán antes o después, a menos que prefieran morir de hambre.

El sol poniente tiñó el cielo de púrpura; las torres de Aglabat se iluminaron. Esa noche nadie se atrevió a ofender a Alusz Iphigenia que, como la noche anterior, ocupó la tienda negra.

La proximidad de su presencia desmoronó por fin el autocontrol de Gersen; la cogió por los hombros, escudriñó su rostro sombrío y la besó; ella dio señales de responder. ¿Lo hizo? La oscuridad velaba su expresión. La besó otra vez y notó el contacto húmedo de su rostro; estaba llorando. Gersen retrocedió malhumorado.

-¿Por qué lloras?

-Emociones reprimidas, supongo.

-¿Porque te besé?

- Claro.

De pronto le invadió una sensación de malestar. La tenía en su poder, sujeta a sus caprichos. No deseaba su sumisión; deseaba su pasión.

-¿Y si las circunstancias fueran diferentes? Imagina que estuviéramos en Draszane, que no tuvieras problemas. Supón que viniera a ti, así, y te besara. ¿Qué harías?

-Nunca volveré a ver Draszane. Estoy abrumada por el dolor. Soy tu esclava. Haz lo que quieras.

Gersen se sentó en el suelo de la tienda.

-Muy bien. Me iré a dormir.

Al día siguiente los tadousko-oi avanzaron en dirección a la ciudad y acamparon a unos dos kilómetros de la puerta principal. Sobre la muralla se veía soldados moviéndose sin cesar. A mediodía se abrieron las puertas; seis regimientos de hombres armados con picas, con uniforme color pardo, armadura y cascos negros, salieron al exterior. Los tadousko-oi emitieron un alarido de alegría y saltaron sobre sus monturas. Gersen y Alusz Iphigenia contemplaron la batalla desde el campamento. Fue una lucha sin cuartel, salvaje y sangrienta. Los Guerreros Pardos se batieron con valentía, pero carecían de la salvaje ferocidad que caracterizaba a los hombres de las montañas; los supervivientes se replegaron a través de las puertas, dejando a sus espaldas un campo sembrado de cadáveres.

El día siguiente transcurrió sin novedad. El pendón marrón y negro fue arriado de la aguja de la ciudadela.

-¿Dónde tiene Kokor Hekkus su nave espacial? -preguntó Gersen a Alusz Iphigenia.

-En una isla del sur. Viene y va en un coche aéreo como el tuyo. Hasta que Sion Trumble atacó la isla y capturó la nave espacial creí que Kokor Hekkus era un gran mago.

La inquietud de Gersen aumentó por momentos. Estaba claro que no podría llegar hasta Kokor Hekkus bajo ninguna circunstancia. Si los tadousko-oi lograban penetrar en la ciudad, Kokor Hekkus escaparía en su coche aéreo... Era esencial que regresaran al Saltaestrellas. Entonces podría situarse en una posición lo bastante elevada para vigilar sin ser interceptado y atacar el coche aéreo que tal vez despegara de Aglabat, independientemente del resultado de la batalla.

Comunicó su decisión a Alusz Iphigenia, que dio su aprobación.

-Nos basta con llegar a Carrai. Sion Trumble te escoltará hasta el norte de Skar Sakau y todo se arreglará a tu gusto.

-¿Y tú?

-Hace mucho tiempo que Sion Trumble desea casarse conmigo. Me ha declarado su amor. Consentiré.

Gersen gruñó desdeñosamente. ¡El noble Sion Trumble le había declarado su amor! ¡El galante Sion Trumble! Gersen fue a hablar con el jefe.

-Se han producido bajas en la batalla y sobran monturas. Si me prestas una, intentaré volver a mi nave.

-Será como desees. Elije la que quieras.

-Me conformo con la más dócil y manejable.

Al atardecer le trajeron la montura a la tienda. Gersen y Alusz Iphigenia partieron hacia Carrai al amanecer.

Obreros de la ciudad trabajaron durante toda la noche para construir un cercado de treinta metros de lado por seis de alto, cubierto con una tela de color pardo. Los tadousko-oi se enfurecieron a causa de la insolencia. Montaron en sus ciempiés y salieron al galope con algunas precauciones, porque nadie sabía lo que ocultaba el cercado. No fue difícil averiguarlo. Cuando las filas de monturas estuvieron muy cerca apartaron la lona; de ella surgió un enorme ciempiés de veintitrés metros que lanzaba fuego por los ojos.

Los tadousko-oi retrocedieron en medio de una espantosa confusion.

-¡Dnazd! -gritaban-. ¡Dnazd!

-No es un dnazd -dijo Gersen a Alusz Iphigenia-. Es la obra de Construcciones y Obras de Ingeniería Patch. Y es hora de que nos vayamos.

Montaron en el ciempiés y se escabulleron hacia el noroeste. La fortaleza brincaba sobre el césped que bordeaba la ciudad en todas direcciones. Los tadousko-oi huían en completo desorden, llenos de terror. La fortaleza emprendió su persecución con gráciles movimientos, que dispensaron a Gersen una triste satisfacción.

Alusz Iphigenia aún no estaba convencida.

-¿Estás seguro de que esa cosa es de metal?

-Por completo.

Algunos de los tadousko-oi siguieron el camino que habían tomado Gersen y Alusz lphigenia. La fortaleza fue tras ellos arrojando chorros

de fuego blanco y púrpura. Cada disparo significaba un ciempiés quemado y cinco hombres muertos. Sólo quedaba el montado por Gersen y Alusz Iphigenia, que llevaban una ventaja de un kilómetro. Cuando alcanzaron las estribaciones, la fortaleza maniobró para cortarles la huida. El terreno se elevó; al doblar una roca saliente, Gersen azuzó a su montura y saltó al suelo, arrastrando a Alusz Iphigenia. El ciempiés continuó corriendo. Gersen trepó hasta un afloramiento de roca arenosa recubierta de musgo, tras el que estarían a cubierto. Alusz Iphigenia avanzó a rastras hasta reunirse con él. Le miró, abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Estaba sucia, arañada y despeinada; tenía la ropa desgarrada, los ojos vacíos, las pupilas contraídas de miedo. Gersen no podía perder tiempo en tranquilizarla. Desenfundó el proyector y esperó.

Oyeron un zumbido, el ruido sordo de treinta y seis patas; la fortaleza escaló la cumbre, se detuvo y escudriñó el paisaje en busca de su presa.

Gersen se preguntó fugazmente si tiempo atrás, en el Taller B de Patch, había imaginado esta clase de confrontación. Puso el proyector a baja potencia, apuntó con cuidado a un lugar situado en la zona dorsal de la fortaleza y apretó el gatillo.

En la célula de bloqueo un relé activó un interruptor. Las patas se doblaron y el cuerpo segmentado se derrumbó en el suelo. La escotilla se abrió en seguida. Los miembros de la tripulación salieron y se pasearon alrededor de la fortaleza, estupefactos. Gersen les contó: nueve, sobre una dotación de once. Dos se habían quedado en el interior. Todos vestían monos de color pardo, todos se movían y actuaban de una manera indefinida, que no era la de Thamber. Dos de ellos debían de ser Scuman Otwal, Billy Windle, o Kokor Hekkus: los cincuenta metros que les separaban de Gersen hacían imprecisas sus facciones. Uno se volvió: una nariz demasiado larga; no era el hombre que Gersen buscaba. ¿El otro? Había regresado a la fortaleza. La ionizacion empezó a disiparse, las patas recobraban su vigor...

-¡Escucha! -susurró Alusz Iphigenia al oído de Gersen.

Gersen no oyó nada, pero ella insistió. Entonces distinguió un suave click-click, click-click, un sonido tremendamente amenazador. Parecía venir de detrás suyo. Por la ladera de la montaña subía la criatura que era el duplicado de la fortaleza: un auténtico dnazd. Gersen no comprendió cómo alguien podía confundirse al ver la estructura de metal. Ése había sido el caso de los tadousko-oi, pero no así del dnazd. Detuvo su avance de repente, como asombrado. La dotación había entrado apresuradamente en la fortaleza y cerrado la escotilla. Las patas aún renqueaban; el ojo lanzó un débil fogonazo que alcanzó al driazd en el segmento trasero. Arqueó el lomo, emitió un salvaje y agudo rugido y se abalanzó sobre la fortaleza. Ambos rodaron por tierra y se revolcaron. Mandíbulas mordieron el casco de metal, púas envenenadas hirieron y rasgaron carne. Recobrada la energía, la fortaleza se irguió. El dnazd chocó de nuevo contra los segmentos de metal. Uno de los ojos escupió fuego; el dnazd perdió el uso de una pata. Otra andanada destrozó un segmento central, y el dnazd resbaló y trató desesperadamente de conservar el equilibrio. La fortaleza se movió hacia atrás; los ojos dispararon. El dnazd quedó convertido en un montón de carne.

Gersen avanzó palmo a palmo. Apuntó el proyector a la célula de bloqueo. Como antes, la fortaleza se vino al suelo. Se abrió la escotilla. Los tripulantes bajaron por la escalera. Gersen les contó: ... nueve... diez... once. Estaban todos fuera. Cuchichearon en voz baja y luego fueron a ver el dnazd muerto. Al darse la vuelta se encontraron frente a Gersen, que les apuntaba con el proyector.

-Daos la vuelta. Poneos en fila con las manos arriba. Mataré a cualquiera que me ocasione problemas.

Hubo unos instantes de indecisión: los hombres calculaban sus posibilidades de convertirse en héroes. Todos decidieron que eran escasas. Gersen celebró el hecho con una descarga de energía que chamuscó el suelo a sus pies. De mala gana, los rostros deformados en máscaras de odio, dieron la vuelta. Alusz Iphigenia fue a reunirse con Gersen.

-Mira dentro. Asegúrate de que están todos fuera.

Volvió al cabo de poco rato para informarle que la fortaleza estaba vacía.

-Ahora -dijo Gersen a los once hombres- haced exactamente lo que os diga, si apreciáis en algo vuestras vidas. El primer hombre de la derecha que retroceda seis pasos. -Le obedeció sin rechistar. Gersen cogió su arma, un pequeño pero peligroso proyector de un diseño que nunca había visto-. Échate en el suelo boca abajo y pon los brazos en la parte más estrecha de la espalda.

Uno por uno los once retrocedieron, se echaron al suelo, fueron desarmados y atados con tiras de sus propios vestidos.

Gersen les dio la vuelta uno por uno para ver sus caras. Ninguno era Scuman Otwal.

- ¿Quién de vosotros es Kokor Hekkus? -preguntó.

Reinó el silencio; luego, el hombre al que había despojado del proyector habló:

-Está en Aglabat.

Gersen ladeó la cabeza hacia Alusz Iphigenia.

-Conoces a Kokor Hekkus. ¿Alguno de estos hombres se le parece?

Alusz Iphigenia miró intensamente al hombre que había hablado.

-Su cara es diferente... pero su estilo, su forma de andar es la misma.

Gersen estudió las facciones del hombre. Parecían auténticas, sin las sutiles demarcaciones o cambios de textura que indicaran que eran falsas. No portaba una máscara. Pero los ojos, ¿eran los ojos de Seuman Otwal? Existía una semejanza indefinida, una sensación de cínica astucia. Gersen siguió callado. Echó un vistazo al resto de la dotación, luego volvió a iniciar el interrogatorio del primer hombre.

-¿Cómo te llamas?

-Franz Paderbush -dijo con una voz suave, casi obsequiosa.

- ¿Dónde naciste?

-Soy Caballero Aspirante de Castle Pader, al este de Misk... ¿No me conoce?

-Aún no estoy seguro.

-Basta con que vaya a Castle Pader -dijo el cautivo en tono ligero, impropio del momento - y el Caballero Mayor, mi padre, lo confirmará doce veces seguidas.

-Tal vez sea cierto. Sin embargo, te pareces a Billy Windle, de Skouse, y también a un tal Seuman Otwal, que me encontré por última vez en Krokinole. Vosotros, poneos en pie y empezad a andar.

-¿Adónde? -preguntó uno.

-Donde queráis.

-Sin armas los salvajes nos matarán -gruñó otro.

-Buscad un foso y ocultaos hasta el anochecer.

Los diez se marcharon desconsoladamente. Gersen volvió a registrar a Paderbush, pero no encontró más armas.

-Ahora, Caballero Aspirante, en pie y a la fortaleza.

Paderbush obedeció con una alegre buena voluntad que inquietó a Gersen. Amarró al Caballero Aspirante a un banco, cerró la escotilla y se dirigió a los ya familiares controles.

-¿Sabes hacer funcionar este horror? -preguntó Alusz Iphigenia.

- Yo ayudé a construirla.

Ella le miró como aturdida, luego desvió la vista hacia Franz Paderbush, que la obsequió con una sonrisa estúpida.

Gersen maniobró los controles. Las patas respondieron, y la fortaleza anduvo hacia el norte.

-¿Adónde vas? -preguntó Alusz Iphigenia al cabo de un momento .

-A la nave espacial, naturalmente.

-¿A través de Skar Sakau?

-A través, o dando un rodeo.

-Debes de estar loco.

-No nos costará nada con la fortaleza.

-No conoces los caminos. Son difíciles, y a veces conducen a trampas. Los tadousko-oi nos arrojarán pedruscos. Las simas están infestadas de dnazds. Aunque los evites, hay abismos, precipicios, riscos. No tenemos comida.

-Todo lo que dices es verdad. Pero.. .

-Tuerce al oeste, hacia Carrai. Sion Trumble te recibirá con grandes honores y te guiará hacia el norte para evitar Skar.

Gersen, incapaz de refutar su argumentación, dio la vuelta a la fortaleza con cierta torpeza y descendió al valle.

Penetraron en un ondulado y agradable territorio. Skar Sakau menguaba y se difuminaba en la neblina azul. La fortaleza continuó su camino hacia el oeste durante toda la cálida tarde veraniega. Pasó ante pequeñas granjas y alquerías, con establos y casitas de piedra coronadas por techos altos, y atravesó algunos pueblos alejados entre sí. Al ver la fortaleza los habitantes se quedaban petrificados de terror, los ojos vidriosos. Eran gentes de aspecto vulgar, piel blanca y cabello oscuro. Las mujeres vestían faldas voluminosas y corpiños ajustados; los hombres iban ataviados con pantalones anchos largos hasta la rodilla, camisas chillonas y chaquetas bordadas. De vez en cuando podían ver alguna mansión en el interior de un parque, y a veces, sobre lo alto de un risco, se dibujaba el contorno de un castillo. La mayor parte de estas mansiones y castillos parecían estar en ruinas.

-Fantasmas -explicó Alusz Iphigenia-. Éste es un país muy antiguo, muy embrujado.

Gersen miró de reojo a Franz Paderbush y vio en su rostro una tranquila sonrisa, similar a la que había detectado en ocasiones en Seuman Otwal... aunque no tuviera ni los rasgos ni la piel de Seuman Otwal.

El sol se hundió en el crepúsculo que invadía el campo. Gersen detuvo la fortaleza al borde de un solitario riachuelo. Cenaron las raciones destinadas a la dotación, y luego confinaron a Paderbush en el paño] de popa.

Gersen y Alusz Iphigenia salieron afuera y contemplaron el vuelo de las luciérnagas. Sobre sus cabezas se desplegaban las constelaciones de Thamber: copiosas al sur, diseminadas al norte, donde comenzaba el espacio intergaláctico. Una criatura nocturna elevó su canto en el bosque adyacente. El aire suave transportaba un frondoso aroma a vegetación. A Gersen no se le ocurría nada que decir. Suspiró y tomó la mano de la joven, que no hizo ningún esfuerzo para soltarla.

Estuvieron sentados durante horas con la espalda apoyada en la fortaleza. La lúgubre campana de algún pueblo cercano marcaba el paso del tiempo. Por fin, Gersen extendió su capa y durmieron sobre la suave hierba.

Al amanecer prosiguieron su viaje hacia el oeste. El terreno experimento una transformación: el paisaje de colinas boscosas y valles dio paso a montañas cubiertas de árboles altos, parecidos a coníferas. Las casas, más primitivas, disminuyeron en número, desaparecieron 1as mansiones, y sólo los castillos se cernían sobre el valle y el río. En una ocasión, la silenciosa y veloz fortaleza se topó con un grupo de hombres armados que gesticulaban y se movían, completamente borrachos, en mitad del camino. Vestían con andrajos y llevaban arcos y flechas.

-Bandidos -dijo Alusz Iphigenia-. La escoria de Misk y Vadrus.

Dos torreones de piedra flanqueaban la frontera; la fortaleza los rebasó. Al instante, unos clarines atronaron el aire.

Una hora más tarde la fortaleza se detuvo en un lugar desde el que se dominaba la panorámica de una campiña ondulada.

-Ahí está Vadrus -señaló Alusz Iphigenia-. ¿Ves esa mancha blanca al otro lado del bosque? Es la ciudad de Carrai. Gentilly está más al oeste, pero en Carrai me conocen bien. Sion Trumble ha ofrecido con frecuencia su hospitalidad a mi familia, pues en Gentilly soy una princesa.

-Y ahora serás su prometida.

Alusz Iphigenia fijó la vista al frente, hacia Carrai, con tristeza y amargura, como si recordara algo doloroso.

-No. Ya no soy una niña. No todo es tan fácil. Antes hubo Sion Trumble... y Kokor Hekkus. Sion Trumble es un guerrero, y debe de ser tan brutal en la lucha como en otras cosas. Pero para la gente de Vadrus trata de hacer justicia. Kokor

Hekkus, por descontado, es la encarnación de la maldad. Habría elegido sin duda a Sion Trumble. Ahora no quiero a ninguno. Ya he tenido bastantes emociones. De hecho, temo que he aprendido muchas cosas desde que me fui de Thamber, y que he perdido mi juventud.

Gersen se volvió y miró fugazmente al prisionero.

-¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

-Recordaba una decepción similar de mi juventud -dijo Franz Paderbush.

-Je importaría contárnoslo?

-No. No tiene nada que ver con la conversación.

-¿Durante cuánto tiempo has servido a las órdenes de Kokor Hekkus?

- Toda mi vida. Él gobierna Misk, es mi amo y señor.

-¿Puedes decirnos algo de sus planes?

-Temo que no. Ni siquiera sé si tiene muchos y, en todo caso, se los guarda para él. Es un hombre notable. Imagino que estará dolido por la pérdida de su fortaleza.

-Mucho menos que por otros perjuicios que le he ocasionado -rió Gersen - . Como en Skouse, cuando estropeé sus negocios con Daeniel Trembath. Como en Intercambio, cuando le robé su princesa y saldé mi deuda con papel en blanco.

Mientras Gersen hablaba no cesaba de estudiar los ojos de Paderbush; ¿eran imaginaciones suyas, o sus pupilas se habían dilatado ligeramente? La incertidumbre era desesperante, en especial porque parecía fuera de lugar y gratuita. Billy Windle, Seuman Otwal, Franz Paderbush: ninguno poseía más características similares al otro como no fueran las proporciones físicas y un vago e indefinible estilo. Ninguno, a juzgar por la opinión de Alusz Iphigenia, podía ser Kokor Hekkus...

La fortaleza bajó deslizándose de las montañas, cruzó una región de huertos y viñedos, y después una vega bien regada con agua en la que abundaban las granjas y los pueblos. Luego llegó a un promontorio desde el que se dominaba Carrai... una ciudad muy diferente de Aglabat. En lugar de severas murallas de piedra oscura se abrían anchas avenidas, columnatas de mármol, villas rodeadas de árboles, palacios en el centro de elegantes jardines, que no tenían nada que envidiar a los de la Tierra. En caso de haber casuchas o tugurios, debían de estar muy alejados de las arterias principales.

Un gran arco de mármol sostenía un globo de cristal de roca y las puertas de la ciudad. Un pelotón de guardias uniformados de verde púrpura esperaba en posición de firmes. Al aproximarse la fortaleza, un teniente gritó unas órdenes; los guardias avanzaron al frente, pálidos pero decididos, enderezaron sus picas y aguardaron la muerte.

Gersen frenó la fortaleza a cuatrocientos metros de la puerta, abrió la escotilla y saltó a tierra. Los soldados titubearon atónitos. Alusz Iphigenia se adelantó; el teniente dio señales de reconocerla a pesar de su lamentable aspecto.

-¿Sois la princesa Iphigenia de Draszane, surgida del buche del dnazd?

-La bestia es pura apariencia. Es un juguete mecánico de Kokor Hekkus que le hemos robado. ¿Dónde está lord Sion Trumble? ¿Se halla en la ciudad?

, No, princesa, se encuentra en el norte, pero su primer ministro acaba de llegar a Carrai y no está muy lejos. Le haré llamar.

Un noble de alta estatura y barba blanca, vestido de terciopelo negro Púrpura, apareció al instante. Avanzó con expresión de gravedad y saludó respetuosamente. Alusz Iphigenia le acogió con alivio, como si por fin hubiera alguien en quien poder confiar. Se lo presentó a Gersen, «el barón Endel Thobalt», y luego preguntó por Sion Trumble. El barón respondió en un tono no exento de ironía: Sion Trumble había partido para atacar a los grodnedsa, corsarios del Mar Promeneo del Norte. No se esperaba que su ausencia fuera muy prolongada. Entretanto, la princesa podía considerarse como en su casa, pues ése era el deseo de Sion Trumble.

Alusz Iphigenia se volvió hacia Gersen; la alegría brillaba en su cara.

-No sé cómo pagarle los servicios que me ha prestado, ni tampoco lo intentaré... al fin y al cabo, imagino que no los considera como tales. Le ofrezco, sin embargo, la hospitalidad de que dispongo; pida cuanto desee.

Gersen replicó que había sido un placer servirla; cualquier deuda que ella hubiera contraído estaba más que pagada por el solo hecho de guiarle hasta Thamber.

-Pero voy a aprovechar su ofrecimiento. Quiero que Paderbush sea encerrado bajo vigilancia hasta que decida lo que haré con él.

-Nos alojaremos en el Palacio Estatal; en los subterráneos hay mazmorras idóneas.

Habló con el teniente de los guardias, que se encargaron del infortunado Paderbush.

Al regresar a la fortaleza, Gersen desconectó varios cables y conexiones, inutilizando el mecanismo. Entretanto llegó un coche, un alto y adornado vehículo sobre ruedas doradas. Gersen acompañó a Alusz Iphigenia y al barón Thobalt en el compartimento delantero; se sentó sobre suave terciopelo rojo y pieles blancas, con cierto sentimiento de culpabilidad a causa de sus sucias vestimentas.

El coche recorrió el bulevar; hombres ataviados con gran riqueza y altos sombreros picudos, así como mujeres con vestidos blancos de volantes se volvieron ante su paso.

Delante se alzaba el Palacio Estatal de Sion Trumble. Era un edificio cuadrado situado en la parte posterior de un gran jardín. Como los otros palacios de Carrai, era de un diseño muy vistoso y, al mismo tiempo, agradablemente sencillo: seis altas torres ceñidas por escaleras de caracol, una cúpula de pentágonos de cristal soportada por una franja circular de bronce, terrazas con balaustradas en forma de ninfa. La carroza se detuvo frente a una rampa de mármol; al pie aguardaba un hombre entrado en años, extremadamente alto y delgado, que vestía ropas negras

y grises. Portaba una maza terminada en un elipsoide esmeralda, al parecer la insignia de su cargo. Recibió a Alusz Iphigenia con las mayores muestras de respeto. El barón Thobalt se lo presentó a Gersen:

-Uther Caymon, Senescal del Palacio Estatal.

El Senescal se inclinó, al tiempo que observaba con ojo crítico la manchada indumentaria de Gersen, y luego agitó la maza. Varios lacayos hicieron acto de presencia y escoltaron a Alusz Iphigenia y a Gersen hasta el palacio. Cruzaron un gran salón acristalado. El suelo estaba cubierto por una alfombra tejida en lavanda, rosa y verde pálido. Se separaron en un vestíbulo circular por pasillos distintos. Gersen fue conducido a una suite de varias habitaciones, que se abría sobre un jardín amurallado con árboles en flor alrededor de una fuente. Después de las penurias del viaje, tanto lujo le parecía irreal.

Gersen se bañó en una piscina de agua caliente. Un barbero vino para afeitarle. Un valet sacó del ropero vestidos limpios: pantalones amplios de color verde oscuro sujetos al tobillo, una camisa azul oscuro bordada de blanco, zapatillas de cuero verde con las punteras caprichosamente dobladas y la gorra picuda inclinada a un lado, que parecía ser una parte esencial de la moda masculina.

Habían dispuesto una mesa en el jardín con fruta, pasteles y vino. Gersen comió, bebió y se preguntó, asombrado, cómo podía Sion Trumble dedicarse a guerrear con los corsarios rodeado de tales maravillas.

Salió del apartamento y vagó por el palacio. Halló por todas partes muebles, alfombras y colgantes de exquisita artesanía: objetos de muy variados estilos provenientes de todas las regiones de Thamber.

En un salón se encontró con el barón Thobalt, que le saludó con fría cortesía. Después de intercambiar unas palabras convencionales, Tholbat le interrogó sobre el espacio exterior, del que, según su criterio, venía Gersen.

Éste lo admitió. Describió el Oikumene, sus diversos mundos y su organización, Más Allá y su caos, el planeta Tierra, cuna de la raza humana. Habló de Thamber, de cómo se había convertido en una leyenda, a lo que el barón replicó que los restos de la humanidad eran también un mito para la gente de Thamber.

-¿No es cierto que piensa volver a su lugar de origen? -preguntó con un rastro de melancolía.

-A su debido tiempo -respondió Gersen con cautela.

-¿Y entonces explicará que Thamber no es, después de todo, un mito?

-No me he parado a pensarlo. ¿Cuál es el sentimiento general? Quizá prefieran el aislamiento.

-Por fortuna no me corresponde a mí tomar esta decisión. Hasta hoy, sólo un individuo se había jactado de visitar los mundos de las estrellas, y era Kokor Hekkus... pero en todas partes se le acusa de ser un roehuesos... un hombre sin alma en el que no se puede confiar.

-¿Conoce a Kokor Hekkus?

-Le he visto desde el campo de batalla.

Gersen no se atrevió a preguntar si el barón había notado algún parecido con el hombre llamado Paderbush. Al pensar en el prisionero de las mazmorras sintió un leve remordimiento: si no era Kokor Hekkus, su único pecado habría sido participar en una ofensiva contra los tadousko-oi.

-Llévame a los subterráneos donde está detenido mi prisionero -ordenó Gersen a un lacayo.

-Un momento, señor Caballero, informaré al Senescal; sólo él guarda las llaves de los subterráneos.

El Senescal hizo aparición en el acto, reflexionó sobre la petición de Gersen y luego, casi a regañadientes, acompaño a Gersen hasta una gran puerta de madera labrada y la abrió, para encontrarse con una segunda puerta, esta vez de hierro, que abrió tras descender unos escalones de piedra. Desembocaron en una zona pavimentada con losas de granito e iluminada por aberturas que permitían el paso de los rayos del sol. A un lado se alineaban las celdas, protegidas por barrotes de hierro, pero solamente una estaba ocupada.

-Ahí está su prisionero -indicó el Senescal-. Si desea matarle, tenga la gentileza de utilizar la cámara adyacente, donde hallará el equipo necesario.

-Mis intenciones son muy diferentes. Sólo quería asegurarme de que no sufría ningún daño.

-Esto no es Aglabat; aquí no suceden esas cosas.

Gersen miró entre los barrotes. Paderbush, recostado en una silla, le miró con una expresión de burla desdeñosa. La celda estaba seca y aireada. Sobre la mesa se veían los restos de una comida sustanciosa.

-¿Está satisfecho? -preguntó el Senescal.

-No creo que una semana o dos de meditación le hagan mucho daño -asintió Gersen -. Prohiba otras visitas que no sean las mías.

-Como desee.

El Senescal condujo a Gersen al salón en el que había coincidido con el barón, que disfrutaba ahora de la compañía de Alusz Iphigenia. Había otras damas y caballeros de palacio presentes. Alusz Iphigenia miró a Gersen con cierta sorpresa.

-Siempre le conocí como un hombre del espacio. Ahora veo que también puede ser un caballero de Vadrus.

-No he cambiado, si exceptuamos la elegancia del traje. Pero tú... usted...

No encontró palabras para expresar lo que quería decir.

-Me han asegurado que Sion Trumble no tardará en llegar -interrumpió Alusz Iphigenia rápidamente-. Estará con nosotros en el banquete de esta noche.

Gersen se sintió desfallecer. La tentación de negarse a sí mismo era muy fuerte, pero a pesar de sus ropajes no dejaba de ser Kirth Gersen, el superviviente de la masacre del Monte Agradable, condenado de por vida a seguir oscuros caminos.

-¿Es eso lo que te hace feliz... la proximidad de tu prometido? - preguntó en tono ligero.

-Ni siquiera es eso, como sabes bien. Soy feliz porque... ¡pero no! No soy feliz. ¡Estoy a disgusto conmigo misma! -Agitó las manos en el aire-. ¡Mira! ¡Todo esto es mío, si quisiera! ¡Lo mejor de Thamber! Pero... ¿de veras lo quiero? Y aún está Kokor Hekkus, que es impredecible. Y sin embargo no pienso en él... ¿Será que prefiero una vida azarosa... que ya he visto suficiente de los mundos allende Thamber como para sentir su llamada?

Gersen no sabía qué decir. La joven suspiró, le miró por el rabillo del ojo.

-Pero no tengo elección. Aquí estoy y aquí me quedaré. La semana que viene volveré a Draszane... y tú te habrás ido... Te irás, ¿verdad?

-Adónde y cómo me vaya depende de que pueda volver a la nave espacial.

-¿Y luego?

-Y luego... continuaré lo que vine a hacer.

-Es una perspectiva muy poco prometedora -suspiró Alusz lphigenia-,De regreso a Skar Sakau... Los abismos, los riscos y todo eso. Luego glabat. ¿Cómo te abrirás paso entre las murallas? Y si te capturan... -Hizo una mueca de desagrado-. La primera vez que oí hablar de las criptas de Aglabat no pude dormir durante meses; tenía miedo de dormir, de las criptas de Aglabat.

Un criado de librea verde pálido pasó con una bandeja. Alusz lphigenia cogió dos vasos y le dio uno a Gersen.

-Y si te capturasen o matasen... ¿cómo podría marcharme de Thamber, si quisiera hacerlo?

-Me aterraría pensar en estas posibilidades. El pánico me robaría eficacia, y sería más fácil capturarme o matarme. Si te casas con Sion Trumble, es posible que tengas los mismos problemas.

Alusz Ip1iigenia encogió sus esbeltos hombros desnudos. Llevaba el vestido blanco de volantes típico de la ciudad.

-Es apuesto, gentil, justo, galante... tal vez demasiado bueno para mí. Me sorprendo pensando y deseando cosas antes desconocidas. -Paseó la mirada por la sala, escuchó el murmullo de las conversaciones y volvió su atención a Gersen-. Me cuesta explicarlo... pero en un período en el que hombres y mujeres viajan por el espacio casi instantáneamente, en el que cientos de mundos se coaligan para formar el Oikumene, en que todo parece posible para la razón humana, este remoto y pequeño planeta, con sus extremos de vicio y virtud, es impensable.

Gersen, que conocía los mundos del Oikinnene y los de Más Allá con mucha más profundidad que Alusz lphigenia, no compartía sus sentimientos.

-Depende de la opinión que tengas sobre la humanidad: su pasado, su presente, y lo que esperes del futuro. La mayoría de habitantes del Oikumene coincidirían contigo. El Instituto probablemente preferiría que Thamber hubiera influido en la vida cotidiana del Oikumene.

-No sé nada del Instituto. ¿Son malvados, o criminales?

-No. Son filósofos...

Alusz Ip1iigenia suspiró como ausente y se adelantó para coger su mano.

-Hay tantas cosas que ignoro...

Un heraldo entró en la sala, seguido por pajes que portaban grandes clarines. El paje vociferó:

- ¡Sion Trumble, Gran Príncipe de Vadrus, hace su entrada en palacio!

La sala se quedó en silencio. Serenos pasos metálicos se oyeron a lo lejos. Los pajes levantaron los clarines y emitieron una fanfarria. Sion Trumble entró en la sala, la armadura abollada, el casco mellado y manchado de sangre. Al quitarse el casco descubrió una masa de rizos rubios, una barba también rubia bien cortada, una hermosa nariz recta y los ojos más azules del mundo. Alzó el brazo para saludar a sus súbditos, se encaminó hacia Alusz Iphigenia y le besó la mano.

-Mi princesa... por fin has vuelto.

La princesa rió. Sion Trumble la miró sorprendido.

-La verdad es que este caballero no me dejó otra elección.

Sion Trumble examinó a Gersen. Nunca llegarían a ser amigos, pensó Gersen. Noble, galante, gentil, pero por otra parte, carente de humor, riguroso consigo mismo y obstinado.

-He sido informado de su presencia -dijo Sion Trumble a Gersen-. Reparé en el espantoso mecanismo que robaron. Tenemos mucho de que hablar. Pero ahora excúseme, por favor. Voy a desembarazarme de mi armadura.

Salió de la sala y el murmullo de las conversaciones creció de nuevo.

Alusz Iphigenia se quedó pensativa. Una hora más tarde, los invitados se trasladaron al salón del banquete. Sion Trumble estaba sentado en una mesa alta, vestido con un manto blanco y escarlata, y flanqueado por los nobles del reino. En un nivel inferior se situaban otros personajes por estricto orden de preferencia. Gersen se hallaba cerca de la puerta de acceso, y advirtió que Alusz Iphigenia, a pesar de su situación como prometida de Sion Trumble, ocupaba el séptimo lugar en una hilera de damas, seguramente de categoría más elevada.

El banquete fue largo y espléndido; los vinos eran fuertes. Gersen comió y bebió con moderación, respondió a las preguntas con cortesía y trató de pasar desapercibido, a pesar de que era evidente que todos los ojos se clavaban en él.

Sion Trumble comió poco y bebió menos. En mitad del convite se levantó, adujo fatiga y se despidió de los comensales.

Algo más tarde un paje se aproximó a Gersen y susurró en su oído:

-Mi señor, el príncipe desea hablar con vos cuando lo creáis conveniente.

Gersen se puso en pie y dejó que el paje le condujera al vestíbulo circular. Allí tomaron un pasillo y llegaron a un saloncito con paneles de madera verde. Sion Trumble estaba sentado. Lucía un vestido de seda holgado. Indicó a Gersen una silla y le acercó una bandeja con botellas y vasos.

-Acomódese. Viene usted de un mundo lejano; le ruego que olvide nuestro incomprensible protocolo. Hablaremos de hombre a hombre, con absoluta sinceridad. Dígame... ¿por qué está aquí?

Gersen no encontró motivos para ocultar la verdad.

-He venido para matar a Kokor Hekkus.

Sion Trumble enarcó las cejas.

-¿Solo? ¿Cómo piensa derrumbar sus murallas? ¿Cómo derrotará a los Guerreros Pardos?

-No lo sé.

Sion Trumble contempló el fuego que crepitaba en el hogar.

-De momento hay una tregua entre Misk y Vadrus. Se habría podido declarar la guerra cuando la princesa Iphigenia me eligió, pero ahora da la impresión de que no se quedará con ninguno. -Frunció el entrecejo-. No caeré en ninguna provocación.

-¿Puede proporcionarme alguna clase de ayuda?

Gersen pensó que al menos sabría a qué atenerse.

-Es posible. ¿Qué asunto le enfrenta a Kokor Hekkus?

-Cinco hombres destruyeron mi hogar, mataron a mi familia, convirtieron en esclavos a mis amigos. Espero hacerles pagar por ello. Malagate está muerto, Kokor Hekkus será el siguiente.

-Ha emprendido lo que parece una tarea formidable. ¿Qué quiere de mí?

-En primer lugar, que me ayude a volver a mi nave, que dejé al norte de Skar Sakau.

-Haré cuanto esté en mi mano. Al norte de Skar hay algunos principados que me son hostiles, y los tadousko-oi son implacables.

-Hay otro aspecto de la cuestión. -Gersen dudó al imaginar otra sorprendente posibilidad que hasta el momento no se le había ocurrido-. Cuando robé la fortaleza de Kokor Hekkus, hice un prisionero del que sospeché que podía ser el propio Kokor Hekkus. La princesa Iphigenia no está de acuerdo, pero yo no estoy seguro. No parece probable que Kokor Hekkus soporte de buen grado el primer fracaso de su nuevo juguete... Y hay algo en este prisionero que me recuerda a otro hombre, que también podría ser Kokor Hekkus.

-Resolveremos su incertidumbre. El barón Erl Castiglianu, en tiempos aliado de Kokor Hekkus y ahora su mayor enemigo, está en palacio. Si alguien conoce a Kokor Hekkus, ése es el barón Castiglianu, y mañana haremos la prueba.

-Estaré encantado de oír su opinión.

-Ésta es la única ayuda que le puedo ofrecer. Jamás arrastraré a mi país a la guerra o a las penurias sin una buena causa. En tanto Kokor Hekkus permanezca en Aglabat no le provocaré.

Hizo una señal indicando que la audiencia había terminado. Gersen se levantó y salió de la salita. El Senescal, que esperaba en la antecámara, le escoltó a sus apartamentos. Gersen fue al jardín, oteó el cielo y encontró el racimo en forma de cimitarra: «el Barco de Dios». Pensó en lo que tenía que hacer y se horrorizó. Pero... ¿y si no, qué? ¿Por qué había venido a Thamber?

Se acostó y durmió bien. La luz que se filtraba por los visillos le despertó. Se bañó, se vistió con las ropas más discretas que encontró y tomó un desayuno consistente en fruta, pastas y té. Las nubes que provenían del Oeste descargaron su lluvia sobre el jardín; Gersen contempló las gotas, que salpicaban la piscina, y consideró las distintas facetas de la situación. Siempre volvía a la misma idea: era imprescindible probar la identidad de Paderbush.

Entró un paje y anunció la presencia del barón Erl Castiglianu. Era un hombre flaco, de mediana edad y semblante adusto, con las mejillas surcadas por grandes cicatrices.

-El príncipe Sion Trumble me ha ordenado que ponga a vuestra disposición mis conocimientos específicos. Me sentiré halagado de hacerlo.

-¿,Os han informado de mis deseos?

-No de una forma clara.

-Quiero que estudiéis con extrema atención a un hombre y me digáis si es o no Kokor Hekkus.

-¿Y luego?

-¿Lo haréis?

-Tenedlo por seguro. Contemplad estas cicatrices: son el resultado de las órdenes de Kokor Hekkus. Colgué durante tres días de una barra que atravesaba mis mejillas; el odio me ayudó a sobrevivir.

-Vayamos, pues, a examinar a ese hombre.

-¿Está aquí?

-Se halla encerrado en los subterráneos.

El paje vino acompañado del Senescal, que abrió las puertas de madera y de metal. Los tres bajaron a los subterráneos. Paderbush les observaba desde su celda, las manos sujetando las rejas y las piernas separadas.

-Éste es el hombre -indicó Gersen.

El barón avanzó y miró a Paderbush atentamente.

-¿Bien? -preguntó Gersen.

-No -dijo el barón al cabo de un momento - . No es Kokor Hekkus. Al menos... no, estoy seguro... Aunque los ojos me miran con malsana curiosidad... No, no le conozco. Nunca le vi en Aglabat, ni en otro sitio.

-Bien, por lo que parece me he equivocado. -Gersen se dirigió al Senescal-. Abrid la puerta.

-¿Tenéis intención de dejar en libertad a ese hombre?

-No del todo. Pero no es necesario que siga confinado en una mazmorra.

El Senescal abrió la puerta de la celda.

-Sal fuera -ordenó Gersen-. Parece que se ha cometido una injusticia.

Paderbush obedeció. No esperaba una decisión semejante y reaccionó con cautela.

Gersen le cogió por la muñeca de una forma que impedía toda posibilidad de escape.

-Ven conmigo; baja la escalera.

-¿Adónde pretende llevar a ese hombre? -preguntó con petulancia el Senescal.

-El príncipe Sion Trumble y yo tomamos conjuntamente la decisión. Gracias por vuestra cooperación -dijo Gersen al barón Erl Castiglianu - - Me habéis sido de mucha ayuda.

-Es posible que este hombre sea un criminal; tal vez intente engañaros.

-Estoy preparado para cualquier eventualidad -afirmó Gersen desenfundando el proyector.

El barón se inclinó y se marchó al instante, aliviado de verse libre de toda responsabilidad. Gersen condujo a Paderbush a sus aposentos, cerrando la puerta en las mismas narices del Senescal.

Gersen se acomodó en una silla sin dar muestras de inquietud. Paderbush permaneció de pie en el centro de la habitación.

-¿Cuáles son sus planes respecto a mí? -preguntó por fin.

-Aún no lo he decidido. Es posible que seas el hombre que dices ser, en cuyo caso lo único objetable sería los servicios prestados a Kokor Hekkus. En cualquier caso no se te mantendrá encarcelado por crímenes hipotéticos. Estás sucio; ¿te apetece un baño?

-No.

-¿Prefieres el sudor y la mugre? ¿Te gustaría cambiarte de ropa?

- No.

Gersen se encogió de hombros.

-Como quieras.

Paderbush se cruzó de brazos y miró fijamente a Gersen.

-¿Por qué me retienen aquí?

-Sospecho que tu vida está en peligro. Mi intención es protegerte.

-Sé cuidar de mí mismo.

-A pesar de esto, siéntate en esa silla, por favor. - Gersen le apuntó con el proyector-. Me recuerdas un animal salvaje a punto de saltar sobre su presa, y eso me pone nervioso.

-No le he causado el menor daño -comentó Paderbush mientras se sentaba-, pero usted me ha humillado, me ha arrojado a una mazmorra y ahora me quiere confundir con indirectas e insinuaciones. Se lo aseguro, Kokor Flekkus no es un hombre que pase por alto las ofensas ocasionadas a sus empleados. Le sugiero que evite a su anfitrión muchos problemas y me deje regresar a Aglabat.

-¿Conoce bien a Kokor Hekkus? -preguntó Gersen en tono distendido.

-Desde luego. Es como un águila de Khasferug. Sus ojos brillan de inteligencia. Su cólera y su alegría son como fuego, abrasan cuanto encuentran a su paso. Su imaginación carece de límites, como el cielo; todo el mundo se pregunta qué pensamientos cruzan su mente y de dónde provienen.

-Muy interesante. Estoy ansioso de conocerle... lo que sucederá muy pronto.

-¿Tiene una cita con Kokor Hekkus? -preguntó con incredulidad Paderbush.

-Tú y yo volveremos en la fortaleza a Aglabat -asintió Gersen-, después de descansar una o dos semanas en Carrai.

-Preferiría marcharme ahora mismo.

-Imposible. Quiero llegar de incógnito. Me gustaría sorprender a Kokor Hekkus.

-Está usted loco -se burló Paderbush-. Por no decir otra cosa. ¿Cómo piensa sorpiender a Kokor Hekkus? Conoce mejor sus movimientos que usted mismo.

12

De «El aprendiz de avatar», en El *pergamino de la novena dimensión:*

«La niebla, formando gélidas capas, se extendía en todas direcciones. Existía una sensación de ¡das y venidas, de invisibles mensajes que se agitaban: algo más allá de la comprensión de Marmaduke. Empezó a sospechar que la Doctrina del Éxtasis Temporal había producido una transformación de las percepciones. ¿Por qué, si no, le venía a la mente una y otra vez la palabra 1acrimoso" mientras caminaba a tientas en medio de la masa amarillenta?

»De repente se encontró al borde de una ventana abombada y transparente, tras la cual bailaban visiones anamórficas. Alzó la vista y divisó una franja de varas torcidas, y un poco más abajo un saliente curvo de color rosa con más varas empotradas. De un lado sobresalía un objeto poroso y grumoso como una prodigiosa nariz; y cuando lo vio con claridad descubrió que se trataba, en efecto,

de una nariz, un objeto sumamente extraordinario. El problema central, por lo visto, consistía en averiguar con qué ojo estaba mirando. A fin de cuentas, todo dependía de su punto de vista. »

Transcurrió la mañana. A veces, Paderbush parecía dormitar en la silla, en otras daba la impresión de encontrarse alerta, a punto de atacar a Gersen. Tras uno de estos períodos de tensión, Gersen dijo:

-Será mejor que te calmes. En primer lugar, como sabes, tengo un arma -Gersen agitó el proyector en su mano-, y en segundo, aun desarmado, no podrías hacer nada contra mí.

-¿Está seguro? -preguntó Paderbush con calculada insolencia-. Somos de la misma talla. Hagamos una prueba y veremos quién es el más fuerte.

-Gracias, en otra ocasión. ¿Para qué molestarnos? En seguida iremos a comer; relajémonos.

-Como quiera.

Alguien llamó a la puerta. Gersen se levantó y aplicó el oído a la misma.

-¿Quién es?

-El Senescal Uther Caymon. Abra la puerta, por favor.

Gersen obedeció y Caymon entró.

-La princesa desea verle de inmediato en sus aposentos. Ha escuchado la opinión de] barón Erl Castiglianu y solicita que el prisionero sea puesto en libertad; es su deseo que no se le den pretextos a Kokor Hekkus para iniciar las hostilidades.

-A su debido tiempo renunciaré a todo control sobre este hombre, pero ahora ha condescendido a aceptar la hospitalidad de Sion Trumble durante unas dos semanas.

-Es muy generoso de su parte -observó el Senescal con frialdad-, dado que el Gran Príncipe ha sido tan descuidado de no ofrecerle dicha hospitalidad. ¿Quiere acompañarme a la cámara del príncipe Sion

Trumble?

-Será un placer. ¿Qué hago con mi invitado? No me atrevo a dejarle solo, pero tampoco me apetece ir todo el día cogido de su brazo.

-Devuélvalo a la mazmorra -dijo el Senescal de mal humor-. Ésa es la hospitalidad que se merece.

-Al Gran Príncipe no le complacería esta opinión. Acaba de pedirme que libere a este hombre.

-Eso parece.

-Ruéguele que acepte mis excusas y que se digne venir aquí.

El Senescal gruñó, levantó las manos en un gesto de impotencia, dedicó una mirada llena de malos augurios a Paderbush y abandonó la habitación.

Gersen y Paderbush se sentaron frente a frente.

-Dime -preguntó Gersen-, ¿conoces a un hombre llamado Seuman Otwal?

-He oído mencionar su nombre.

-Es uno de los esbirros de Kokor Hekkus. Ambos tenéis ciertas características en común.

-Es posible que sea cierto... tal vez a causa de nuestra relación con Kokor Hekkus... ¿Cuáles son estas peculiaridades?

-La forma de inclinar la cabeza, ciertas gesticulaciones... lo que yo llamaría un aura psíquica. Algo muy extraño.

Paderbush asintió con solemnidad, pero no dijo nada más. Pocos minutos después llamó a la puerta Alusz Iphigenia, que fue invitada a entrar. Su mirada vagó sorprendida de Gersen a Paderbush.

-¿Por qué está ese hombre aquí?

-Considera injusta la soledad de la mazmorra, teniendo en cuenta el hecho de que sus crímenes apenas pueden calcularse en una docena o así.

-Soy Paderbush, Caballero Aspirante del Castillo de Pader; nadie de mi linaje ha rehusado arrebatar una o dos vidas, aun a riesgo de la suya.

-Carrai ya no es tan alegre como antes -dijo Alusz Iphigenia a Gersen-. Algo ha cambiado, algo se ha perdido... quizá dentro de mí. Quiero volver a Draszane, a mi hogar.

-Creí que se estaba preparando una gran fiesta en vuestro honor.

-Tal vez se hayan olvidado. Sion Trumble está enfadado conmigo... o ya no es tan galante como en el pasado. Quizá está celoso.

-¿Celoso? ¿Por qué debería estarlo?

-Después de todo, tú y yo pasamos mucho tiempo solos, el suficiente para levantar sospechas... y celos.

-Ridículo.

-¿Soy tan poco atractiva? ¿Es absurda la mera sugerencia de tal relación?

-De ninguna manera. Todo lo contrario. Pero no podemos permitir que Sion Trumble persevere en su error.

Pidió una hoja de papel para solicitar audiencia a Sion Trumble.

El paje regresó en seguida con la noticia de que Sion Trumble no deseaba ver a nadie.

-Vuelve -dijo Gersen- Llévale este mensaje a Sion Trumble, dile que mañana partiré. Si es necesario iré en la fortaleza hasta el norte de Skar Sakau para encontrar mi nave. Infórmale también de que la princesa Alusz Iphigenia me acompañará. Pregúntale ahora si nos recibirá.

-¿De veras quieres llevarme contigo? -preguntó Alusz Iphige nia.

- Si no te importa volver al Oikumene.

-Pero ¿y Kokor Hekkus? Pensé...

-Un detalle sin importancia.

-No hablas en serio -dijo la princesa tristemente.

-Sí. ¿Vendrás conmigo?

-Sí -aceptó tras una vacilación-. ¿Por qué no? Tu vida es real. Mi vida, todo Thamber, no son reales: mitos animados, escenas arcaicas de un diorama. Me consumen. -Miró a Paderbush-. ¿Qué harás con él? ¿Lo pondrás en libertad o se lo dejarás a Sion Trumble?

-No. Vendrá con nosotros.

-¿Con... nosotros? -preguntó asombrada Alusz Iphigenia.

- Sí. Sólo por poco tiempo.

Paderbush se puso en pie y estiró los brazos.

-Esta conversación me aburre. Nunca iré con usted.

-¿No? Sólo hasta Aglabat, para reunirnos con Kokor Hekkus.

-Iré a Aglabat solo.. . y ahora.

Se lanzó fuera de la habitación, corrió por el jardín, trepó de un salto al muro y desapareció.

Alusz Iphigenia se precipitó hacia la ventana que daba al jardín, y luego se volvió hacia Gersen.

- ¡Llama a la guardia! No puede llegar muy lejos, estos jardines forman parte del patio interior. ¡Rápido!

Gersen parecía no tener prisa. Alusz lphigenia le zarandeó por los brazos.

-¿,Quieres que escape?

-No -respondió Gersen con repentina energía - . No debe escapar. Informaremos a Sion Trumble, que dará las órdenes oportunas para capturarle. Vamos.

En el pasillo, Gersen ordenó al paje que les condujera a los aposentos de Sion Trumble con la máxima urgencia. El paje les guió hasta el vestíbulo circular, cruzaron otro más y llegaron hasta una gran puerta blanca.

- i Abrid! - ordenó Gersen -. Debemos ver a Sion Trumble cuanto antes.

-No, mi señor. El Senescal ha ordenado que no se autorice la entrada a nadie.

Gersen disparó el proyector contra la cerradura. Hubo una llamarada de fuego y humo. Los guardias protestaron en voz alta.

- ¡Si deseáis proteger a Vadrus, retroceded y vigilad el vestíbulo!

Los guardias titubearon, convencidos a medias. Gersen abrió la puerta de un empujón y entró con Alusz Iphigenia.

Permanecieron de pie en el recibidor; estatuas de mármol blanco clavaron en ellos sus ojos ciegos. Gersen avanzó con cuidado por un vestíbulo, cruzó una arcada, se detuvo frente a una puerta cerrada y escuchó. Forcejeó con el pomo; al otro lado se oyó el rumor de movimientos. Gersen usó de nuevo su proyector y cargó contra la puerta.

Sion Trumble, medio desnudo, daba vueltas sin rumbo, la mirada extraviada. Abrió la boca y balbució algunas palabras incomprensibles.

- ¡Lleva la ropa de Paderbush! -exclamó Al usz Iphigenia.

Era cierto: el vestido verde y azul de Sion Trumble colgaba de una percha. Se estaba quitando las vestiduras manchadas de Paderbush. Intentó sacar la espada; Gersen le agarró la muñeca y lo obligó a soltarla. Sion Trumble se tambaleó hasta un estante en el que descansaba una daga; Gersen la destruyó de un disparo.

Sion Trumble se dio la vuelta lentamente y se abalanzó sobre Gersen como una fiera salvaje. Gersen estalló en carcajadas, se encogió y hundió el codo en el estómago de Sion Trumble, asió la rodilla que se levantaba y le arrojó por los aires. Mientras el príncipe chillaba y se debatía, Gersen le cogió por el rubio pelo rizado y estiró con fuerza. El pelo rubio se desprendió, la cara entera se desprendió; Gersen sostenía en el aire una especie de saco cálido y elástico, con una nariz que pendía de lado y una boca que colgaba floja y lacia. El hombre caído en el suelo no tenía cara. El cuero cabelludo y los músculos faciales aparecían en rojo y rosa a través de una película de tejido transparente. Unos ojos sin párpados destellaban bajo la frente desnuda y sobre el hueco negro donde debería estar la nariz. La boca sin labios dibujó una mueca blanca poblada de dientes.

-¿Quién... qué es esto? -preguntó con voz estrangulada Alusz Iphigenia.

-Eso es un roehuesos. Es Kokor Hekkus. O Billy Windle. O Seuman Otwal. O Paderbush. O docenas de otros nombres. Y ahora ha llegado su hora. Kokor Hekkus... ¿recuerdas el ataque a Monte Agradable? He venido para darte tu merecido.

Kokor Hekkus se puso en pie lentamente, mirándole con la cara de la muerte.

-Una vez me dijiste que sólo temías a la muerte -dijo Gersen-. Ahora vas a morir.

Kokor Hekkus dio un respingo.

-Has vivido la más perversa de las vidas. Me gustaría matarte de forma que sufrieras el mayor de los terrores... pero me basta con que mueras.

Levantó el proyector. Kokor Hekkus lanzó un feroz chillido y se precipitó adelante con los brazos abiertos. Un chorro de fuego le detuvo para siempre.

Al día siguiente, el Senescal Uther Caymon fue ejecutado en público como asesor, títere, compañero y confidente de Kokor Hekkus. De pie en lo alto del cadalso increpó a la multitud:

-¡Estúpidos! ¡Estúpidos! ¿Sabéis durante cuánto tiempo habéis sido estafados, exprimidos y desangrados? ¿De vuestro oro, de vuestros guerreros, de vuestras mujeres más hermosas? ¡Doscientos años! ¡Ésa es mi edad, y Kokor Hekkus aún era más viejo! Envió contra los Guerreros Pardos a vuestros mejores, que murieron por nada; llevó a su cama vuestras doncellas más hermosas; algunas volvieron a sus hogares, otras no. ¡Lloraréis cuando sepáis lo mucho que gozaron! ¡Al fin murió, al fin muero yo, pero sois estúpidos, estúpidos ... !

El verdugo tiró de la palanca. La multitud contempló con ojos hundidos la figura que se balanceaba.

Alusz Iphigenia y Gersen paseaban por el jardín del palacio del barón Endel Thobalt. La princesa aún estaba pálida de horror.

-¿Cómo lo supiste? Lo sabías... pero ¿cómo?

-Lo primero que me hizo sospechar fueron las manos de Sion Trumble. Tomaba la precaución de andar de manera diferente a Paderbush, pero las manos eran las mismas: dedos largos, piel suave y lisa, pulgares estrechos rematados por largas uñas. Vi estas manos, pero no me di cuenta hasta que examine de cerca a Paderbush. Sion Trumble evitaba mi encuentro. Sabía que no querías casarte con él, y me lo dijo. Pero sólo tres personas estaban al corriente: tú, yo y Paderbush, pues solamente lo confesaste en la fortaleza. Cuando escuché esta afirmación de labios de Sion Trumble miré sus manos y comprendí.

-Qué ser tan horrible. Me pregunto en qué planeta nació, quiénes fueron sus padres...

-Era un hombre bendecido y maldecido por su imaginación. Una sola vida no era suficiente para él; quería beber de todas las fuentes, saborear cada experiencia, vivir al límite. Creó una leyenda para cada una de sus personalidades. Cuando se cansó de Thamber volvió a los otros mundos habitados por el hombre... menos manejables, pero igualmente excitantes. Ahora está muerto.

-Y ahora más que nunca debo dejar Thamber.

-Nada nos retiene aquí. Mañana nos iremos.

-¿Por qué mañana? Hagámoslo ahora. Creo... estoy segura... de que puedo guiarte hasta la nave. El camino que bordea Skar por el norte no es difícil; conozco el territorio.

-No es necesario quedarnos. Vámonos.

Un pequeño grupo de nobles de Carrai se reunió a la luz declinante del atardecer. El barón Endel Thobalt habló con mal reprimida ansiedad:

-¿Llegarán naves del Oikumene?

-Me he comprometido a ello, y lo cumpliré -asintió Gersen.

Alusz Iphigenia exhaló un breve suspiro y paseó la mirada por el paisaje.

-Algún día... ignoro cuándo... yo también volveré a Thamber.

-Recuerde -dijo Gersen al barón - que si las naves del Oikumene desembarcan su antiguo modo de vida no perdurará. Habrá remordimientos, nostalgia y descontento. ¿Está seguro de que no prefiere Thamber tal como es hoy?

-Sólo puedo hablar por mí -replicó el barón Endel Thobalt-, y digo que es nuestro deber reincorporarnos a la humanidad, no importa a qué precio.

Sus acompañantes estuvieron de acuerdo con esta idea.

-Como quieran -dijo Gersen.

Alusz Iphigenia trepó a la fortaleza, Gersen la siguió, cerró la escotilla, fue a la consola y contempló la placa de bronce:

Compañía de Construcciones y Obras de Ingeniería Patch

Patris, Krokinole

-El bueno de Patch -dijo Gersen-. Tendré que enviarle un informe sobre el funcionamiento de su máquina... suponiendo que nos lleve de vuelta a la nave.

Alusz Iphigenia apoyó su cabeza en el hombro de Gersen. Éste acarició su pelo brillante, veteado de oro, y recordó la primera vez que la había visto en Intercambio, el poco interés que había despertado en sus sentidos. Rió sin hacer ruido. Alusz Iphigenia alzó la vista.

- ¿De qué te ríes?

-Algún día lo sabrás. Pero no ahora.

Alusz Iphigenia no insistió, pero sonrió como ensimismada en sus pensamientos.

Gersen empujó la palanca de arranque. Treinta y seis patas se levantaron y bajaron; dieciocho segmentos avanzaron. La fortaleza emprendió camino hacia el norte, donde la luz del sol centelleaba en los blancos picos del Skar Sakau.